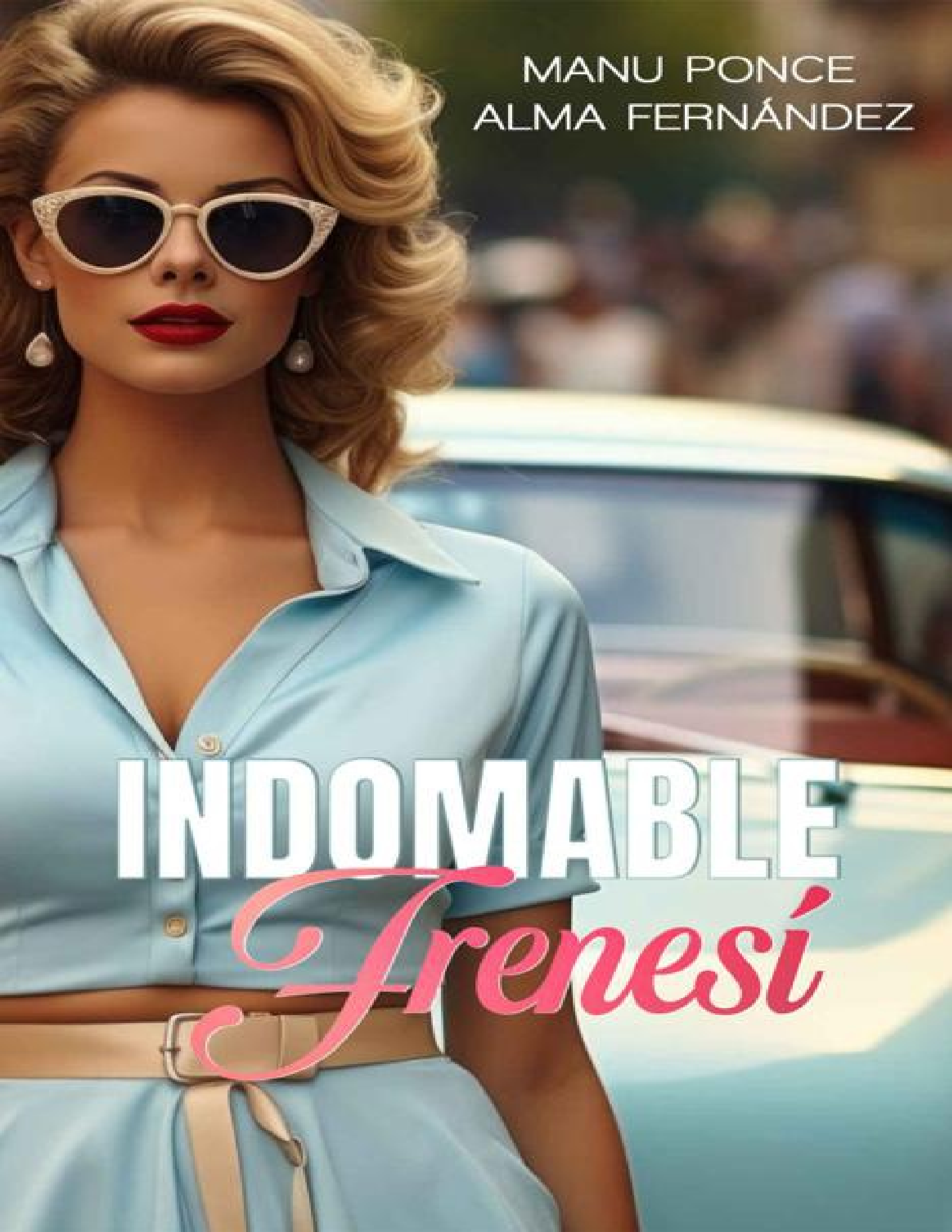




MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

INDOMABLE
Frenesí

INDOMABLE *Frenesí*

MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

INDOMABLE *Frenesí*

MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

Indomable Frenesí

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Indomable Frenesí

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Dos meses antes...

Aquella hermosa tarde de primavera nada hacía presagiar que nuestra vida estaba a punto de dar un vuelco. Alba, nuestra pequeña hija, demandaba como siempre que le recogiese el pelo en una trenza de boxeadora y yo lo hacía con todo el mimo del mundo.

Nuestra vida, hasta hacía poco, podía calificarse de apacible, mucho... Cuando vives en un lugar escandalosamente bonito como Binibeca Vell, en Menorca, te sientes una privilegiada sí o sí.

No quiero decir con eso que fuera de color de rosa, pues si algo había aprendido a lo largo del tiempo es que los caminos de ese color también cuentan con alguna espina, y un sobresalto vivido el año anterior así se había encargado de demostrármelo.

Conocí a Daniel, mi pareja, bastantes años atrás en Donostia. Él tenía por entonces veintitrés añitos y yo dieciocho, lo que se dice una auténtica cría.

El amor, si de algo no entiende ni una palabra, es de edades, y yo me enamoré hasta el tuétano de aquel surfero que, poco a poco, me fue contagiando su pasión por un deporte que, más que eso, llega a convertirse en una verdadera filosofía de vida para aquellos que lo practican.

Con el tiempo, terminé mis estudios de Turismo y él prosiguió con su sempiterna idea de montar una escuela de surf para hacer de su pasión, su oficio.

A mí el surf ya me corría también por las venas en aquella época, aunque lo mío se convirtió en una afición mientras que lo suyo era verdadera devoción.

El verano en el que terminé mi carrera, Daniel, que ya trabajaba por aquel entonces, me invitó a un bonito viaje a Menorca en el que los dos nos enamoramos. Y no me refiero el uno del otro, que eso ya se daba por hecho, sino a la isla.

—¿Te imaginas vivir aquí? —me preguntó ya desde el primer día que aterrizamos en ella.

—Sería un sueño—le contesté sin pensarlo, porque así me lo pareció.

Daniel era una especie de mago del amor, una persona capaz de convertir los sueños en realidad y de hacerlo en un santiamén. Tan solo unos meses después ya estábamos viviendo allí.

No voy a decir que los comienzos fueran fáciles, pero sí felices, increíblemente felices...

Al principio nos instalamos en un pequeño apartamento al cual le faltaba la mayoría de los elementos fundamentales para ser calificado de hogar. El amor todo lo puede y, poco a poco, hicimos también ese otro sueño realidad a base de mucha paciencia y con la ayuda de Ikea, que todo hay que decirlo.

Una serie de mueblecitos y detalles *low cost* y el hecho de que Daniel y yo fuésemos bastante manitas para la casa le dio un giro de ciento ochenta grados al susodicho apartamento, que era minúsculo sí, y no por ello dejó de quedar de lo más coqueto.

Al mismo tiempo, Daniel acababa de inaugurar su escuela de surf, y trataba a toda costa de hacerse con un buen número de alumnos, mientras que a mí me daban una oportunidad de trabajar en uno de los hoteles de la zona.

De Menorca nos había conquistado, y para siempre, el blanco de su arena y el turquesa de sus aguas. Sin duda, un auténtico paraíso para quienes gustan de practicar deportes acuáticos, como mi chico. Quizás no sea el destino más escogido por los surfistas y, sin embargo, pocos lugares te darán la oportunidad de coger olas como esa bella isla, destino ideal también para quienes se acercan hasta allí con el fin de disfrutar de los encantos del windsurf o del tan de moda paddel surf.

Nuestros primeros años en Menorca fueron maravillosos, no hay otro adjetivo para definirlos y, cuando con el tiempo comprobamos que, aun sin haberla llamado, yo estaba embarazada de Alba, nuestra felicidad no hizo más que aumentar.

Tal descubrimiento ocurrió cuando yo tenía veintisiete, y de eso habían pasado seis añitos. Yo ya contaba con treinta y tres, mientras que la reina de la casa acababa de soplar las cinco velitas de su tarta justo unos días antes.

Alba nos había colmado de dicha con su llegada, la cual, por cierto, no estuvo exenta de ciertos cambios en nuestra vida. No en vano, en el momento en el que descubrí mi embarazo, la escuela de surf de Daniel ya contaba con cantidad de alumnos, convirtiéndose en una de las más reputadas de la isla, y a mí me iba a las mil maravillas en el hotel, en el cual me habían ofrecido convertirme en la encargada del departamento de calidad.

Ese nuevo puesto me permitió contar con mejores horarios para conciliar mi vida laboral y familiar, además de que la labor que había de desarrollar era mucho más cómoda y me llevó a tratar de una forma directa con todas las celebridades que pasaron por aquel lugar.

Pues bien, pese a todo ello, yo nunca fui tan de arriesgar como mi pareja, y el día que me habló de comprarnos aquel adosado tan cuqui en el pueblecito de Binibeca Vell, lo vi demasiado osado.

—Cuesta un dineral, cariño—le hice ver cuando me enseñó el enlace de aquella magnífica vivienda que acababan de poner a la venta.

—¿Y no nos lo merecemos? Llevamos ya una buena temporada luchando juntos como un verdadero equipo, currando como campeones, y vamos a tener la niña más bonita del mundo, a poco que se parezca a su madre, ¿lo compramos entonces? —me preguntó batiendo sus largas pestañas, esas que me resultaban irresistibles.

)

En otro batir de pestañas ya estábamos estrenando casa, preparando la habitación de la peque y, en definitiva, celebrando día a día la vida, que es de lo que se trata.

l

Desde entonces y hasta aquella tarde de primavera en la que me sonó el teléfono para decirme que Daniel había sufrido un accidente de tráfico, ocurrieron muchas cosas y no todas buenas, de modo que camino del hospital mi mente no podía dejar de pensar y pensar, hasta el punto de que creí que estallaría.

Paola, mi jefa y amiga, me llevaba en su coche, puesto que los nervios me impedían conducir. La vida, tal y como yo la había conocido hasta ese momento, podía acabarse para siempre.

Pues bien, pese a todo ello, yo nunca fui tan de arriesgar como mi pareja, y el día que me habló de comprarnos aquel adosado tan cuqui en el pueblecito de Binibeca Vell, lo vi demasiado osado.

—Cuesta un dineral, cariño—le hice ver cuando me enseñó el enlace de aquella magnífica vivienda que acababan de poner a la venta.

—¿Y no nos lo merecemos? Llevamos ya una buena temporada luchando juntos como un verdadero equipo, currando como campeones, y vamos a tener la niña más bonita del mundo, a poco que se parezca a su madre, ¿lo compramos entonces? —me preguntó batiendo sus largas pestañas, esas que me resultaban irresistibles.

En otro batir de pestañas ya estábamos estrenando casa, preparando la habitación de la peque y, en definitiva, celebrando día a día la vida, que es de lo que se trata.

Desde entonces y hasta aquella tarde de primavera en la que me sonó el teléfono para decirme que Daniel había sufrido un accidente de tráfico, ocurrieron muchas cosas y no todas buenas, de modo que camino del hospital mi mente no podía dejar de pensar y pensar, hasta el punto de que creí que estallaría.

Paola, mi jefa y amiga, me llevaba en su coche, puesto que los nervios me impedían conducir. La vida, tal y como yo la había conocido hasta ese momento, podía acabarse para siempre.

Capítulo 1



Un par de meses después salíamos del hospital tras vivir la temporada más dura de nuestras vidas.

El día del accidente, el día en el que me comunicaron que había posibilidades de que Daniel no saliera para delante, me sentí morir yo también.

Mi corazón, dolorido aún por su infidelidad con Carolina, comenzó a latir con más fuerza y aceleró el mecanismo del perdón, de ese perdón que él me rogaba de manera permanente y con respecto al que yo tenía serias dudas, llegando a pensar que quizás no pudiera perdonarle nunca.

Daniel conoció a Carolina como un año antes. Por aquella época yo estaba más liada que la pata de un romano entre el trabajo, la casa y la niña, y ya no solía ir, como antaño, por la escuela de surf.

La vida nos envuelve en una espiral vertiginosa que, día a día, a menudo nos lleva a separarnos de esas pequeñas cosas que antes fueron muy importantes.

Recuerdo que, durante mis primeros años en la isla, pasaba la mayoría del tiempo libre en la escuela y con él, ambos practicando el surf cada vez que podíamos, disfrutando de esa pasión contagiosa que él sentía por cabalgar sobre las olas y que terminó por hacerme sentir muy libre.

Años después, la maternidad y el resto de mis responsabilidades hicieron que cada vez me dejara caer menos por allí, y en esa última temporada, coincidiendo con la entrada en el cole de Alba y el comienzo de sus clases extraescolares, como que yo no tenía tiempo ni para echar viento.

Esa fue la razón de que no conociera a Carolina, la chica que, poco a poco, le fue entrando por el ojo a Daniel.

La noche en la que me lo confesó, meses antes del accidente, con lágrimas en los ojos, sé de buena tinta que estaba muy arrepentido, si bien su arrepentimiento no me restó ni un ápice de dolor.

—Te prometo que solo nos hemos acostado una vez, solo una—murmuró sin poder dejar de cogerme las manos.

Daniel no es ningún cobarde y no temía que yo le cruzara la cara ni nada parecido. Él solo buscaba el contacto corporal conmigo, como si así yo pudiera captar su arrepentimiento en toda su esencia.

Cuando tu pareja te confiesa que te ha puesto los cuernos, lo normal es que seas pasto del dolor y que en ese instante el odio aparezca en tus ojos, igual que las lágrimas en los suyos.

En su defensa, y con la vista retrospectiva, diré que Daniel me lo contó porque así lo decidió, puesto que aquella chica ya se había marchado de la isla, y yo jamás lo habría sabido de no ser porque él lo terminó largando todo.

—Hubiera preferido no saberlo—le dije en un arrebato de cobardía porque así lo pensé en ese instante, presa también del pánico que me suponía pensar que nuestra vida fuera a cambiar a raíz de aquello.

—No, tú no eres así, Violeta, tú siempre te enfrentas a los problemas y sabes darle solución con tu inteligencia. Sigues siendo la mujer más inteligente que conozco—dejó caer casi en un susurro, ya que apenas se permitía hablar más alto, a sabiendas de que la había hecho muy gorda.

—Si fuera inteligente lo habría visto venir, y no que me has dado caba, me has tomado por gilipollas y ahora me encuentro con el pastel completo, ¿por qué? —le pregunté devastada.

—Eso es lo peor; que no sé la razón. Pienso que me dejé llevar porque ella... Ella se mostró muy sugerente y haci un tiempo que tú y yo en la intimidad... Es que no sé cómo decirlo, Violeta.

—No, espera, si todavía la culpa será mía, ya lo verás—me quejé, en shock como estaba por la noticia.

—No, la culpa es mía y solo mía, solo que llevamos ya una temporada más distanciados que antes y yo... Yo me dejé llevar por una chica que tan solo quería echar un polvo, porque no quería más.

—¿Y pretendes que eso me consuele? Joder, ya me quedo mucho más tranquila—le respondí con risa histérica—. O sea, que, si hubiera querido algo más, también se lo habrías dado, ¿y no se te ocurrió traerla a esta casa? Total, si íbamos a ser tres, al menos que hubiera pagado parte de la hipoteca.

Sé que puedo ser muy irónica, sarcástica e hiriente cuando me hacen daño, y ese día me lo había hecho la persona en la que tanto confiaba, y esa que nunca pensé que fuera a traicionarme.

Cualquier persona, cualquiera, puede defraudarte. Y Daniel me defraudó ese día como si hubiera acercado un hierro candente a mi corazón, grabándome a fuego su traición.

Soy algo rencorosa, nunca he podido evitarlo. Y si no, que se lo dijeran a mi padre.

Creo recordar que no he mencionado que mi madre murió al poco tiempo de que yo conociera a Daniel. Fue algo visto y no visto, le diagnosticaron una enfermedad, que ya estaba bastante extendida, y en tres meses estuvo

jugando a las cartas con San Pedro, como ella decía que haría, porque era buenísima con ellas y le encantaba pasar el rato jugando que te juega.

Meses después, mi padre, que se llama Javier, comenzó a salir con una empleada suya, bastante más joven que mi madre, por cierto, de nombre Naomi. Eso hizo que yo me pusiera de uñas con ambos, y desde entonces la relación con mi progenitor había sido la justita, no se lo perdonaba.

Supongo que puedo estar pecando de demasiado dura, pero es que para mí sucedió todo demasiado rápido. No hubo duelo por parte de mi padre, quien me explicó que Naomi apareció en su vida en el momento más delicado y él... Él se agarró a ella como a un clavo ardiendo. Y no... yo no le daba la razón y le acusé más bien de estar más caliente que el palo de un churrero, que no es lo mismo.

Total, que con mi padre las cosas se enfriaron mucho. Una de las razones que me llevaron a seguir a Daniel y comprarnos la casa en el precioso pueblo de Binibeca Vell fue que aquella se me pareció a esa otra en la que crecí en compañía de mis padres, y en la que lo hice de la forma más feliz posible.

Por cierto, que, si se dice lo malo, es justo también decir lo bueno, y mi padre me ofreció vender su casa en el momento en el que Daniel y yo nos trasladamos a Menorca, para darme la parte de la herencia de mi madre que me correspondía, algo que yo no acepté.

»

—Que nuestra relación sea ahora un poco fría no cambiará porque me des lo que me corresponde, papá. Esta casa la pagasteis mamá y tú con vuestro esfuerzo y es justo que tú la disfrutes hasta el final, aunque sea con Naomi—le dije antes de trasladarme a la isla.

Al César lo que es del César. Yo tenía dos manitas para trabajar, lo mismo que Daniel, y no veía justo que mi padre vendiese la casa, esa que tanto les costó pagar.

Aquella fue una temporada complicada, ya que desde la muerte de mi madre hasta que yo terminé la carrera y me independicé con Daniel, marchándonos de Donostia, pasaron unos añitos que me resultaron muy duros y en los que mi novio fue un puntal imprescindible para seguir adelante.

Sin Daniel nada habría sido lo mismo, y con él viví ya en la isla unos años ideales hasta que la rutina, que puede ser muy dañina, me ayudó a dejarme llevar por todo aquello que nos exige la vida de mañana a noche, olvidándome de lo que era verdaderamente importante.

Sé que en alguna ocasión Daniel trató de hablar conmigo, diciéndome que me echaba de menos. Yo estaba ahí, pero no como antes. Echó de menos a la compañera, a la que, sin pensar en nada, se subía con él tarde tras tarde en una tabla de surf a cabalgar las olas, saboreando todo lo bueno que tiene la vida.

Igual fue la búsqueda de nuevas emociones, el dejarse regalar el oído y el empecinamiento de aquella chica por acostarse con él lo que terminó por inclinar la balanza a su favor, encamándose con ella.

r

Daniel me había pedido perdón por activa y por pasiva, pero a mí me costaba. Por eso, cuando el médico que le atendió nada más llegar a urgencias me dijo que su vida se podía parar en cualquier momento, mis sentimientos fueron de lo más encontrados.

l

Si Daniel fallecía no llegaría jamás a saber que, en el fondo de mi corazón, yo seguía queriéndole, aunque ignoraba si seguía amándolo, que son cosas distintas.

/ En esos momentos, sentí un gran cariño por él y le rogué al universo que no se lo llevase, ya que no solo fue un gran compañero, sino también el mejor padre para Alba, quien le adoraba por encima de todas las cosas.

Recuerdo que le cogí la mano y que le dije que le necesitábamos, que no nos podía hacer esa faena y que, si no reaccionaba y daba un paso al frente, posicionándose en favor de la vida, jamás se lo perdonaría.

Yo deseaba creer que él me escuchaba y, por lo que me contó el día que despertó, así era. Daniel permaneció un par de semanas en coma después de que aquella tarde, volviendo a casa, un coche se saltara un stop llevándose el suyo por delante.

Aquel fatídico accidente pudo costarle la vida. Tras superar el coma, comenzamos a sortear el resto de los obstáculos.

² De momento, mi pareja estaba en silla de ruedas debido a que las lesiones que aquel criminal le produjo, y digo eso porque se dio a la fuga tras el accidente, sin socorrerle para salvaguardar su identidad y no tener que rendir cuentas ante la justicia, no le permitían de momento andar.

Por suerte, no existían daños medulares y conforme las heridas de sus piernas sanaran, podría volver a hacerlo.

Contra todo pronóstico, el día que se lo comunicaron, no hizo referencia a volver a surcar la cresta de las olas, que habría sido lo previsible.

—Estoy muy contento—murmuró.

—No es para menos—le dije yo, quien volvía a mostrarme más cercana.

—Pero no es por lo que piensas. Muero por volver a dar un paseo de tu mano, si tú me dejas—me confesó.

Fue un momento muy emotivo. Antes del accidente, yo apenas le hablaba por lo sucedido con Carolina y, durante aquellos dos meses que permaneció en el hospital, le brindé todo mi cariño y hasta compartimos muchos momentos de lo más divertidos, como esas partidas de cartas que jugamos, todas las cuales le gané.

—Eres imbatible, ¿seguro que no haces trampas? —me preguntaba él.

—¿Hacer trampas? ¿Tú crees que me hace falta? Yo aprendí de la mejor, chaval—le recordaba con la mente puesta en mi querida madre, quien me enseñó todos los trucos habidos y por haber.

Tras aquellos dos meses, por fin volvíamos a casa. Daniel albergaba la esperanza de que esos muchos ratos de unión que vivimos allí, con él ingresado, fueran el comienzo de una nueva relación que tendríamos que comenzar a construir desde los cimientos, pues lo suyo con Carolina devastó la anterior.

—Te prometo que fue un arrebató, un calentón... Ella no significó nada para mí en ningún momento—me confesó una noche en el hospital en la que, por primera vez, le di opción a que me hablara con claridad sobre lo sucedido. Necesitaba escucharlo y, aunque sabía que me haría pupa, también era consciente de que se trataba de algo imprescindible.

—¿Hacer trampas? ¿Tú crees que me hace falta? Yo aprendí de la mejor, chaval—le recordaba con la mente puesta en mi querida madre, quien me enseñó todos los trucos habidos y por haber.

Tras aquellos dos meses, por fin volvíamos a casa. Daniel albergaba la esperanza de que esos muchos ratos de unión que vivimos allí, con él ingresado, fueran el comienzo de una nueva relación que tendríamos que comenzar a construir desde los cimientos, pues lo suyo con Carolina devastó la anterior.

—Te prometo que fue un arrebato, un calentón... Ella no significó nada para mí en ningún momento—me confesó una noche en el hospital en la que, por primera vez, le di opción a que me hablara con claridad sobre lo sucedido. Necesitaba escucharlo y, aunque sabía que me haría pupa, también era consciente de que se trataba de algo imprescindible.

Capítulo 2



Alba se volvió loca de alegría cuando vio entrar a su padre por la puerta.

Un hospital no es un sitio para críos y ella apenas le hizo unas cuantas visitas durante el tiempo que permaneció ingresado, todas ellas muy cortitas.

—Me alegro mucho de verte—le dijo Paola.

De no haber sido por ella, mi casa se habría ido al garete en aquel tiempo. Paola no era solo mi jefa, sino que se había ido convirtiendo en una de esas hermanas que te encuentras por la vida, pese a que no compartáis sangre.

—Y yo no podré agradecerte nunca lo suficiente que hayas cuidado de mi familia en mi ausencia—le contestó él.

—Bueno, bueno, no nos vamos a poner sentimentales ahora. Te ofrecería que nos tomáramos un copazo para celebrar que te han dado la libertad provisional—rio ella porque era muy guasona—, pero va a ser que tú ya tienes un cóctel de pastillas en el cuerpo y no quiero cargarme a la pareja de mi amiga.

A pesar de lo mucho que nos habíamos querido y de haber tenido una hija en común, nunca nos habíamos casado. Daniel y yo no sentimos esa necesidad en ningún momento, sintiéndonos un par de almas libres que no necesitaban firmar ningún documento al respecto.

No obstante, aquella noche, cuando nos quedamos a solas después de que Alba se fuera a dormir, el tema salió.

Daniel me dio la mano y un beso. No era la primera vez que lo hacía, puesto que en el hospital habíamos vuelto a tener gestos como pareja.

—He estado pensándolo, Violeta—suspiró antes de proseguir.

—¿A qué te refieres? —le pregunté mientras le servía un gran vaso de limonada casera, puesto que, como bien dijo Paola, él todavía no estaba para brindar con alcohol.

—A que me gustaría que, si tú estás dispuesta a perdonarme, a perdonarme de corazón—apretó mi mano en ese momento—. ... Pues eso, que me gustaría mucho que nos casásemos.

—¿Casarnos? —le pregunté un tanto extrañada porque nunca, en todos aquellos años, habíamos hablado de matrimonio.

—Sí, ¿tan raro te resulta? ¿Nunca has pensado en casarte conmigo? Ni siquiera antes de... Ya sabes, antes de que yo hiciera el imbécil con esa chica—dejó caer casi en un susurro.

Para mí que era como una especie de mecanismo de defensa por su parte. Él no solía llamarla por su nombre, como si al no hacerlo, como si al no ponerle una identidad concreta, a mí se me fuese a olvidar antes.

Por desgracia, las cosas no funcionan así, pero en cierto modo, quizás con una chispilla de hipocresía, yo le agradecía que lo hiciera con esa sutileza.

—No sé, ahora es que han pasado demasiadas cosas. Tienes que entenderlo, Daniel...

—Y lo entiendo, y lo entiendo. No espero que me respondas ahora, no cuando todo está tan alborotado y, además, que me encuentre en una silla de ruedas y...

—¿Perdona? Sabes que no es eso lo que me importa, yo no soy así.

—Eso es cierto. Eres la mujer más generosa con la que me he topado jamás.

s —Oye, a mí no me vayas a dorar la píldora ahora a todas las horas para que te dé una respuesta, ¿eh? —puse los brazos en jarra—. Advertido quedas...

—Sabes que no lo digo por eso—se echó a reír—. Siempre has sido muy generosa.

—Pues es verdad, porque cuando me contaste lo de tu lío con esa chica me entraron unas ganas increíbles de darte un número indeterminado de palos, un buen montón de ellos—le confesé entre risas.

Por primera vez era capaz de hablar con él del tema de un modo distendido, algo que captó y debió agradecer al cielo, porque Daniel ya no sabía lo que hacer para ganarse mi perdón.

Me constaba que Joaquín, su mejor amigo en la isla, le había comentado en más de una ocasión que no se le ocurriera contármelo, que si no había confesión no habría delito, pero él no le hizo caso.

Daniel no podía con los remordimientos y decidió asumir las consecuencias en vez de callar para siempre lo que sabía que me pondría como un verdadero basilisco. Pese a lo hecho, el padre de mi hija era un hombre con principios.

—Lo imagino, imagino que me los merecía también, ¿qué me dices, Pelusa?

Me estremecí al escuchar ese tierno sobrenombre por el que siempre me llamó, uno que no se había atrevido a utilizar desde que yo le puse los puntos sobre las íes y decidí mantener (del todo), las distancias con él.

—Pues no sé—me dejó un tanto fuera de combate—. Supongo que será cuestión de ver cómo van las cosas y...

—¿Y no van mejor? —me preguntó—. Perdona, perdona—prosiguió—. No tengo ningún derecho a presionarte lo más mínimo. Lo único que quiero decirte es que, tras ver que he podido irme de este mundo sin dejaros a ti y a la niña sin la suficiente protección... Yo quiero que estéis protegidas, que podáis vivir mejor si me sucede algo, ya que una pensión de viudedad siempre ayuda, y...

—¿Y esas son todas tus razones? —le pregunté un tanto ofendida, porque yo esperaba algo más.

—Pues sí—bromeó—. No, Violeta, deseo fervientemente protegeros, aunque la realidad es que deseo, mucho más todavía, casarme contigo para saber qué se siente al tener una esposa tan maravillosa como tú.

Nuestros labios se besaron en ese momento. No habían vuelto a hacerlo con pasión desde su confesión, y me gustó.

En otro momento, meses antes, no habría consentido que me besara, si bien en ese él lo hizo porque supo que yo también lo deseaba.

—Tienes que darme algo más de tiempo, ¿vale? Necesito volver a confiar en ti, eso es lo que necesito—le contesté con el corazón en la mano—. Y también necesito no volver a sufrir ningún sobresalto más, porque si te soy sincera, ya no puedo con tantos problemas.

—Lo imagino, imagino que me los merecía también, ¿qué me dices, Pelusa?

Me estremecí al escuchar ese tierno sobrenombre por el que siempre me llamó, uno que no se había atrevido a utilizar desde que yo le puse los puntos sobre las íes y decidí mantener (del todo), las distancias con él.

—Pues no sé—me dejó un tanto fuera de combate—. Supongo que será cuestión de ver cómo van las cosas y...

—¿Y no van mejor? —me preguntó—. Perdona, perdona—prosiguió—. No tengo ningún derecho a presionarte lo más mínimo. Lo único que quiero decirte es que, tras ver que he podido irme de este mundo sin dejaros a ti y a la niña sin la suficiente protección... Yo quiero que estéis protegidas, que podáis vivir mejor si me sucede algo, ya que una pensión de viudedad siempre ayuda, y...

—¿Y esas son todas tus razones? —le pregunté un tanto ofendida, porque yo esperaba algo más.

—Pues sí—bromeó—. No, Violeta, deseo fervientemente protegeros, aunque la realidad es que deseo, mucho más todavía, casarme contigo para saber qué se siente al tener una esposa tan maravillosa como tú.

Nuestros labios se besaron en ese momento. No habían vuelto a hacerlo con pasión desde su confesión, y me gustó.

En otro momento, meses antes, no habría consentido que me besara, si bien en ese él lo hizo porque supo que yo también lo deseaba.

—Tienes que darme algo más de tiempo, ¿vale? Necesito volver a confiar en ti, eso es lo que necesito—le contesté con el corazón en la mano—. Y también necesito no volver a sufrir ningún sobresalto más, porque si te soy sincera, ya no puedo con tantos problemas.

Capítulo 3



Yo no quería más sobresaltos, pero sobresaltos iba a tener.

No pasaron ni un par de días desde que Daniel me pidió matrimonio, cuando Joaquín le llamó.

—He pasado por la escuela de surf y está cerrada. Los alumnos se hacen preguntas y Nael está tratando de comunicar contigo, ¿dónde estabas? —le preguntó.

—En la maldita ducha, es toda una odisea ducharme sin poder ponerme de pie—le comentó él.

Yo estaba agotada y eso que la ayuda que me proporcionó Paola durante aquel trance fue inestimable para mi familia.

Desde el accidente de Daniel disfruté de una excedencia (una posibilidad que me ofreció ella), aparte de que se hizo cargo de mi hija mientras que yo atendía a su padre en el hospital.

Ya estaba a punto de incorporarme al trabajo, puesto que la situación era insostenible, cuando estalló la bomba.

—Pues localiza a Luis y dile que vaya con la llave, ¡que vuele ya, joder! —le chilló un tanto mosqueado.

Joaquín era un tipo con mucho temple y Daniel no entendió su reacción. Tampoco yo, puesto que parecía estar muy cabreado con Luis, que era el encargado de la escuela desde hacía unos meses, mientras que Nael (un chico muy jovencito), era monitor.

—¿Te ha pasado algo con Luis? —le preguntó Daniel un tanto desconcertado.

—A mí no, amigo, pero me temo que a ti sí—le contestó—. Mira, voy para tu casa.

Sin más vino y quiso hablar con nosotros dos. Yo al tal Luis no le conocía. Tiempo atrás siempre le daba el visto bueno a la gente que Daniel contrataba (puesto que él decía que yo tenía olfato para los empleados), pero eso no sucedió en los últimos tiempos, en los que cada cual atendió su trabajo y ya.

Daniel estaba nervioso por la actitud con la que llegó su amigo, y no era para menos, porque Joaquín venía fuera de quicio.

—Tío, yo estaba esperando que te pusieras mejor para comentártelo, pero para mí que la bomba ya te ha estallado en toda la cara—comenzó diciéndole y yo me asusté.

—¿De qué hablas, Joaquín?

En mi caso, andaba algo mosca por eso de que había llegado a mis oídos que Joaquín no era partidario de que Daniel me contase lo de Carolina, pero al margen de eso era un buen amigo y que siempre veló por nuestros intereses.

—Hablo de que Luis está metido en follones y que mucho me temo que os la pueda haber jugado, chicos, ¿habéis mirado vuestras cuentas? Sé que él tiene acceso al dinero de la escuela y me preocupa.

Daniel siempre fue muy confiado. Yo lo era menos, aunque como digo hacía tiempo que cada uno se ocupaba de lo suyo. Escuchar a Joaquín hacerle esa pregunta me dio dos patadas en el estómago, porque sabía que Daniel no recelaba de la gente por las buenas.

—No, no he mirado nada—le contestó él—. A ver, Luis no es mal tipo y es cierto que tiene acceso al dinero porque en las transacciones del día a día es necesario y...

Me eché a morir, dado que la cara de Joaquín era un verdadero poema, lo que se traducía en que podíamos estar jodidos, muy jodidos.

—Pues mira, amigo, mira—le pidió.

Daniel me pidió el ordenador, porque él odiaba mirar esas cosas en el móvil. Siempre decía que tener aplicaciones de trabajo y demás en el bolsillo no te permitía desconectar, y que él no vivía en un paraíso como Menorca para estar enganchado todo el día a un móvil de trabajo.

Para mi desgracia, fue consultar y darle la razón a su amigo.

—Aquí falta dinero, mucho dinero—le dijo con la misma carita de un muerto.

—Hijo de... Llámale, Daniel. Se dice que tiene problemas de juego y que debe... Debe hasta de callarse, el muy canalla. Ese te ha robado y se ha largado de Menorca, te lo digo yo.

No quería creer que fuera cierto, no quería creerlo.

Antes de que marcara su número, yo necesitaba salir de dudas. Un puro trámite, al fin y al cabo, puesto que la cara de Daniel me lo decía todo.

—Dímelo, por favor, ¿cuánto dinero falta? —le pregunté aterrada.

—Me quedan 500 euros en la cuenta, es como un chiste—me contestó, con lágrimas en los ojos, pues se sentía vulnerable. Muy vulnerable...

—Pero eso no puede ser. Tú tenías más de 30.000 euros ahorrados, era nuestro seguro por si nos pasaba algo y...

—Por favor, cariño, déjame tratar de contactar con él.

Daniel volvía a llamarme de una forma muy cercana y tierna. Él nunca pretendió dejar de hacerlo, fui yo quien se lo prohibí. Todo eso había quedado atrás, y por fin tratábamos de reconstruir nuestra familia.

—No descuelga, el muy miserable no descuelga—me decía él mientras que yo negaba con la cabeza, pensando en que debía tratarse de una pesadilla, ¿es que todo iba a ocurrirnos a nosotros?

No podía soportarlo, no podía soportar la posibilidad de que nos hubieran birlado nuestros ahorros de todos aquellos años. En honor a la verdad, los ahorros eran suyos, puesto que un próspero negocio como el de la escuela daba para ahorrar más que un sueldo como el mío, que no era malo, aunque no dejaba de ser un sueldo.

Me quería morir y entonces me eché a llorar.

—Joaquín, por favor, déjanos solos—le pidió Daniel porque la situación así lo requería.

—Claro. Para cualquier cosa, ya sabéis dónde estoy.

³ A continuación, se marchó. Yo miré a Daniel con claros síntomas de querer morderle la yugular, ¿en qué momento dejó nuestro destino en manos de otros?

—Lo siento, Violeta. Se ve que he sido demasiado confiado y lo que siento más aún es que tú pagues las consecuencias. No sabes cuánto lo siento.

—Ya, ¿y tú sabes lo que siento yo? Que otra vez tenga que pagar el pato por algo que has hecho tú y solo tú, por una decisión que tomaste sin consultarme, igual que otras de las que prefiero no hablar—le dije con inquina.

Se me fue la lengua, no pude evitarlo. Daniel y yo siempre hablamos de la importancia de contar con un buen colchón económico que nos ayudara a solventar cualquier eventualidad, en el caso de que esta llegase, y cuando por fin lo teníamos, lo perdíamos tontamente.

aNo podía digerirlo, es que no podía. Llovía sobre mojado ya, y yo me encontraba con el ánimo por los suelos.

l

l

No podía digerirlo, es que no podía. Llovía sobre mojado ya, y yo me encontraba con el ánimo por los suelos.

Capítulo 4



Unos días más tarde, yo estaba desesperada.

El verano comenzaba y, con ello, los gastos se disparaban. Para abrir boca, tuvimos que buscar otro encargado para la escuela, y el que encontramos, Nando, fue bueno, si bien exigió un sueldo bastante elevado, habida cuenta de que Daniel no estaba para muchos trotes y él tendría trabajo en cantidades industriales, y más con la llegada de los muchos turistas que visitan la isla en temporada estival.

Partíamos poco menos que de cero, y él, desesperado al verme así de mal, trató de calmarme.

—Podríamos pedir un préstamo, así no tendrías que volver al trabajo de un modo tan apresurado—me sugirió.

A mí me llevaron los demonios. No soy nada amiga de endeudarme, así que la idea me resultó un completo desastre, algo que le afeé de inmediato.

—Claro que sí, de modo que todos pagaremos las consecuencias de que seas un cabeza hueca, echándonos una buena letra—le contesté de las peores maneras.

Cuando a una se le crispan los nervios, puede decir muchas barbaridades. Yo podía comentar una serie de cosas sobre Daniel, pero ninguna relacionada con que no hubiese tenido cabeza para los negocios o no hubiese trabajado como un mulo para lograr el bienestar de su familia.

Su fallo había sido confiar demasiado en un tipo que se vendió como un encargado modelo cuando en realidad era un auténtico estafador.

Si soy justa, he de decir que Daniel me sugirió conocerle antes de contratarlo, algo a lo que me negué aduciendo que “bastante tengo con lo mío”. Claro, conocerle no quise, pero echarle las culpas a él de haber permitido que metiera “la mano en la caja”, como suele decirse, eso sí.

Daniel no sabía cómo llegar a mí, de nuevo, porque yo estaba que arañaba de mañana a noche. Haber perdido nuestro colchón económico me generaba una inseguridad terrible, y más cuando tampoco habíamos sido

especialmente previsores y jamás contratamos un seguro que pudiera cubrirnos si las cosas se ponían feas.

Pues nada, que me tocaba volver al trabajo (y ya veríamos si no tenía que pedir echar horas extra). Lo digo porque, por primera vez en mucho tiempo, las cuentas no nos salían y decir que yo estaba preocupada es quedarme corta, muy corta...

Fue entonces cuando a Daniel, en un arrebato desesperado, se le ocurrió la idea.

—¿Y si le pides ahora a tu padre tu parte de la herencia de tu madre? —me sugirió esa noche.

Me volví hacia él como un bicho.

—¿Tú cuántas pastillas te has tomado? —le pregunté de mala manera porque no había un ser humano con la capacidad de hablarme sin que me pusiera como una fiera, en esos momentos.

—Perdona, lo último que quiero es que te enfades. Solo es que sé cuánto te preocupa el que nos hayamos quedado sin blanca...

—Pues mira, partiendo de la base de que tenemos una hipoteca como una catedral, y que el interés nos ha subido, como a todo hijo de vecino... Pues eso, que no ayuda el que yo lleve dos meses sin cobrar y que a ti te hayan birlado todos los ahorros. Sí, te reconozco que no estoy como unas castañuelas, pero paso de pedirle ayuda a mi padre. No lo hice cuando comenzamos de cero, y menos lo voy a hacer ahora.

—Tienes toda la razón, Pelusa, y lo siento...

—No me llames Pelusa—volví a cortarle el punto, porque estaba de muy mala leche.

—Perdona, pero es que siento que ahora estamos más unidos. O lo estábamos, porque vuelves a mostrarte muy distante—resopló.

o

—Es que no estoy para remilgos, tenemos que sacar la casa adelante y la realidad, por mucho que queramos colorearla, es que tú estás como estás—le recordé.

l

Enseguida le pedí perdón porque ese había sido un golpe bajo. Cuando los problemas económicos hacen acto de presencia, a menudo se pierden las formas. Y eso fue lo que me pasó a mí aquel desesperante día en el que no sabía muy bien qué hacer, si bien una idea rondaba por mi cabeza.

—Lo siento, de veras que lo siento—me excusé.

—No pasa nada. Tienes todo el derecho del mundo a sacar lo que tengas dentro, todo el derecho.

Daniel siempre fue mucho más paciente que yo. Puede que, para otras cosas, como lo que ocurrió con Luis, demostrara tener menos cabeza, pero de paciencia sí que hacía gala.

—No, no tengo derecho a hablarte así. Lo que ocurre es que estoy muerta de miedo—le confesé.

—Te prometo que enseguida estaré caminando y volveré a hacerme cargo personalmente de la escuela. Sabes que tengo carisma y que la levantaré. En poco tiempo volveremos a contar con un dinerito ahorrado, te lo prometo—reiteró.

—Y no lo dudo, pero mientras, se me ha ocurrido una idea para salir un poco del atolladero.

—¿Y qué idea es esa? —me cogió la mano y yo, que me sentía culpable, le dejé hacer.

—Podemos alquilar la habitación del fondo, ¿qué te parece? —le pregunté.

—¿Alquilar la habitación de invitados? —se mostró sorprendido—. Pues, la verdad, qué quieres que te diga, que si no doy saltos de emoción no es solo porque esté postrado en esta silla—me contestó con un cierto regusto amargo.

—Tampoco es la ilusión de mi vida, ¿y qué le hacemos? Cuenta con su propio baño y está un poco más apartada que el resto. Si lo piensas, la persona que la ocupe estaría un tanto aislada de nosotros, allí en el fondo de la casa. Y no alquilaríamos con derecho a usar más zonas comunes que la cocina, así apenas interferiría en nuestra vida familiar, ¿qué me dices?

—Que la idea no me gusta ni un pelo, pero que, si tú ves que pueda ser una solución, no diré ni una palabra en su contra. Yo me callo y ya.

Daniel siempre fue mucho más paciente que yo. Puede que, para otras cosas, como lo que ocurrió con Luis, demostrara tener menos cabeza, pero de paciencia sí que hacía gala.

—No, no tengo derecho a hablarte así. Lo que ocurre es que estoy muerta de miedo—le confesé.

—Te prometo que enseguida estaré caminando y volveré a hacerme cargo personalmente de la escuela. Sabes que tengo carisma y que la levantaré. En poco tiempo volveremos a contar con un dinerito ahorrado, te lo prometo—reiteró.

—Y no lo dudo, pero mientras, se me ha ocurrido una idea para salir un poco del atolladero.

—¿Y qué idea es esa? —me cogió la mano y yo, que me sentía culpable, le dejé hacer.

—Podemos alquilar la habitación del fondo, ¿qué te parece? —le pregunté.

—¿Alquilar la habitación de invitados? —se mostró sorprendido—. Pues, la verdad, qué quieres que te diga, que si no doy saltos de emoción no es solo porque esté postrado en esta silla—me contestó con un cierto regusto amargo.

—Tampoco es la ilusión de mi vida, ¿y qué le hacemos? Cuenta con su propio baño y está un poco más apartada que el resto. Si lo piensas, la persona que la ocupe estaría un tanto aislada de nosotros, allí en el fondo de la casa. Y no alquilaríamos con derecho a usar más zonas comunes que la cocina, así apenas interferiría en nuestra vida familiar, ¿qué me dices?

—Que la idea no me gusta ni un pelo, pero que, si tú ves que pueda ser una solución, no diré ni una palabra en su contra. Yo me callo y ya.

Capítulo 5



Lo hablé con Paola y le pareció una buena opción, habida cuenta de que yo estaba bastante desesperada.

—Es que la jodida hipoteca variable nos está asfixiando, te juro que nos está asfixiando.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? A mí solo me quedan cinco años, pero se me están haciendo como si fueran una verdadera condena.

—Pues a mí me quedan tela todavía—resoplé.

—Eso es porque eres más joven—me recordó.

—Y entonces, ¿por qué me siento tan cansada? Estoy como si me hubieran caído un par de siglos encima. O como si la jodida tierra me hubiese tragado para luego...

—Ya, para luego escupirte en la gran puñeta. Cuando Raúl y yo lo dejamos pasé por una época así, y mira, ahora me encuentro que soy la jodida ama, por no decir otra cosa más fuerte.

—Eso es porque has ligado con Arturo, cacho perra, ¿cuántos años tiene menos que tú?

—Doce, los suficientes para endulzarme la crisis de los cuarenta.

Mi amiga era varios años mayor que yo, y se le notaban en la experiencia de la vida que tenía.

—Tú sí que sabes, ¿crees que yo también tendría que haberme separado de Daniel? Tú dejaste a Raúl por una cuestión de cuernos, al fin y al cabo...

—Sí, pero en su caso eran unos cuernos recurrentes, unos detrás de otros. Raúl era un ponecuernos profesional, no me vayas a comparar. Lo de Daniel fue una simple incursión en el mundo de los cuernos, rápida y confesada, que eso ha de servir como atenuante, ¿no te parece?

—Mucho le defiendes tú, ¿te ha sobornado? —le pregunté entre risas.

—No, más bien me ha cautivado. Daniel te quiere, y lo de esa chica no le ha servido más que para reiterar eso que siente por ti, ¿es que no ves la carita de cordero degollado con la que te mira?

—Mucho miedo y muy poca vergüenza es lo que tiene, ¿no?

—Pues no. Es un tipo formidable y el que tiene boca se equivoca, ¿y si te hubiera sucedido a ti?

—¿Ponerle yo los cuernos? Pues no—negué con la cabeza, un tanto sobrepasada.

—Nunca digas de esta agua no beberé. Mira, yo tuve un novio antes que mi ex, antes que Raúl, creo que nunca te he hablado de él.

—Pues no. No que yo recuerde.

—Un buenazo, te lo prometo. Un pedazo de pan era el pobre Martín, te lo garantizo. Y también te garantizo que s los llevó puestos.

—¿Qué se llevó puestos? —le pregunté sin echarle demasiada cuenta mientras miraba que el cristal de las copas para el salón luciera perfecto.

o—Los cuernos, niña, ¿qué va a ser si no?

—¡¡¿Le pusiste los cuernos a un novio tuyo?!! —le pregunté sin darme cuentas de que un recepcionista pasaba por detrás de nosotras en ese momento.

—Qué discreta eres tú, ¿no? ¿Y si coges el megáfono de la piscina y se lo cuentas directamente a todos?

—Perdona, perdona, es que me ha sorprendido.

—Al chaval que te ha escuchado también. Tiene pinta de mojigato, no como mi Arturo, que es un león en la cama —se relamió de pensarlo.

—Ya me imagino, así tienes la cara de felicidad que tienes...

—No como tú, que te hace falta un buen polvo como el comer. En cuanto Daniel se ponga bien, al lío, ¿eh?

o ¿Cuánto tiempo hace que no follas? —me preguntó sin anestesia porque ella era así.

—Pues “ya no me acuerdo” como cantaría Estopa. La verdad es que ni me acuerdo, pero ese no es el caso. Todo esto ha comenzado porque yo te estaba hablando de la posibilidad de alquilar una habitación.

—Ya, pero no para follarte al inquilino, ¿no? —se burló de mí—. ¿O sí, gamberra?

—No digas brutalidades de las tuyas. Claro que no, si más bien se me había venido todo el tiempo a la cabeza la posibilidad de que fuera una chica.

—No me seas antigua, ¿eh? Tú busca un buen perfil y ya, que sea hombre o mujer es lo de menos. Y más para ti, que no piensas trajinártelo—prosiguió con el cachondeo.

—Pues no, de veras que no. Yo no sirvo para esas cosas, no como otras... Todavía no me has contado lo de los cuernos que le pusiste al tal Martín.

—Ah, es verdad. Martín era mi jefe en el primer hotel en el que trabajé. Y chica, que se portaba fenomenal conmigo como pareja. Pero un día, apareció por la recepción Hugo, un macizo ejecutivo con la sonrisa más pícara que he visto en mi vida. Lo mío con Martín, en aquel momento, había caído en la rutina pura y dura. Y con Hugo reviví, ¡cielos si reviví! No chillaba yo nada...

e

Paola era de lo más divertida, aparte de que lo escenificaba todo tanto que tenías que doblarte en dos de la risa con ella. Trabajar a sus órdenes era todo un gusto, porque era hacerlo codo a codo con una amiga.

—Y después de Martín te fuiste con la prenda de Raúl, ¿y eso cómo fue?

—Eso fue el karma, que me devolvió multiplicados por cien los cuernos que yo le puse al buenazo de Martín. Bueno, y deja de sacarle brillo a esas copas, mujer, que no la hay más trabajadora. Se acabó el turno, ¿nos vamos tomar algo?

—El aire es lo único que tomaré camino de casa. Qué hartita estoy de todo, ahora llego y no sé ni por dónde empezar.

Hasta hacía poco contaba con la ayuda de una chica, Gladys, que venía a limpiarme la casa unas horitas un par de veces por semana, si bien el desfalco que nos provocó Luis dio al traste también con esa ayuda.

l

—Ya, pero no para follarte al inquilino, ¿no? —se burló de mí—. ¿O sí, gamberra?

—No digas brutalidades de las tuyas. Claro que no, si más bien se me había venido todo el tiempo a la cabeza la posibilidad de que fuera una chica.

—No me seas antigua, ¿eh? Tú busca un buen perfil y ya, que sea hombre o mujer es lo de menos. Y más para ti, que no piensas trajinártelo—prosiguió con el cachondeo.

—Pues no, de veras que no. Yo no sirvo para esas cosas, no como otras... Todavía no me has contado lo de los cuernos que le pusiste al tal Martín.

—Ah, es verdad. Martín era mi jefe en el primer hotel en el que trabajé. Y chica, que se portaba fenomenal conmigo como pareja. Pero un día, apareció por la recepción Hugo, un macizo ejecutivo con la sonrisa más pícaro que he visto en mi vida. Lo mío con Martín, en aquel momento, había caído en la rutina pura y dura. Y con Hugo reviví, ¡cielos si reviví! No chillaba yo nada...

Paola era de lo más divertida, aparte de que lo escenificaba todo tanto que tenías que doblarte en dos de la risa con ella. Trabajar a sus órdenes era todo un gusto, porque era hacerlo codo a codo con una amiga.

—Y después de Martín te fuiste con la prenda de Raúl, ¿y eso cómo fue?

—Eso fue el karma, que me devolvió multiplicados por cien los cuernos que yo le puse al buenazo de Martín. Bueno, y deja de sacarle brillo a esas copas, mujer, que no la hay más trabajadora. Se acabó el turno, ¿nos vamos a tomar algo?

—El aire es lo único que tomaré camino de casa. Qué hartita estoy de todo, ahora llego y no sé ni por dónde empezar.

Hasta hacía poco contaba con la ayuda de una chica, Gladys, que venía a limpiarme la casa unas horitas un par de veces por semana, si bien el desfalco que nos provocó Luis dio al traste también con esa ayuda.

Capítulo 6



Fue Paola quien me sugirió entrevistar a esa chica para alquilarle la habitación.

Yo había puesto un anuncio y ya tenía una entrevista concertada con un chico para esa tarde (al final sí, un chico, el primero que llamó), pero luego ella me comentó que una vecina suya acababa de romper con el novio y necesitaba con urgencia un alojamiento que estuviera bien de precio.

Alba jugaba en el jardín y yo trataba de explicarle la nueva situación.

—Es que, cariño, durante una temporadita, tendremos a alguien viviendo con nosotros, ¿vale?

—¿Y por qué, mami?

—Porque nos hace falta el dinerito, amor. Papá está un poco malito y no puede trabajar todavía, y mami no puede con tantos gastos.

—¿Es porque te pedí una muñeca nueva, mami? Da igual, no me la compres si no tienes dinerito. Se la pediré a los Reyes, que ellos me la traerán gratis y así tú puedes utilizar el que tienes en el supermercado, ¿vale?

Alba sabía más que los ratones colorados, aunque la inocencia de mi niña se dejaba ver en cada una de sus frases. Era todo corazón, y en eso se parecía mucho a Daniel, que estaba sufriendo cantidad con todo aquello.

Él nunca había tenido un pan suyo, y se sentía extremadamente culpable por la situación. Yo era bastante celosa de nuestra vida privada, y compartir casa con alguien extraño no era nada de mi gusto, algo que no se le escapaba.

Miré a Alba y me la comía. Mi niña era lo más importante para mí, y su bienestar estaba por encima de todo, de manera que yo daría por bien empleado mi sacrificio.

Ella lucía una bonita melena rubia llena de tirabuzones que era idéntica a la de mi madre con su edad.

La genética, a veces, te da una sorpresa de esas que te deja sentada de culo, y cuando la vi tras nacer, recibí una de

ellas. Mi niña era como un calco de mi ya por entonces fallecida madre.

Cuando yo era pequeña, siempre le decía que algún día le daría una nieta y que se llamaría Ángeles, como ella. A mi madre, el nombre le venía al pelo, porque era un verdadero ángel en la Tierra.

Ella siempre me contestaba lo mismo.

—No, cariño, tú ponle un nombre más moderno. A mí me gusta mucho Alba, ¿y a ti?

Por esa razón mi hija llevaba ese nombre que también era muy de mi gusto, si bien a la hora de recordarme a mi madre no hacía falta más que mirarla a la cara, porque el parecido era evidente.

Pensaba en todo ello cuando Virginia, la vecina de Paola, llamó a la puerta. Mi jefa y amiga apenas tenía referencias de ella, más allá de que escuchó una fuerte discusión con su hasta entonces novio y luego se la encontró en las escaleras, desolada y con las maletas.

Paola creía mucho en las casualidades, y pensó que podríamos caernos la una a la otra como agua de mayo, algo que era posible, sí.

Virginia parecía una chica un tanto tímida, de pocas palabras. Yo tampoco soy de abrirme excesivamente con las personas a las que no conozco, por lo que no puedo decir que nos sintiéramos demasiado cómodas en la conversación, y creo que hablo por las dos.

Fuera como fuese, cabía esa posibilidad, ya que para mí no era moco de pavo el tener que compartir mi casa.

—El salón y el jardín serían privativos de la familia. Tú contarías con poder utilizar la cocina y, por lo demás, tu dormitorio y tu baño. Espero que lo entiendas...

—Sí, claro, tampoco soy de inmiscuirme en la vida de nadie. No te preocupes por eso, todo está perfecto.

No puedo decir que sintiera ninguna conexión con ella, incluso tuve tentaciones de decirle que me lo había pensado mejor y que no alquilaría. Justo estaba rumiándolo cuando llegó Alba con una de sus muñecas y la chica se mostró muy amable con mi niña.

—¿Es tu muñeca preferida? —le preguntó.

—Sí, le quiero hacer unas trenzas de boxeadora como las que me hace mi mami, pero es que no me salen—se quejó ella.

Aunque Alba contaba con unos preciosos tirabuzones, me gustaba recogerle el pelo así cuando hacía mucho calor y ella me imitaba con su muñeca.

—Yo te puedo enseñar, ¿quieres? —le preguntó la chica.

A mi niña se le iluminó la carita.

—Vale, eres muy simpática—le dijo y, sin más, se le sentó en la falda.

Me quedé perpleja porque, aunque Alba era más abierta con la gente (en eso salía a Daniel), no solía darle a nadie tanta confianza a la primera de cambio.

—Alba, hija, que estamos hablando—le reprendí.

—De veras que no me importa. Me encantan los niños, y esta peque es de lo más pizpireta—me dijo la chica mientras le daba un toque en su naricilla.

Parecieron hacer unas migas sensacionales, y mi niña estaba encantada.

—Pues bien, Virginia, ¿cuándo te mudarías? —le comenté y ella me sonrió.

—¿La habitación es mía? Qué alivio. Mira, tengo pagada esta noche de hotel, ¿te parece muy precipitado si me mudo mañana? —me preguntó con muchísimas ganas.

—No, no hay problema. Cuanto antes, mejor. Así todos nos iremos haciendo a la situación.

—No soy una persona conflictiva, de veras que te va a gustar vivir conmigo. Igual acabamos siendo hasta amigas, Violeta—me dijo en un gesto muy cercano.

A mí es que no me llegaba la camisa al cuerpo con eso de tener que convivir con nadie. La idea no me gustaba en absoluto y me sentía regular, por mucho que entendiera que la ayuda económica de Virginia nos vendría genial para cubrir, al menos, los gastos de la estratosférica subida de la hipoteca. Todo fuera porque mi familia saliera adelante.

Virginia se marchó, no sin antes darle un abrazo a Alba, y eso me dejó algo más tranquila. Parecía buena chica.

—Yo te puedo enseñar, ¿quieres? —le preguntó la chica.

A mi niña se le iluminó la carita.

—Vale, eres muy simpática—le dijo y, sin más, se le sentó en la falda.

Me quedé perpleja porque, aunque Alba era más abierta con la gente (en eso salía a Daniel), no solía darle a nadie tanta confianza a la primera de cambio.

—Alba, hija, que estamos hablando—le reprendí.

—De veras que no me importa. Me encantan los niños, y esta peque es de lo más pizpireta—me dijo la chica mientras le daba un toque en su naricilla.

Parecieron hacer unas migas sensacionales, y mi niña estaba encantada.

—Pues bien, Virginia, ¿cuándo te mudarías? —le comenté y ella me sonrió.

—¿La habitación es mía? Qué alivio. Mira, tengo pagada esta noche de hotel, ¿te parece muy precipitado si me mudo mañana? —me preguntó con muchísimas ganas.

—No, no hay problema. Cuanto antes, mejor. Así todos nos iremos haciendo a la situación.

—No soy una persona conflictiva, de veras que te va a gustar vivir conmigo. Igual acabamos siendo hasta amigas, Violeta—me dijo en un gesto muy cercano.

A mí es que no me llegaba la camisa al cuerpo con eso de tener que convivir con nadie. La idea no me gustaba en absoluto y me sentía regular, por mucho que entendiera que la ayuda económica de Virginia nos vendría genial para cubrir, al menos, los gastos de la estratosférica subida de la hipoteca. Todo fuera porque mi familia saliera adelante.

Virginia se marchó, no sin antes darle un abrazo a Alba, y eso me dejó algo más tranquila. Parecía buena chica.

Capítulo 7



Pensé que era ella cuando volvieron a llamar al timbre unos minutos después. En esa confianza, abrí sin mirar. Y entonces me topé con Oliver, el chico al que había quedado en entrevistar esa tarde, y a quien no me acordé en absoluto de llamar para decirle que la habitación estaba alquilada. Además, que no me habría dado tiempo...

Entre unas cosas y otras, permanecí un buen rato con Virginia, el suficiente para que se hiciera la hora en la que también debía entrevistar a Oliver.

La memoria me fallaba en unos momentos de mi vida en los que me notaba de lo más estresada, y en los que ni siquiera caí en que otra persona vendría detrás de ella.

—Hola, yo soy Oliver—me tendió la mano—. Me estabas esperando, ¿verdad? —me preguntó al ver mi gesto de desconcierto.

—Hola, pues verás—titubeé—. Lo cierto es que... Ay, Dios, qué apuro—me llevé las manos a la cabeza.

—No me digas más, acabas de alquilarle la habitación a la chica que ha salido, ¿es así? —me preguntó.

—Yo no lo hubiera resumido mejor. Lo siento mucho, soy un desastre con patas. Verás, nunca lo he sido, solo que estoy sobrepasada, un poco, por una serie de situaciones y...

—Y respira lento, por favor, que vas a hiperventilar—me sonrió.

Era realmente atractivo, moreno, con ojos oscuros y sonrisa de revista, debía tener más o menos mi edad.

—Lo siento, ¿se me nota mucho?

—Un poco, se ve que los ánimos están un poco caldeados por aquí hoy—me comentó.

—¿Y eso por qué? ¿Lo dices por alguien más?

—Bueno, quizás no debiera contártelo, pero esa chica iba también hacia fuera que cogía el cielo con las manos. Le ha sonado el teléfono y se ha puesto a gritar, sin más. Creí que necesitaba ayuda y le pregunté, pero me dijo que no de muy malas maneras. No la juzgo, menuda bronca...

—Cielo santo, debía ser con su exnovio. Es que acaban de romper y, por lo visto, ha sido algo súper traumático. Nunca se sabe en una pareja, ¿verdad?

—No, desde luego que no. Y te lo digo yo, que soy psicólogo. De todos modos, no era con su exnovio con quien discutía—me aclaró.

—Ah, ¿no?

—No, era con su madre. La relación no debe estar muy allá porque le estaba diciendo de todo menos bonita, a su madre, digo...

Me frené en seco. Cada cual tiene sus propios pensamientos y yo hay cosas que no tolero. Quizás, el haber perdido a mi madre tan joven hizo que no pudiera soportar a quienes trataban mal a las suyas. Una madre puede ser exasperante, pero siempre es una madre. Y si no te llevas bien con ella, procura al menos no faltarle al respeto.

—¿Con su madre? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, lo estoy porque me ha llamado mucho la atención el que le hablara en un tono tan fuerte y hasta que la insultara. No sé, quizás se lleven fatal y haya llamado a su hija en el momento menos indicado. Yo no me considero quién para juzgarla—me dijo mientras consultaba en su móvil la hora—. Mira, Violeta, me ha gustado conocerte, pero si no vas a entrevistarme voy a tratar de ir a visitar a otro propietario que tenía como plan B. Muchas gracias por todo.

Yo estaba un tanto en shock. Para mí, meter en casa a un inquilino era una decisión difícil. Virginia me había ganado por su forma de ser con mi niña, pero ¿y si todo era una pantomima?

Tampoco sabía por qué discutió con su exnovio y por qué le puso él las maletas en la puerta. Lo mismo, ese mismo carácter endiablado que le salió con su madre fue el que lo provocó.

Por si las moscas, yo ya no me quedaba tranquila alquilándole la habitación, y más después de saber que se las gastaba así con su madre.

—No, perdona. Mira, Oliver, igual esto que te voy a decir no habla bien de mí porque ya había cerrado el trato con ella, pero me gustaría saber algo más de ti, ¿te tomas un café?

A todo esto, Daniel estaba descansando después de tomarse sus pastillas. Él se sentía todavía menos cómodo que yo con la idea de tener a un extraño en casa y prefirió que fuese yo quien eligiera a la persona, más todavía

edespues del poco olfato que tuvo con Luis.

—Yo solo espero no haberte condicionado por lo que te he dicho de esa chica, de verdad. Verás, me muero por tener ya un sitio en el que alojarme que no sea un hotel, acabo de llegar trasladado a la isla por motivos profesionales y es casi imposible alquilar algo solo ahora en verano. Aunque por otra parte te digo que me gustaría probar una temporada, y si todos nos acoplamos, vivir con otros me resultaría interesante para ahorrar y poder comprarme mi propia casa en el futuro.

—Ya, yo tampoco sé cuánto tiempo querré alquilar la habitación, la verdad. Pero el caso es que estoy pensando en que igual prefiero alquilártela a ti.

—¿Lo dices en serio? Te repito que no quiero interferir en tu decisión. Esa chica me va a odiar, pobre...

—Lo siento por ella, pero es que lo que me has contado no me ha gustado nada.

o—Como psicólogo, y en su defensa, te diré que todos podemos perder los estribos en un momento dado de nuestra vida. Igual, si ella no está pasando por un buen momento...

—Ya, igual entonces decide insultar a su madre, y que ella pague los platos rotos. Yo es que con el tema de las madres soy un poquito especial. Mira, Oliver, lo tengo decidido. Serás tú quien se mude a esta casa, ¿te parece si te enseño la habitación?

—Violeta, no voy a negarte que me viene fenomenal, pero si quieres esperar un par de días antes de tomar una decisión definitiva, lo entenderé.

—No, Oliver, no será necesario.

después del poco olfato que tuvo con Luis.

—Yo solo espero no haberte condicionado por lo que te he dicho de esa chica, de verdad. Verás, me muero por tener ya un sitio en el que alojarme que no sea un hotel, acabo de llegar trasladado a la isla por motivos profesionales y es casi imposible alquilar algo solo ahora en verano. Aunque por otra parte te digo que me gustaría probar una temporada, y si todos nos acoplamos, vivir con otros me resultaría interesante para ahorrar y poder comprarme mi propia casa en el futuro.

—Ya, yo tampoco sé cuánto tiempo querré alquilar la habitación, la verdad. Pero el caso es que estoy pensando en que igual prefiero alquilártela a ti.

—¿Lo dices en serio? Te repito que no quiero interferir en tu decisión. Esa chica me va a odiar, pobre...

—Lo siento por ella, pero es que lo que me has contado no me ha gustado nada.

—Como psicólogo, y en su defensa, te diré que todos podemos perder los estribos en un momento dado de nuestra vida. Igual, si ella no está pasando por un buen momento...

—Ya, igual entonces decide insultar a su madre, y que ella pague los platos rotos. Yo es que con el tema de las madres soy un poquito especial. Mira, Oliver, lo tengo decidido. Serás tú quien se mude a esta casa, ¿te parece si te enseño la habitación?

—Violeta, no voy a negarte que me viene fenomenal, pero si quieres esperar un par de días antes de tomar una decisión definitiva, lo entenderé.

—No, Oliver, no será necesario.

Capítulo 8



Esa noche, tras la cena, hablé el tema con Daniel.

Él lo estaba pasando fatal con todo, y yo reconozco que había momentos en los que volvía a estar más áspera que una lima de uñas.

Le consideraba responsable de lo ocurrido con el sinvergüenza delincuente de Luis, y no lográbamos volver a conectar como lo habíamos hecho en el hospital.

Los problemas económicos, qué duda cabe, complican mucho las relaciones personales y yo estaba a un tris de descubrir hasta qué punto.

—¿Al final es un chico? —resopló—. Pero ¿no decías que igual sería mejor alquilarle la habitación a la vecina de Paola? Ella te daría alguna referencia, ¿no?

—Pues no creas que tantas, que solo la conocía de encontrársela llorando como una Magdalena en las escaleras, pero es que igual no es tan raro, porque por lo visto la chica tiene un carácter de mil demonios.

—¿Y eso por qué lo sabes?

—Porque Oliver, el chico al que le he alquilado la habitación, la escuchó hablarle fatal a su madre, hasta insultarla...

—Joder—se quedó parado en seco porque Daniel también era un tipo con muchos valores—, ¿insultarla? ¿Qué mosca le ha picado a esa chica?

—Pues no tengo ni idea, pero la realidad es que no me ha gustado nada lo ocurrido. Yo lo considero una señal llegada justo a tiempo. Y eso que ella me comentó que no era conflictiva. Pues anda que si llega a serlo—resoplé.

—Tú siempre has tenido muy buen criterio, Pelusa—se atrevió a volver a sacar la artillería pesada en lo referente a llamarme así, y yo me callé porque deseaba que las aguas volvieran a su cauce.

En el fondo, no podía evitar sentirme algo culpable también, porque Daniel se sentía vulnerable, en silla de ruedas, y aunque fuese algo temporal, yo sabía muy bien lo que eso representaba para un hombre que valoraba la libertad de movimientos como el deportista que era.

No quería sentir lástima por él, puesto que consideraba que eso tampoco sería bueno a la hora de reconstruir nuestra relación, pero no pude evitarlo, las cosas como son.

—Mejor que el tuyo desde luego, cabeza de alcorcho—aflojé yo también, ¿y qué pasa si es un hombre? —Me senté a su lado y comencé a preguntarle en un tono bastante más suave ya, rebajando...

—No pasa nada especial, solo que me da la impresión de que será algo más violento... para todos.

—No, querrás decir para ti—le corregí.

—Pues antes pensabas lo mismo que yo, ¿qué te ha hecho cambiar de idea? —me preguntó mirándome a los ojos.

De sus palabras, pero más todavía de sus gestos, se deducía que Daniel moría porque volviéramos a ser el equipo que un día fuimos, esa era la realidad.

—El hecho de pensar que todo el mundo merece una oportunidad, independientemente de su sexo, qué quieres que te diga... Además, que es psicólogo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Enarcó una ceja.

—Bueno, no sé... supongo que una persona que se dedica a la psicología será más fácil a la hora de convivir. Oye que igual estoy diciendo una tontería y es hablar por hablar, pero a mí me ha dado buena espina.

—Al menos eso me tranquiliza, porque tú tienes buen olfato para la gente, siempre lo he pensado. De todos modos...

—Ya vale, ¿no? —me molesté un poco—. Ya está bien—resoplé.

—Perdona, igual no tengo derecho a quejarme cuando lo cierto es que he dejado la elección de la persona en tus manos.

—Igual es eso e igual también es...—me callé a tiempo porque lo de remover la mierda no suele dar demasiado buen resultado.

—Dilo, ¿qué es? Si lo sé de sobra... Me consideras el culpable de haber tenido que alquilar la habitación, ¿no es eso? —me preguntó con verdadera desesperación y yo no quise seguir con eso.

—Va, va. Ya está. Lo pasado, pasado está, Daniel. Lo que sí es verdad es que me parece absurdo que me vengas con escenitas de celos, porque para mí que en el fondo te encela que haya otro hombre en la casa—le solté.

Lo meditó durante unos instantes, tras los cuales me dio la razón.

—Lo siento, lo siento si he actuado como un cazurro. Sé que no tengo ningún derecho a decir ni mu al respecto de este tema, y sé también, aunque no tenga ganas de hablar de ello, que estamos en esta situación por mi culpa. De veras que procuraré no decir más tonterías al respecto, ¿vale? —me dijo dándome un beso.

Traté de calmarme, porque no era plato de gusto para mí lo que iba a decirle en aquel momento.

—Más te vale, porque te recuerdo que, si alguien tiene derecho a sentir celos en esta casa después de lo ocurrido, soy yo. Y por mi parte no puse problemas a la hora de que Virginia viniese a vivir con nosotros, ¿es o no es?

—Es, es, lo siento. Te prometo que lo siento de veras.

Yo había metido el dedo en la llaga porque razones me sobraban para hacerlo. Él tendría que conformarse con lo que había y, si no, que hubiese actuado con más cabeza.

—Pues eso, que yo jamás te he dado motivos para sentirte celoso y que a mí no me vengas con tontunas. Tenemos buena faena por delante y, pase lo que pase, hemos de hacerlo como un equipo, puesto que Alba nos necesita a los dos—le recordé.

—¿Pase lo que pase? —me miró con cierto recelo—. Violeta, todavía no me has dado una respuesta a lo que te ,pedí—me recordó.

—Es que, después de eso, las cosas se nos han puesto un tanto feas, y a mí la cabeza ya no me da para más, Daniel —me lamenté.

—Va, va. Ya está. Lo pasado, pasado está, Daniel. Lo que sí es verdad es que me parece absurdo que me vengas con escenitas de celos, porque para mí que en el fondo te encela que haya otro hombre en la casa—le solté.

Lo meditó durante unos instantes, tras los cuales me dio la razón.

—Lo siento, lo siento si he actuado como un cazurro. Sé que no tengo ningún derecho a decir ni mu al respecto de este tema, y sé también, aunque no tenga ganas de hablar de ello, que estamos en esta situación por mi culpa. De veras que procuraré no decir más tonterías al respecto, ¿vale? —me dijo dándome un beso.

Traté de calmarme, porque no era plato de gusto para mí lo que iba a decirle en aquel momento.

—Más te vale, porque te recuerdo que, si alguien tiene derecho a sentir celos en esta casa después de lo ocurrido, soy yo. Y por mi parte no puse problemas a la hora de que Virginia viniese a vivir con nosotros, ¿es o no es?

—Es, es, lo siento. Te prometo que lo siento de veras.

Yo había metido el dedo en la llaga porque razones me sobraban para hacerlo. Él tendría que conformarse con lo que había y, si no, que hubiese actuado con más cabeza.

—Pues eso, que yo jamás te he dado motivos para sentirte celoso y que a mí no me vengas con tontunas. Tenemos buena faena por delante y, pase lo que pase, hemos de hacerlo como un equipo, puesto que Alba nos necesita a los dos—le recordé.

—¿Pase lo que pase? —me miró con cierto recelo—. Violeta, todavía no me has dado una respuesta a lo que te pedí—me recordó.

—Es que, después de eso, las cosas se nos han puesto un tanto feas, y a mí la cabeza ya no me da para más, Daniel —me lamenté.

Capítulo 9



Oliver vino a instalarse con nosotros la tarde siguiente.

—¿Te ayudo con las maletas? —le preguntó Alba, súper pizpireta.

Yo ya le había explicado a mi hija que al final sería él quien viniese a vivir con nosotros, y no Virginia. Los críos son críos y enseguida se le olvidó el tema de lo de la otra chica, viendo a Oliver con buenos ojos.

—No hace falta, señorita, pero muchas gracias—le respondió él.

—Me ha llamado señorita, mamá—rio ella con la manita puesta delante de la boca.

—Es lo que eres, y muy guapa—le respondió él—. Y con ganas de ayudar, que es mejor todavía.

—Es que mamá dice que no puedo ser una zángana, que nada de estar holgazaneando todo el día—le contó porque ella pelitos en la lengua tenía más bien pocos.

Alba hablaba muchísimo para su edad y era lista como el hambre. Sus profesores así me lo solían comentar, que destacaba mucho a nivel de madurez sobre el resto de sus compañeros, si bien era algo que yo ya sabía de sobra, pues para eso la había traído al mundo.

—Pues hazle caso a tu mamá y te irá genial. Mira, si quieres puedes ayudarme con el móvil, que se me acaba de caer del bolsillo.

—A lo mejor se te ha roto, a mi mami se le cayó no hace mucho y se le rompió. Ella es que dice que parece que ahora tiene las manos de trapo...

Los trapos sucios era los que iba a sacar allí la niña, que no callaba ni amordazada.

—Eso es porque tu mamá se encuentra un poco sobrepasada—le contestó él, haciendo alusión al término que yo misma empleé cuando le entrevisté el día anterior.

Daniel salió en ese momento en el que Alba seguía preguntándole.

—¿Qué es sobrepasada? —se interesó la cría mientras cogía el móvil que, por suerte, cayó en el césped y no sufrió ningún daño.

—Un poco cansada, solo es eso—añadió.

A Daniel como que le chocó un poco que él supiera eso, si bien en ese momento hubo varios choques, porque yo tampoco le había comentado a Oliver que él estaba en silla de ruedas.

Al verse ambos, él no pudo evitar que se le notara la sorpresa, si bien actuó con total naturalidad, estrechando su mano.

—Hola, tú debes ser Daniel, y yo soy Oliver.

—Hola, Oliver, mi mujer me ha hablado de ti...

Él solía referirse así a mí, cara a los demás, como a su mujer, por mucho que todavía no lo fuese en papeles. No obstante, aquel día noté como que ponía más énfasis al pronunciar aquellas dos palabras, como que quería marcar territorio.

—Espero que bien—le contestó él entre bromas.

—Por cierto, esto es algo puntual, cuestión de tiempo, hasta que me recupere—le comentó señalando a la silla sin que Oliver le preguntase nada al respecto, por supuesto. Simplemente era su forma de decir que pronto estaría bien, como si se estuviera midiendo con él, cuando lo cierto es que la valía de un hombre nada tiene que ver con una circunstancia así.

Yo podía entender, no obstante, que para alguien tan movido y deportista como Daniel, la silla representase una total cruz, por mucho que fuese provisional, y partiendo de la base de que a cualquiera se nos hubiera hecho muy cuesta arriba.

—Sí, se va a recuperar muy pronto porque ya me toca aprender a mantenerme sobre la tabla—le indicó mi niña.

—¿Quieres practicar surf? —le preguntó él.

—Sí, ha heredado la pasión de mí, aunque a su madre tampoco se le da nada mal—le contó Daniel, tratando de romper el hielo.

—¿Eso es verdad? —se volvió Oliver a preguntarme—. Así que os gusta a todos...

—Yo ya es que ni me acuerdo, con tanto barullo como tengo en mi vida—le contesté—. En cualquier caso, aquí el verdadero apasionado y el profesional es Daniel, que tiene una escuela de surf—le conté.

—No jodas, tío, ¿tienes una escuela? ¿Está lejos? —le preguntó Oliver.

—No, no demasiado, ¿por qué? ¿Te gusta el surf? —le preguntó. Mira por dónde iban a encontrar un tema en común del que hablar. Y menudo tema, el más apasionante para Daniel.

—He hecho mis pinitos, sí, aunque estoy seguro de que podrías enseñarme mucho.

A mí me faltó dar botes, porque de seguir así se lo metería en el bolsillo en un momento.

—No sabes las ganas que tengo de soltar este trasto y volver a echarme al agua, tío. Cuenta con ello, por supuesto

—Pero antes me tienes que enseñar a mí, papá, que no se te olvide—le recordó nuestra niña. Menuda era ella, no podía tener más gracia y más arte a la hora de reclamar lo que creía que era suyo.

—Por supuesto, hija, por supuesto...

—Bueno, dejémonos de tanta cháchara, que Oliver tendrá que instalarse, ¿no es así? —me dirigí a él.

—Sí, por favor, vengo soñando con una buena ducha de agua caliente. Ha sido un duro día de trabajo—nos comentó.

—Pues venga, ¡vamos al lío! —le ayudé también yo con una de las bolsas—. Sigue a Alba, que ella te enseñará el camino.

Oliver ni siquiera había entrado en casa el día anterior. Le bastó con mi palabra para saber que se trataría de una habitación ubicada en un ambiente agradable, con su propio baño y demás. Y con derecho a cocina, cómo no.

Ambas, la niña y yo, le acompañamos y él se quedó boquiabierto. Soy una apasionada de la decoración y eso se notaba en cada uno de los detalles de mi casa.

—Se trata de una habitación espaciosa y preciosa. Es mucho más de lo que esperaba—me confesó amable.

—Me alegra que sea de tu gusto. En cuanto al cuarto de baño, el plato de ducha cuenta con columna hidromasaje, creo que aquí estarás muy cómodo. Por cierto, creo que ayer hubo cosas que no hablamos, como el tema de las visitas. Verás, en eso tengo que decirte que somos un poco reservados y...

—Tranquila, no busco un picadero, sino un lugar en el que vivir en tranquilidad—me guiñó un ojo.

!Era un tipo seductor donde los hubiese y tanto su comentario como su gesto sacaron mi sonrisa. Yo estaba un poco muerta por dentro en ese sentido, y Oliver parecía ser una de esas personas llenas de energía positiva que te cargan las pilas con solo un guiño de ojos.

—Vale, eso ya me deja más tranquila. Mira, he preparado una sopa fría para cenar. Supongo que tendrás hambre después de ese largo día de trabajo, ¿no? Hoy te invitamos nosotros, ¿qué te parece? —le ofrecí.

—Y mi madre hace la mejor comida del mundo—le indicó Alba, que iba y venía corriendo por el pasillo y acababa de poner la parabólica para enterarse de lo que estábamos hablando.

—Pues entonces no hay más que hablar, claro—me respondió agradecido y con una sonrisa.

.

|

Era un tipo seductor donde los hubiese y tanto su comentario como su gesto sacaron mi sonrisa. Yo estaba un poco muerta por dentro en ese sentido, y Oliver parecía ser una de esas personas llenas de energía positiva que te cargan las pilas con solo un guiño de ojos.

—Vale, eso ya me deja más tranquila. Mira, he preparado una sopa fría para cenar. Supongo que tendrás hambre después de ese largo día de trabajo, ¿no? Hoy te invitamos nosotros, ¿qué te parece? —le ofrecí.

—Y mi madre hace la mejor comida del mundo—le indicó Alba, que iba y venía corriendo por el pasillo y acababa de poner la parabólica para enterarse de lo que estábamos hablando.

—Pues entonces no hay más que hablar, claro—me respondió agradecido y con una sonrisa.

Capítulo 10



Yo volvía del trabajo al día siguiente cuando la niña estaba en el jardín con Daniel.

—¿Qué tal el día? —le pregunté.

—Bien, hemos preparado la cena, no sabía que esa reunión se prolongaría tanto.

Entre las miles de cosas que debía agradecerle a Paola, se encontraba el hecho de haber podido volver al turno de mañana, lo que generalmente me dejaba las tardes libres, a excepción de días como aquel, en el que una reunión me mantuvo más tiempo del deseado fuera de casa. Y digo del “deseado” porque desde que tuve que prescindir de la ayuda, la faena se me acumulaba en casa, puesto que Daniel, aunque trataba de hacer todo lo que podía, seguía sin estar para tirar cohetes.

—Me alegra, me daré una ducha y cenaremos pronto. Hoy estoy que no me tengo en pie—resoplé porque ciertamente me notaba muy cansada.

Pasé por el salón y entonces me encontré con una escena que no esperaba. Oliver se encontraba sentado en el sofá y con el mando de la tele en la mano.

En su favor he de decir que ni siquiera estaba recostado ni nada parecido, sino sentado en la postura más decorosa del mundo, y aun así yo caí en mi error.

Mi consternación fue tanta cuando me contó lo de Virginia que no me di cuenta de advertirle lo mismo que a ella; que el alquiler no incluía el uso de zonas comunes que no fueran la cocina.

Creo que él, que era más largo que un día sin pan, me leyó en los ojos que algo no iba bien, y enseguida reaccionó.

—Hola, Violeta. Oye, siento si te he importunado al sentarme aquí. No hablamos nada al respecto y me apetecía ver algo de tele—murmuró.

Se mostraba educado hasta la saciedad y, en ese momento, pensé que no había nada de malo en ello, la verdad.

—Está bien, está bien, no hay ningún problema—le contesté yo, pues me dio muchísimo apuro privarle de ese placer.

—Gracias, eres muy amable. Oye, Violeta, y si ya no fuera demasiado abusar, me gustaría pedirte otra cosa.

—Dime—me volví porque en ese instante yo iba ya a echar el paso, pasillo adelante, con la intención de darme una ducha que me librara de las tensiones del día.

—Verás, me encantaría poder comprarme una bici, pero no sé si es buena idea porque no hemos hablado de meter un armatoste como ese en la casa y quizás no...

—Ah, no hay ningún problema. Te entiendo bien, porque a mí también me encanta pasear en ella. Mira, en el garaje están las nuestras y hay sitio para una más. No hay ningún problema por eso...

—¿Te gusta la bici? —prosiguió.

—Sí, sí, me encanta. Ya sabes, recorrer la isla con ella es una verdadera gozada. No es por nada, pero yo por meterme, me he metido siempre hasta en adobo, como se suele decir... Me conozco la isla como la palma de mi mano. Siempre me han relajado mucho esos paseos, aunque ahora los tenga dejados, como todo lo que me gusta—suspiré.

—Entiendo. Ahora sé de lo que me hablabas cuando decías que estás un poco sobrepasada. Oye, quizás podríamos ir un día a montar en bici—me ofreció y me dejó un tanto desconcertada—. Bueno, quiero decir todos, Daniel me ha comentado que está mejorando mucho con la rehabilitación y que no tardará demasiado en estar de pie, ya sabes—me aclaró por si me había parecido demasiado osado.

—Daniel pretende correr antes que andar. Debe tomarse las cosas con más calma, su accidente fue delicado.

—Joder, qué palo, ¿no? Menudo susto...

—Y que lo digas. Oye, ahora me tengo que duchar—le comenté mientras Daniel entraba en la casa, buscándome.

Había desarrollado desde su accidente una especie de dependencia de mí, como si estuviera demasiado pendiente de todos mis movimientos. Sin saberlo, o sabiéndolo, porque me conocía muy bien, me estaba agobiando un poco.

Me metí en la ducha y, cuando salí, me lo encontré inmóvil, al lado de la cama, y con cara de circunstancias.

—Dime lo que te pasa porque yo no he comprado pepinillos y, por tanto, no cabe la posibilidad de que hayas ingerido un bote de ellos en mal estado, ¿me lo vas a contar, por favor? —le pedí.

—¿Por qué está en el salón? Es que no lo entiendo. Dijiste que...

—Daniel, te lo pido por favor, no me rayes. Yo digo muchas cosas, pero ¿sabes qué? La realidad es que luego no me acuerdo ni de la mitad, ¿acaso te has parado a pensar en la cantidad de asuntos que llevo para delante? Es que te prometo que no puedo más y sí, se me olvidó decirle a Oliver que no tenía derecho a usar las zonas comunes, y ahora me da una vergüenza que me muero, ¿y qué? Pues habrá que dejarlo, tampoco es tan grave. Es un chico que sabe guardar las formas, estoy segura de que nos dejará disfrutar de nuestra intimidad cuando estemos en familia, ¿vale?

—No estoy yo tan seguro, voy a salir y se lo comento. Tienes toda la razón en que te estoy poniendo contra las cuerdas cuando en realidad soy el que tiene la culpa de todo.

Me dio pena de Daniel en ese momento, puesto que yo intuía que no lo decía por decir, sino que se sentía verdaderamente culpable, y no era eso lo que yo deseaba.

—Está bien, está bien, ¿y si lo dejamos? De veras que va a ser muy violento decirle nada ahora, y más cuando antes me ha preguntado y le he dicho que no había problema.

—¿Tú se lo has dicho? —me preguntó él un tanto molesto.

—Sí, yo se lo he dicho porque me ha cogido de sorpresa, ¿lo dejamos ya? Y hablando de sorpresas, ¿qué me habéis preparado para cenar? —desvié la conversación porque no tenía ganas de seguir discutiendo.

s

—¿Por qué está en el salón? Es que no lo entiendo. Dijiste que...

—Daniel, te lo pido por favor, no me rayes. Yo digo muchas cosas, pero ¿sabes qué? La realidad es que luego no me acuerdo ni de la mitad, ¿acaso te has parado a pensar en la cantidad de asuntos que llevo para delante? Es que te prometo que no puedo más y sí, se me olvidó decirle a Oliver que no tenía derecho a usar las zonas comunes, y ahora me da una vergüenza que me muero, ¿y qué? Pues habrá que dejarlo, tampoco es tan grave. Es un chico que sabe guardar las formas, estoy segura de que nos dejará disfrutar de nuestra intimidad cuando estemos en familia, ¿vale?

—No estoy yo tan seguro, voy a salir y se lo comento. Tienes toda la razón en que te estoy poniendo contra las cuerdas cuando en realidad soy el que tiene la culpa de todo.

Me dio pena de Daniel en ese momento, puesto que yo intuía que no lo decía por decir, sino que se sentía verdaderamente culpable, y no era eso lo que yo deseaba.

—Está bien, está bien, ¿y si lo dejamos? De veras que va a ser muy violento decirle nada ahora, y más cuando antes me ha preguntado y le he dicho que no había problema.

—¿Tú se lo has dicho? —me preguntó él un tanto molesto.

—Sí, yo se lo he dicho porque me ha cogido de sorpresa, ¿lo dejamos ya? Y hablando de sorpresas, ¿qué me habéis preparado para cenar? —desvié la conversación porque no tenía ganas de seguir discutiendo.

Capítulo 11



A la mañana siguiente, solo sabía echar sapos y culebras por la boca.

—Cariño, ¿dónde estás? El cliente de la suite principal está que trina por no sé qué chorrada y le terminará saliendo espuma por la boca si no vienes y lo calmas. Dice que se ha encontrado un pelo, según él como la lanza del Quijote de larga y dura (oye, eso ha sonado hasta porno) —rio Paola—, y te necesito para calmarlo, ¿qué se supone que estás haciendo? —me preguntó.

—Cagándome en cuanto se menea, más o menos, la verdad. Esto es totalmente desesperante, no me va el coche— resoplé desesperada al teléfono porque los problemas parecen venir todos cuando menos se los espera.

Oliver salía también a coger el suyo en ese momento. Lo tenía aparcado en la puerta de nuestra casa porque ya no había más sitio en el garaje, habida cuenta de que allí estaban el mío y el de Daniel, más las bicicletas, los juguete de la peque y demás...

—Hola, Violeta, ¿y esa cara? ¿El coche te está dando lata? —me preguntó.

—Sí, no arranca. Y yo lo que me arrancaré serán los pelos si sigo así. No puedo más, te lo prometo—traté de respirar hondo para no perder los nervios del todo, entre otras cosas porque me daba mogollón de vergüenza que me viera así.

—¿Me dejas que le eche un vistazo? —me preguntó con esa amabilidad tan suya y por supuesto que le dejé.

—Por mí, encantada de la vida. Al mismo diablo que viniese le dejaría que lo mirase, con tal de que me diese una solución. Paola, mi jefa, me necesita...

—Ah, sí, me hablaste de ella. También es tu amiga, ¿no? Creo que me contaste que fue quien te envió a esa chica, a Virginia...

—Menuda memoria la tuya. Si esa es... Y que sea mi amiga no quiere decir que yo no tenga que cumplir como una campeona, porque debo hacerlo igual o con mayor ahínco todavía, ya que a más de un compañero le gustaría

que me resbalase para tildarme de enchufada—le comenté mientras me tiraba de los pelos, porque yo solo tenía ganas de eso.

—Está bien, está bien, apártate, por favor—me pidió.

—¿Tú sabes de mecánica?

—Si te escuchara mi padre, te diría que mucho, aunque exagera como todos los padres. Él sí que tiene un taller de mecánica en Vallecas, en nuestro barrio en Madrid, y lo cierto es que crecí allí con él, entre herramientas.

—Y seguro que tu madre pondría el grito en el cielo porque llegarías a casa perdido de grasa, ¿no? —le pregunté mientras examinaba el motor.

—Ojalá, mi madre murió cuando yo tenía trece años—me contó y me dio mucha penita, aparte de que sentí enorme empatía hacia él por razones obvias.

—Lo siento mucho, yo también perdí a mi madre—le contesté enseguida.

—Vaya, pues entonces ambos entendemos lo que es el dolor, reparar el corazón de un joven que ha perdido a su madre es bastante más complicado que hacerlo con este coche. No te preocupes que no es nada, se le ha ido la batería. Si te parece, compro una de repuesto y se la cambio esta tarde—me ofreció.

s—¡No! —exclamé.

—Joder, qué susto, ¿es que acaso no confías en mí? Que no terminase siendo mecánico no quiere decir que no sepa cambiar una simple batería, ya te digo que aprendí mucho al lado de mi padre—insistió.

—Ya, ya, pero que no quiero darte trabajo, es a eso a lo que me refiero.

—Y no me das ninguno, ya te digo que es una tontería—me sonrió.

—Ok, vale entonces. Ahora pediré un taxi y ya, no hay problema.

—De eso nada, no te lo voy a consentir porque no me cuesta nada llevarte hasta el hotel. Eso sí, pásame la ubicación porque soy nuevo en la isla y no creas que me aclaro todavía demasiado.

—¿Llevarme tú? Pero no puede ser, hombre, que igual llegas tarde.

—En absoluto, he salido con tiempo. No me gustan las prisas y así me vas haciendo de guía por el camino.

—¿Va en serio? —le pregunté resoplando porque bien me venía.

—Pues claro, mujer, no lo pienses más. Venga, que no tienes tiempo que perder—me dijo mientras se dirigía hacia su propio coche, en la puerta.

Por el camino no pudo mostrarse más simpático y amable. Me fue contando cantidad de anécdotas de su niñez, en el taller, al lado de su padre. De su madre, sin embargo, apenas hablaba. A mí no me extrañó en absoluto porque, aunque yo la añoraba todos los días y a todas las horas, por muchos años que pasaran, tampoco solía hablar demasiado de la mía porque después me quedaba hecha un guiñapo.

Oliver era un encanto, no había otra forma de definirlo. Aparte de que contaba con un innegable atractivo y las chicas se lo terminarían rifando.

—¿Y tú cómo es que no tienes novia? —le pregunté de buenas a primeras y hasta yo misma me sorprendí. Lo di por hecho y punto, algo me decía que no la tenía.

—Cielos, ha sonado a que es obligatorio tenerla—me contestó mientras la risilla acudía a su rostro.

—Lo siento, qué directa he sido, ¿no? Es que me extraña, me extraña que un chico como tú ande por ahí, solo por el mundo.

—Lo estás arreglando—rio de nuevo y yo reí con él porque caí en que así estaba siendo, en que no podía haber mostrado menos talento al preguntarle por un tema tan íntimo y que, al fin y al cabo, no era de mi incumbencia.

—Perdona, si tú dirás que a santo de qué te pregunto yo esto, ¿no? Discúlpame, no tengo mucho tacto últimamente con nada. Es que las cosas...—frené en seco porque él no dejaba de ser un desconocido y yo no debía abrirme en canal para nada con alguien que no pertenecía a mi círculo.

—¿Qué pasa con las cosas? ¿No van bien por casa? —quiso saber y de nada podía acusarle, puesto que di pie para que así fuese.

—No, no van bien. Lo siento, no debería estar hablándote de esto, ¿vale?

—Como quieras. De todos modos, ¿lo de Daniel pasará? Él me dijo que sí, que ya va mucho mejor con la rehabilitación y que pronto estará caminando de nuevo.

—Sí tú sabes. No tan pronto como él quisiera, pero nos han dicho que en unos meses el tema estará solucionado. Daniel muere por volver a subirse encima de una tabla, el surf es su vida.

—¿Solo el surf? —arqueó una ceja, quería saber.

—Perdona, pero es que no me siento demasiado cómoda mientras hablo de esto, ¿vale? Además, que ya hemos

llegado—le comenté mientras me bajaba de manera atropellada comprendiendo que Paola me estaría esperando con ansia.

—No, perdóname tú a mí. No debí meterme en camisa de once varas—me sonrió de nuevo—. Por cierto, ¿a qué hora sales?

—A las tres, pero ni se te ocurra estar pendiente de mí. Ya me vuelvo en un taxi.

—Vale, genial entonces—me dijo mientras ponía de nuevo su coche en marcha y se perdía.

llegado—le comenté mientras me bajaba de manera atropellada comprendiendo que Paola me estaría esperando con ansia.

—No, perdóname tú a mí. No debí meterme en camisa de once varas—me sonrió de nuevo—. Por cierto, ¿a qué hora sales?

—A las tres, pero ni se te ocurra estar pendiente de mí. Ya me vuelvo en un taxi.

—Vale, genial entonces—me dijo mientras ponía de nuevo su coche en marcha y se perdía.

Capítulo 12



Salí a las tres con el teléfono en la mano y con la intención de llamar a ese taxi cuando me lo encontré de frente, metido en su coche.

—Oliver, ¿se puede saber por qué has venido? —le pregunté entre sonriente y sorprendida.

—Porque también he terminado mi turno y porque no me costaba ningún trabajo, mujer, por eso he venido.

—Pero es que no era necesario, ¿eh? Que sé apañarme sola, de veras.

—Y nadie dice que no, pero ¿para qué están los amigos? —me sonrió.

—¿Amigos? Pues fíjate cómo tendré la cabeza que no me lo había planteado, aunque supongo que tienes toda la razón. Si vamos a compartir casa, es normal que lo seamos, ¿no?

—Claro que sí, de lo contrario sería muy incómodo. Oye, que estaba pensando una cosa, ¿y a Daniel no le importará que te cambie yo la batería? Quiero decir, que no quiero que me vea como alguien que usurpa su lugar en nada. En sus condiciones, es normal que se sienta vulnerable y que se muestre un tanto angustiado por todo.

—Lo has visto, ¿verdad? Claro, cómo no lo vas a ver, si aparte de que salta a la vista tú eres psicólogo—le comenté.

—¿Ver que está un poco amargado? Entra dentro de la más absoluta normalidad, ¿tú no lo estarías si estuvieras en su lugar? De pronto se ve en esa circunstancia y cuenta los días para que pasen, ¿quién podría juzgarle por ello? Yo, desde luego, no.

—Tú eres muy empático, se te nota. Supongo que es genial serlo para dedicarte a lo que te dedicas.

—Depende, porque también te hace correr el riesgo de llevarte los problemas a casa.

—Entiendo. Bueno, lo dicho, que a Daniel no le importará, aparte de que en circunstancias normales él tampoco

lo hubiera hecho. Puede arreglar una tabla de surf con los ojos cerrados, pero de coches no entiende nada. Y seguro que comprende que nos va bien no tener que llevar el mío al taller, porque de pelas vamos cortos.

—Lo supongo—añadió.

—¿Y en qué lo has notado? —le pregunté porque esperaba que en casa no se notase.

—¿En que habéis alquilado una habitación? —me recordó—. Eso no suele hacerse por amor al arte.

—Qué boba, soy, pues claro que lo dices por eso. No, la cosa no está precisamente boyante entre lo del accidente de Daniel y el pufo en el que nos ha metido su encargado—le conté porque venía a cuento. Sin saber la razón, Oliver se estaba ganando mi confianza. O igual sí que la sabía, porque no le dolían prendas en echar una mano en todo lo que podía.

—¿Ese tipo os ha estafado mientras estabais atravesando por una situación así? Joder, eso no se paga ni con la horca—se quejó.

—Que me lo digan a mí, que ahora no sé dónde acudir. Estoy de un agobio...

—Ya lo sé, tienes la espalda muy cargada—me hizo ver.

—¿Y tú cómo lo sabes? —me sorprendió porque él no me había puesto las manos encima.

—Por tu postura, Violeta. Se te nota claramente por la postura. Mira, la zona que tienes más cargada es esta—me la señaló con una mano que apartó por unos segundos del volante, ¿me equivoco mucho? —me preguntó.

—No, no te equivocas apenas nada, qué máquina estás hecho tú, ¿no?

—Gajes del oficio. Aprendes lenguaje postural y demás. No te imaginas la de cosas que puedes saber respecto a una persona con solo observarla, sin necesidad de que diga nada.

—Ya lo veo, ya. Miedito me das—bromeé.

1

—Pues eso es lo último que quiero darte. Espera, que me bajo por una batería—me dijo estacionando de golpe al pasar por un comercio de coches.

—Pero no vayas tan rápido, coge el dinero—le pedí mientras abría mi bolso y lo sacaba.

—Esta la pago yo, la próxima la pagas tú.

—¿Tú te crees que estamos hablando de una ronda de chupitos? Si es la batería de mi coche, hombre.

—Pues me invitas a esa ronda cuando quieras y ya. Verás, Violeta, sé que muchos abusan en esta isla a la hora de alquilar una habitación y encima igual es una birria. Tú me la has alquilado a un precio razonable y tu casa es impresionante, qué menos que me dejes tener este detalle contigo. Te lo pido por favor.

Nuestra cuenta corriente estaba más que pelada, así que lo de la batería me venía fatal. Por esa razón, le dejé hacer, aunque con un enorme apuro.

Un rato después ya la estaba colocando en el garaje de casa. Alba revoloteaba alrededor de ella y Oliver le hacía las más simpática de las burlas, causando su risa.

A quien no le causaba tanta risa era a Daniel. Él le miraba como a un intruso, en nada se había equivocado Oliver, y eso que no sabía que la batería no me la había cobrado. El padre de mi hija era muy orgulloso y jamás habría aceptado un detalle así por parte de otro hombre, de manera que preferí callármelo para que no hubiese tonterías.

Con todo y con eso, algo me decía que Daniel no tardaría en abrir el pico de nuevo con respecto a Oliver, a quien parecía tener enfilado. Él nunca fue un hombre celoso (claro está que yo tampoco le di ningún motivo) y en esos instantes sí que notaba yo que, dadas las circunstancias, estaba un tanto pelusón.

Oliver tenía arte, esa es la realidad, porque le daba buenos capotazos, no entrando para nada al trapo cuando veía que a Daniel la cara le llegaba al suelo. De la noche a la mañana, ese hombre me había caído del cielo y me echaba una manita en ciertas cosas que, de otro modo, se me harían bastante cuesta arriba. Incluso con la cría lo hacía, algo que también despertaba los celos de su padre, quien fue su único referente masculino hasta su llegada a la casa y para quien Alba era “la niña de sus ojos”, como él solía definirla.

Cuando las estreches económicas se adueñan de un hogar, las cosas más cotidianas (como llevar el coche a un taller), se convierten en retos. Y eso es algo que, a la larga y no tan a la larga, termina pesando.

—Pues me invitas a esa ronda cuando quieras y ya. Verás, Violeta, sé que muchos abusan en esta isla a la hora de alquilar una habitación y encima igual es una birria. Tú me la has alquilado a un precio razonable y tu casa es impresionante, qué menos que me dejes tener este detalle contigo. Te lo pido por favor.

Nuestra cuenta corriente estaba más que pelada, así que lo de la batería me venía fatal. Por esa razón, le dejé hacer, aunque con un enorme apuro.

Un rato después ya la estaba colocando en el garaje de casa. Alba revoloteaba alrededor de ella y Oliver le hacía las más simpática de las burlas, causando su risa.

A quien no le causaba tanta risa era a Daniel. Él le miraba como a un intruso, en nada se había equivocado Oliver, y eso que no sabía que la batería no me la había cobrado. El padre de mi hija era muy orgulloso y jamás habría aceptado un detalle así por parte de otro hombre, de manera que preferí callármelo para que no hubiese tonterías.

Con todo y con eso, algo me decía que Daniel no tardaría en abrir el pico de nuevo con respecto a Oliver, a quien parecía tener enfilado. Él nunca fue un hombre celoso (claro está que yo tampoco le di ningún motivo) y en esos instantes sí que notaba yo que, dadas las circunstancias, estaba un tanto pelusón.

Oliver tenía arte, esa es la realidad, porque le daba buenos capotazos, no entrando para nada al trapo cuando veía que a Daniel la cara le llegaba al suelo. De la noche a la mañana, ese hombre me había caído del cielo y me echaba una manita en ciertas cosas que, de otro modo, se me harían bastante cuesta arriba. Incluso con la cría lo hacía, algo que también despertaba los celos de su padre, quien fue su único referente masculino hasta su llegada a la casa y para quien Alba era “la niña de sus ojos”, como él solía definirla.

Cuando las estreches económicas se adueñan de un hogar, las cosas más cotidianas (como llevar el coche a un taller), se convierten en retos. Y eso es algo que, a la larga y no tan a la larga, termina pesando.

Capítulo 13



Al día siguiente llegué a casa con la cabeza caliente. El cliente que se quejó el día anterior, que era VIP, siguió erre que erre con lo del dichoso pelo (¿puede haber algo más absurdo?), aunque igual era envidia pura y dura porque él estaba más calvo que una bombilla.

El director del hotel, Ferrán, que gastaba unas malas pulgas impresionantes, nos mandó a llamar a Paola y a mí, poniéndonos a caldo, y aunque tratamos de defendernos, pasamos un ratito de esos que no se le desean a nadie.

El tal Ferrán contaba ya con un pie en el hotel y otro viviendo su jubilación en un lugar paradisíaco, puesto que la tenía a la vuelta de la esquina, y no quería ni imaginarse que un embrollo de última hora manchase su impoluto historial.

Total, que yo llegué a casa dando cornadas (podía hacerlo porque cuernos tenía, que tampoco se me olvidaba la cuestión), y allá que me encontré a Daniel más cabreado que un mico.

—¿Se puede saber lo que te pasa? —le pregunté. Yo notaba que el buen rollito que volvió a reinar entre nosotros semanas atrás se estaba marchando a consecuencia de los problemas diarios.

No voy a negar que tengo carácter como cualquiera y que culpaba a Daniel de la estafa de Luis. Por eso, pese a haber vuelto a pensar tras su accidente que le quería con toda mi alma y que era el hombre de mi vida, las discusiones volvieron a ser el pan nuestro de cada día en casa porque no se lo podía perdonar. Y si a eso le sumábamos lo de la chica aquella, que volvió a martillearme la sesera al distanciarme de nuevo de él, apaga y vámonos.

Yo estaba para sopitas y buen vino ese día, no para una bronca, por lo que pensé que no sabía la que se estaba jugando. Además, que eran cerca de las cinco de la tarde y que aún no había ni almorzado porque pasé a hacer compra. Total, que volvía cargada como las mulas romeras y encima esa cara. Pues nada, estallé.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté de nuevo porque no me había respondido, mientras el sudor perlaba mi frente al sacar las muchas bolsas del coche, algo a lo que él acudió a ayudarme.

Antaño era Daniel quien se encargaba de las compras y esa era otra labor que me había caído encima. Yo estaba que no podía más, y encima Alba salió corriendo a preguntarme.

—Mami, mami, ¿me has traído el helado de nubes? —me interrogó con su voz cantarina.

Me sentí mal, terriblemente mal porque se lo había prometido y se me olvidó por completo. Nunca, hasta esa época de mi vida, se me olvidaron las cosas importantes para mi hija, y su cara de decepción me cayó como una pesada losa encima.

—Lo siento, mi niña. Luego voy a por él, te lo prometo...

—Pero, mami, me dijiste que me lo traerías y yo lo quiero ahora.

En su infantil cabecita no cabía la idea de que su mami estuviese a punto de estallar como una bomba, por lo que nada podía hacer para quitarle esa pena que sintió y de la que me contagió por completo.

—Lo siento, bebé, te prometo que lo siento.

—Pero es que se te olvidan las cosas, mami, se te olvidan—se echó a llorar y entonces fue cuando Daniel montó en cólera, pagándolo con ella.

—¡Bueno, ya está bien, Alba! ¡Te estás convirtiendo en una niña consentida, ¿no ves que tu madre no puede más?! —le chilló.

Nuestra hija no estaba acostumbrada a los gritos, y menos por parte de su adorado padre. Ella siempre fue muy buena y fácil de llevar, y en cuanto a nosotros siempre la tratamos con mimo, con total mimo.

—¡Alba no es mala! —le chilló también a su padre hablando de ella en tercera persona mientras echaba a correr hacia el interior de la casa.

—¡Claro que no, hija! —salí corriendo tras ella, puesto que nunca la vi así de soliviantada.

Cuando entré en la casa y llegué hasta ella, me encontré con la tierna escena de que Oliver la estaba calmando, cogiéndola en brazos.

—Ya está, bonita, ya está. Tu padre solo se ha puesto un poco nervioso, pero él te adora, él adora a Alba, ¿vale? —le decía mientras acariciaba su pelo y ella se refugiaba en su pecho.

¹ Muy correcto, nada más verme, me cedió el turno y la dejó en mis brazos, haciéndome al mismo tiempo un gesto para que yo no le diese mayor importancia.

Comprendía que no debía dársela y, aun así, me afectaba. Daniel nunca le había hablado con esos bríos y lo que más me jodió fue que pagara su frustración con ella.

Unos minutos después, tras calmarla, salí al jardín donde me encontré a un Daniel cabizbajo, si bien todavía en sus trece.

—No podemos dejar que se salga siempre con la suya o criaremos a una pequeña tirana—fue lo primero que me dijo, encendiéndome todavía más.

—¿De veras? ¿De veras me vas a decir eso de la niña? Porque me están dando ganas de coger el pescante con ella y dejarte aquí. Mira, Daniel, si yo tengo la cabeza perdida no es culpa de Alba, igual tendrías que analizar la situación y saber de quién es la puñetera culpa.

—Ya, ya me va quedando claro. La culpa de todo es mía, ¿verdad, Violeta? Hasta de que ese tipo se saltara el stop y me dejara así... Hasta de eso la tendré yo, capaz eres de acusarme.

—Pues igual ibas pensando en las musarañas, igual sí. De otro modo, quizás le hubieras visto venir—le acusé de un modo muy injusto, porque cuando me acaloro tanto como lo hice ese día, ya no sé ni lo que digo.

—No me jodas, ¿de verdad me estás acusando hasta de haber sufrido el accidente? —me preguntó con evidente amargura y no era para menos.

—Yo lo único que digo es que siempre estabas pensando en majaderías, siempre, desde que ocurrió lo de Carolina —me despaché a gusto.

—Ya tardaba en salir lo de esa chica, ¿es que no lo olvidarás nunca?

—Pues no lo sé, porque pensé que podría superarlo, no te lo voy a negar. Pero luego las cosas empezaron a torcerse y creo que todo está como enlazado—le confesé con rabia y pena.

—¿Qué está enlazado? Por el amor del cielo, Violeta, explícate...

—Es que desde que ella apareció en nuestras vidas hemos ido de desgracia y en desgracia. Y qué quieres que te diga, a mí se me hace una bola de nieve inmensa en la cabeza y...

—Por favor, Pelusa, no digas bobadas, lo de esa chica se acabó para siempre. Ella no tiene ya ningún poder sobre nosotros, si es que alguna vez lo tuvo, porque yo me paso el día pensando en cómo hacerte la vida más bonita a ti, no a ella.

Quería creerle, pero estaba demasiado ofuscada. Además, que Daniel tenía la mala costumbre de, en momentos como aquel, agarrarme por las muñecas, y eso era algo que me hacía sentir tremendamente agobiada, como si me

privara de mi libertad. Sé que lo hacía para que le escuchara, porque de otro modo cabía la posibilidad de que me largase y le dejase con la palabra en la boca, pero no lo soportaba.

—¡¡Que me sueltes!! —le chillé.

En ese instante me volví y vi que, ante mi grito, Oliver salió a la puerta que daba al jardín, pensando en que se tratara de algo grave y que yo necesitaba su ayuda. Un gesto que le honraba, pese a que no fuese el caso.

Viendo que todo estaba bien, al instante, se metió de nuevo en la casa y entonces fue Daniel quien me habló.

—Lo que me faltaba, es lo que me faltaba, que ahora quede yo como un indeseable a los ojos de ese tipo—se quejó porque no era una situación fácil.

—¿Y eso es todo lo que te importa? Pues vaya—le vacilé yo, retándole con la mirada.

—No, me importan otras cosas, como pedirte que te casaras conmigo y encontrar la llamada por respuesta—me reprochó.

—Mira, Daniel, no me toques las narices, ¿tú te crees que estamos como para pensar en una boda ahora mismo? Porque si es así es que se te ha ido la chota. Apenas nos llega para pagar las facturas...

—Ya, pero es que ni siquiera sé si te hace ilusión, aunque no sea ahora. Ni siquiera sé eso—repitió.

a

No supe qué contestarle. Lo único que deseaba en esos momentos era entrar en la casa y meterme en la cama, y que entonces el mundo siguiese sin mí.

privara de mi libertad. Sé que lo hacía para que le escuchara, porque de otro modo cabía la posibilidad de que me largase y le dejase con la palabra en la boca, pero no lo soportaba.

—¡¡Que me sueltes!! —le chillé.

En ese instante me volví y vi que, ante mi grito, Oliver salió a la puerta que daba al jardín, pensando en que se tratara de algo grave y que yo necesitaba su ayuda. Un gesto que le honraba, pese a que no fuese el caso.

Viendo que todo estaba bien, al instante, se metió de nuevo en la casa y entonces fue Daniel quien me habló.

—Lo que me faltaba, es lo que me faltaba, que ahora quede yo como un indeseable a los ojos de ese tipo—se quejó porque no era una situación fácil.

—¿Y eso es todo lo que te importa? Pues vaya—le vacilé yo, retándole con la mirada.

—No, me importan otras cosas, como pedirte que te casaras conmigo y encontrar la llamada por respuesta—me reprochó.

—Mira, Daniel, no me toques las narices, ¿tú te crees que estamos como para pensar en una boda ahora mismo? Porque si es así es que se te ha ido la chota. Apenas nos llega para pagar las facturas...

—Ya, pero es que ni siquiera sé si te hace ilusión, aunque no sea ahora. Ni siquiera sé eso—repitió.

No supe qué contestarle. Lo único que deseaba en esos momentos era entrar en la casa y meterme en la cama, y que entonces el mundo siguiese sin mí.

Capítulo 14



Pasaron unos días sin grandes sobresaltos, si bien yo me temía que las aguas no volviesen a su cauce.

Algo parecía haberse roto nuevamente entre Daniel y yo, y por más que pensaba no encontraba la forma de salir del atolladero.

Me llamó la atención que Oliver no hubiese llegado todavía. A veces llegaba a la par que yo y otras incluso antes, porque a mí solían tardar más en “soltarme” en mi trabajo. Pero, como digo, ese día tardó algo más.

Por fin escuché su coche en la puerta y entonces abrió la verja. Alba, como si se tratase de un tesoro, corrió a ver qué era exactamente lo que traía entre los brazos.

—Lo siento, siento de veras meterlo en casa, pero me he encontrado este cachorrito desvalido entre los matorrales de las afueras de la urbanización y he pensado que igual podríamos lavarlo un poco antes de llevarlo al veterinario, está hecho una pena.

Daniel me miró con cara de “la que se va a liar”. No en vano, Alba moría por un perrito, llevaba un tiempo pidiéndonoslo y justo estábamos a punto de adoptar uno cuando sucedió el accidente de su padre, tras el cual pensamos en abortar misión porque estábamos más liados que una peonza.

Nuestra niña lo miraba con el signo del corazón en los ojos, como el emoji del WhatsApp. Alba quería un perrito más que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿Me dejas que lo coja? —le pidió con voz casi hiposa por los nervios, porque las lágrimas de emoción al verlo brotaban de sus ojos.

A mí se me rompió el alma, y más cuando Daniel nos miró como para pedir nuestro permiso, y se lo dimos.

—Cógelo con mucho cuidadito, ¿vale? Estaba tirado en la cuneta e igual tiene alguna lesión interna. Hay que tratarlo con mucho amor—le dijo Oliver mientras ella lo cogía con todo el del mundo y él alborotaba su rebelde flequillo, acariciándola.

A Daniel no se le fue por alto el detalle al igual que tampoco se le escapó que la niña le mirase embelesada. Sin saberlo, Oliver le había dado en el cantito del gusto y la cría abrazaba al cachorrito como si no hubiese un mañana

—Yo diría que se trata de un labrador—nos comentó.

—No es el mejor momento, no lo es—se lamentó Daniel porque ciertamente no lo era. En eso estábamos de acuerdo, al menos lo estábamos en algo.

—De veras que yo no he pretendido crearos ningún problema, es solo que he pensado que el animal necesita asearse un poco antes de llevarlo al veterinario, estoy seguro de que en la clínica sabrán dónde podemos llevarlo—se excusó.

—Mami, no, por favor... ¡yo quiero el cachorrito! —imploró mi niña.

Y yo no podía más. Es que no podía más y encima se trataba de un perro que crecería bastante y cuya responsabilidad, dado como estaban las cosas, recaería momentáneamente en mi persona.

A Daniel los perros siempre le gustaron más que a mí, si bien comprendía que era el momento menos propicio, entre otras cosas porque él solo tenía tiempo para pensar en llevar a cabo su rehabilitación lo mejor posible y en fortalecer sus piernas para volver a mantenerse erguido.

Le miré, a sabiendas de que se acababa de abrir la caja de Pandora y que aquello no tendría vuelta atrás. Daniel me devolvió la mirada resoplando, aunque bien sabía yo que ese resoplido equivalía a que daba el visto bueno.

—Hija, yo no sé, es que yo no sé—le dije.

—Mami, yo me encargaré de todo lo del perrito, te lo prometo—me decía ella desde su infantil perspectiva.

—Crecerá mucho, Alba, y papá se pasa el día haciendo ejercicio, sabes que tiene que ponerse bien.

—Y King le ayudará a hacerlo, porque yo quiero que se llame King—me dijo ella. Madre del amor hermoso, si es que ya le había puesto hasta nombre.

—Yo también os podría echar una mano al principio, de veras que no me costaría ningún trabajo—se ofreció Oliver y yo le miré agradecida.

—Tú no tendrías que hacer nada, en serio que no. Nadie va a echarte esa responsabilidad encima—le dije porque no lo veía justo.

—Y nadie me la está echando, soy yo quien se ofrece y se trata de un ofrecimiento de corazón—me contestó

mientras acariciaba al perrito, en brazos de Alba.

1. Daniel tenía ganas de intervenir en la conversación. Yo no podía con más cargas sobre mi espalda y, si aquello era una equivocación, que fuese una más por su parte.

Igual no estaba siendo justa con mi pareja, pero cuando una nota que no puede más suele ocurrir así. En cualquier caso, el cachorrito era un amor y Alba la cría más feliz del mundo con él encima.

—¿Has dicho que le llamaremos King, hija? —le preguntó Daniel mientras ella se dejaba acariciar por Oliver.

—Sí, papá, significa rey en inglés...

—Hasta ahí llego, cariño mío—rio él, quien manejaba el inglés a la perfección, pues hasta la isla se trasladaban muchos extranjeros para practicar surf.

—Vale, porque King va a ser el rey de la casa, y por eso le llamaremos así.

Nuestra niña necesitaba nuevas ilusiones y una bonita (y solidaria casualidad) llevó a Oliver a encontrarse en las inmediaciones de casa al motivo de que Alba luciera una sonrisa espléndida y diera unos saltos de alegría que ni un canguro, vaya.

La tarde fue de lo más entretenida y Oliver se ofreció a acompañarnos en todo: desde la consulta del veterinario hasta la tienda de animales en la que comprarle a King su camita, su correa, algún que otro juguete, y todo lo necesario para que creciera feliz.

Nos ahorramos el pienso, porque el pobrecito no debía ni estar destetado y tenía edad de continuar tomando leche así que un ratito más tarde Alba aprendía, dichosa, a darle el biberón.

—Es mi bebé perruno, mami, mi bebé perruno—me indicaba mientras le trataba con todo el amor del mundo.

Oliver, pese a que yo quise oponerme por todos los medios, contribuyó también a los gastos que el animalito nos ; originó en una tarde que fue de los más productiva, como digo.

—No te voy a coger el dinero—le dije antes de volver a casa.

—Pues es lo menos que puedes hacer porque yo, en parte, me siento responsable de haberos metido en este marrón a Daniel y a ti—me contestó él.

—De veras que eres un tío estupendo, pero no es necesario—quise devolverle el Bizum que acababa de hacerme.

—Os hace falta, Violeta. Hoy por ti y mañana por mí. Un perro origina muchos gastos y yo sé que no estáis

boyantes en este momento. Déjalo, te lo pido por favor.

a —Pero es que yo ya te debo varios favores y se me terminarán por acumular—proseguí.

—El de la ronda de chupitos no te lo pienso perdonar, así que tú verás—me recordó.

—Ay, Dios, una ronda de chupitos, ¡qué bueno! Si yo ahora no bebo más que agua y a veces del tiempo, que no saco ni la botella del frigo de lo justa que voy.

—¿Agua del tiempo? Tú lo que necesitas es un buen chute de diversión, Violeta, ¿qué me estás contando? —rio él.

boyantes en este momento. Déjalo, te lo pido por favor.

—Pero es que yo ya te debo varios favores y se me terminarán por acumular—proseguí.

—El de la ronda de chupitos no te lo pienso perdonar, así que tú verás—me recordó.

—Ay, Dios, una ronda de chupitos, ¡qué bueno! Si yo ahora no bebo más que agua y a veces del tiempo, que no saco ni la botella del frigo de lo justa que voy.

—¿Agua del tiempo? Tú lo que necesitas es un buen chute de diversión, Violeta, ¿qué me estás contando? —rio él.

Capítulo 15



Alba hasta madrugaba para sacar a King a pasear. Nos había dicho que ella se encargaría y mi niña lo hacía a su manera, aunque obvio que no la podíamos dejar sola con esa responsabilidad.

Daniel, a primera hora de la mañana, hacía su primera tanda de ejercicios con el fisio, y Oliver se ofreció a salir con la cría mientras yo me preparaba también para irme al hotel (salía a la misma hora que él para el hospital).

Sin que nos lo propusiésemos, Oliver se había convertido en un puntal importante a la hora de ayudarnos a salir del bache familiar por el que estábamos atravesando, ya que todas las manos eran pocas.

Quien no lo llevaba demasiado bien era Daniel, puesto que estaba tan volcado en salir de su problema de salud que apenas contaba con demasiado tiempo para compartir con su hija y el perrito.

A veces, las cosas no salen cómo las planeamos un día, y él siempre pensó que cuando Alba tuviese un cachorrito podrían llevarlo a pasear juntos y demás. Una nueva frustración que sumar a la que ya sentía por no avanzar tan rápido como hubiese querido.

—Las cosas de palacio van despacio—le recordaba yo cuando le veía en la cuerda floja.

—¿Despacio? Parecen estar paradas y mientras me lo pierdo todo...

—Si lo dices por lo del perrito, tenemos King para rato, te vas a hartar, no te preocupes—trataba de animarle.

—Por lo del perrito, por lo tuyo y por...

—Un momento, ¿y qué es lo mío? —le pregunté un tanto indignada esa tarde en la que él parecía querer gresca y en la que yo no estaba para que me tocasen las palmas, puesto que me conocía.

—Lo tuyo es que no puedo... Ya sabes que no puedo—insistió con amargura.

Se refería a mantener relaciones sexuales plenas estando como estaba, porque todo se dificultaba.

—Por eso no te preocupes, antes del accidente ya llevábamos una buena temporadita a pan y agua—le recordé.

—Porque tú no me perdonabas mi desliz, pero ahora eso ha cambiado, ¿o no ha cambiado?

—No empieces, te lo pido por favor, ¿cuántas veces tenemos que hablarlo? Yo voy a mi ritmo, todavía más cuando la situación es una jodienda de esas que no parecen tener enmienda.

—Y aun así parecías haberme perdonado, lo que pasa es que luego sucedió lo de Luis y todo se jodió de nuevo.

—Daniel, la prioridad ahora es salir adelante, ¿no lo ves? Yo no pienso en sexo—le dije cuando no era del todo cierto, porque a mi Satisfyer a veces solo me faltaba estrangularlo, cosa que no pensaba reconocerle porque algo se rompió entre nosotros cuando él se lió con otra, quebrando nuestra confianza. Y desde entonces había cosas que también me guardaba para mí.

—Ya, pues no sé si lo veo, porque conmigo no te ríes tanto y, sin embargo, con Oliver...

No lo esperaba y me sentó como un jarro de agua fría, a pesar de que se calló y no siguió hablando.

—¿Qué has querido decir? ¿Se puede saber lo que sucede con Oliver? —le pregunté.

—Dímelo tú, dime por qué te ríes tanto con él, porque a veces estáis los dos en la cocina y las risas se oyen desde el jardín—se lamentó.

—¿Estás celoso de Oliver? ¡No tienes ningún derecho! —le chillé—. Si alguien aquí la cagó en ese sentido, fuiste tú, que no se te olvide—le advertí, temerosa de que empezase con esa cantinela.

Me dejó de capa caída por completo, ¿cómo se atrevía? Ciertamente Oliver me sacaba a menudo la risa con ese sentido del humor tan irónico que tenía, de lo más inteligente. Pero de ahí a que Daniel me acusara de tontear con él...

Lo hablamos en nuestro dormitorio, lo cual no evitó que, dado el grito que di, Oliver se enterase, preguntándome al salir de él.

—¿Te supone algún problema que yo esté en la casa? Porque te prometo, Violeta, que eso es lo último que quiero. Si es así, me lo dices y hoy mismo me largo de aquí, sin ningún problema.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? Daniel está de los nervios y ahora le va a dar por ponerse celoso, encima... Con los cuernos tan bien puestos que llevo yo.

—¿Daniel te fue infiel? —me preguntó él asombrado.

—Sí, antes del accidente se lo pasó de miedo con una chica. Y luego fui yo la tonta que le cuidó en el hospital, igual es para matarme a palos, porque te prometo que volví a sentir mucha sintonía entre él y yo.

—Y la sentirías, eso es bonito. La capacidad de perdonar habla genial de ti. Igual para él no fue tan importante.

—No a nivel de cama, que tampoco hubo tanta, pero sí que se traía un rollete con esa chica que todavía hoy me pone fatal. Me vas a perdonar, es que no tengo ganas de hablar de esto—me disculpé.

—Venga, venga, mira quiénes vienen por ahí. Si son la pareja del año, Alba y King— bromeó mientras mi niña corría a subirse en sus brazos, pues comenzaba a adorarle.

e—Si no fuera por ti, Oliver, yo no tendría a este perrito tan bonito—se lo señaló mientras el cachorrito pedía también su ración de mimos.

A Alba le vino de fábula el perrito. Mi niña también acusó mucho lo que sufrimos en casa en los meses anteriores y King fue su improvisado mejor premio.

Igual debería tratar de olvidarme hasta cierto punto de los problemas y de centrarme en el presente. Lo mismo Daniel tenía razón y, si ambos poníamos un poco de nuestra parte, lo conseguiríamos. Eso sí, no iba por el buen camino al acusarme de tonterías como esa que acaba de decir. Así no, así no adelantábamos nada.

—Sí, antes del accidente se lo pasó de miedo con una chica. Y luego fui yo la tonta que le cuidó en el hospital, igual es para matarme a palos, porque te prometo que volví a sentir mucha sintonía entre él y yo.

—Y la sentirías, eso es bonito. La capacidad de perdonar habla genial de ti. Igual para él no fue tan importante.

—No a nivel de cama, que tampoco hubo tanta, pero sí que se traía un rollete con esa chica que todavía hoy me pone fatal. Me vas a perdonar, es que no tengo ganas de hablar de esto—me disculpé.

—Venga, venga, mira quiénes vienen por ahí. Si son la pareja del año, Alba y King— bromeó mientras mi niña corría a subirse en sus brazos, pues comenzaba a adorarlo.

—Si no fuera por ti, Oliver, yo no tendría a este perrito tan bonito—se lo señaló mientras el cachorrito pedía también su ración de mimos.

A Alba le vino de fábula el perrito. Mi niña también acusó mucho lo que sufrimos en casa en los meses anteriores y King fue su improvisado mejor premio.

Igual debería tratar de olvidarme hasta cierto punto de los problemas y de centrarme en el presente. Lo mismo Daniel tenía razón y, si ambos poníamos un poco de nuestra parte, lo conseguiríamos. Eso sí, no iba por el buen camino al acusarme de tonterías como esa que acaba de decir. Así no, así no adelantábamos nada.

Capítulo 16



La noche del sábado Daniel estaba de un humor de perros, tanto que terminó por irse temprano a la cama.

La tarde nos la habíamos pasado en el jardín y resultó de lo más divertida. A Alba le dio por coger la manguera y suerte que estábamos en el comienzo del verano, porque nos regó a todos como si fuésemos macetas. Hasta King salió corriendo despavorido.

Yo me eché unas buenas risas y hasta me recordó a esa otra época, cuando compramos la casa, en la que Daniel me perseguía manguera en mano. Y hasta he de decir que el jueguito también terminaba más tarde en la cama con él regándome, aunque no precisamente con esa manguera.

En fin, que eso me parecía que sucedió en otra vida, y que esa tarde, como el resto, Daniel se mostró bastante amargado y, en cuanto Alba cayó rendida, él anunció que también se iba a la cama, seguramente pensando en que yo le seguiría y apartándome así de Oliver, contra quien le había dado.

—Vaya, no parece haberse ido muy contento. Acuéstate si quieres, aunque es una pena que no se haya quedado porque la noche está espléndida—me indicó Oliver.

Era cierto que él estaba haciendo más vida en común con la familia de lo que yo pensé en un principio, cuando ideé alquilar la habitación, pero porque Oliver se mostró como un amor para todos nosotros y nos ayudaba lo indecible. Se había convertido en un miembro más de ella.

—Pues sí que está buena. Y, si te digo la verdad, a mí no me apetece acostarme—le confesé.

—Pues no lo hagas entonces. Necesitas tu propio tiempo Violeta, eso sí que lo vengo notando—me aconsejó.

—Ya, que vivo para los demás y para mí no me dejo ni una parcelita, ¿es eso a lo que te refieres?

—Justo a eso, es cierto. No es bueno, Violeta, porque sé el tipo de mujer que eres, de las que lo da todo...

—Ya, y no precisamente en la pista de baile—añadí entre risas.

—No, ¿cuánto tiempo hace que no bailas?

—Pues no te puedo ni decir, la verdad, pero mucho.

—Estás muy tensa, Violeta...

—No te lo imaginas—le dije.

—Un poco sí, por tu postura y por tu actitud—me recordó—, ¿no tienes vacaciones?

—Este año está la cosa chungu. Verás, Paola me consiguió una excedencia cuando lo de Daniel, pero fue algo de la noche a la mañana y le debo una al patán de Ferrán, el director, así que las vacaciones de este año no podré pillarlas ni en julio ni en agosto. Y ya veremos cuándo puedo hacerlo.

—Cansada, estresada y sin vacaciones, eso solo puede arreglarlo una ronda de chupitos—me propuso.

—¿Una ronda de chupitos esta noche? No sé si estoy psicológicamente preparada para eso—le respondí entre bromas.

—Lo estás, lo estás, aunque tú no lo sepas.

—*“Aunque tú no lo sepas
Me he inventado tu nombre
Me drogué con promesas
Y he dormido en los coches...”*

Me dio por cantar esa canción con aires tan melancólicos, probablemente porque así era como me sentía, pensando en que cualquier tiempo pasado fue mejor.

—¿Te gusta esa canción? También es una de mis preferidas—me comentó.

—Ah, pues sí. Y mira que en boca de Clara Lago me gusta todavía más...

—Es cierto, le pone mucho sentimiento esa chica, aunque tú no le has puesto menos—reconoció.

—No, pero no vayas a comparar. Menudo pibón—reí porque tenía la moral muy bajita y la autoestima por debajo del subsuelo.

—¿Me dices que no compare? Pues anda que tú no eres un pibón como ella—me soltó de pronto junto con unas risas.

Ay, Dios, ¿acaso estaba coqueteando conmigo? Porque yo lo observaba y me resultaba un pelín irresistible con esa piel tan oscura y esos ojos que me miraban de una forma tan penetrante.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? Voy a por unas botellas—le indiqué mientras salía corriendo como si en cada una de mis mejillas hubiese un volcán en erupción.

No sé si he comentado en alguna ocasión que el jardín de nuestra casa estaba monísimo de la muerte. Lo decoramos en conjunto, decantándonos por un toque *chill out* que incluía varios sillones y hasta una cama balinesa, además de un columpio que hacía las delicias de Alba.

Pensaréis que, para contar con todos esos elementos, se trataba de un jardín amplio, y lo era. La casa nos enamoró entre otros motivos, por ese magnífico jardín que yo siempre soñé con disfrutar por las noches con Daniel.

Poco podía imaginarme que, unos añitos después, Daniel se iría de morros a la cama y yo terminaría quedándome a tomar chupitos con nuestro inquilino de habitación. Las vueltas esas que da la vida en la dirección menos pensada, si bien yo no vi nada de malo en ello y mucho menos de pecaminoso.

Entré en la casa y cierto, no voy a negarlo, que me atusé el pelo en la entrada. Tampoco debería pagar multa por ello porque yo siempre fui presumida, como la ratita, y los manguerazos que la cría nos dirigió por la tarde me habían dejado el pelo tan lacio que parecía que me lo hubiese planchado una vaca a lametazos. En fin, que le di un poco de volumen antes de ir a por esas botellas.

Abrí el botellero y eché mano de varias. Si me llega a ver Daniel, le da un patatús, pero ¿acaso me pidió permiso cuando se acostó con Carolina? Pues no, él prefirió pedir perdón a permiso, y además que yo no estaba haciendo nada malo, repito que nada más lejos de mi pretensión.

En cuanto puse un pie en la puerta que daba al jardín, Oliver vino en mi busca. Estaba que lo petaba con unas sencillas bermudas azules marinas y una camiseta blanca, que acentuaba ese moreno natural suyo que decía salirle en cuanto le daba el sol. Además, iba descalzo y ese detalle le otorgaba un aire como un poquillo salvaje que me daba vidilla.

Que conste que mi intención no era devolverle a Daniel el daño que me hizo con Carolina, yo solo quería tomarme una ronda de chupitos con Oliver, porque se la debía... y porque me apetecía, ¡qué caray!

—No, no, yo te hago de barman, tú solo tienes que sentarte y disfrutar de la noche. Bastante has hecho ya hoy—me indicó tomando las botellas y señalándome a la zona de descanso.

—Todas tuyas. Si te digo la verdad, yo no puedo ni con mi alma...

—Pues ya sabes, a descansar. Oye, ¿si pongo algo de música crees que Daniel se despertaría?

—No, con sus pastillas tiene el sueño a prueba de bombas, además de que nuestro dormitorio da al otro lado de la casa, olvídate.

—Pues entonces se me está ocurriendo una canción que mola cantidad...

—Venga, pues haz de barman y de Dj, todo en uno, qué lujo—le comenté mientras me iba derechita a sentarme en ese columpio en el que podría balancearme mientras él preparaba los chupitos.

Tiempo atrás lo hacía mucho. No lo de beber chupitos, que también, sino lo de balancearme relajada. Hasta ese hábito perdí y no era plan...

De pronto sonó una de mis canciones predilectas de Taburete, “La discoteca”, que no podía ser más alegre y yo, que siempre fui disfrutona, como que me bajé del columpio de golpe y moví la cadera con sus letras.

—*“Y se encendió la discoteca
Se bebieron las macetas y ya
Todo va a estallar
Me sube y baja la granada que
Echan en la ensalada y me parte”*

—¿También conoces esta canción? No hay manera de sorprenderte, te las sabes todas—rio.

—Sí, hombre, esta es genial—le dije mientras él también venía moviendo las caderas con un par de chupitos en la mano, de los varios que había preparado.

Al llegar hasta mí, bailamos un poco juntos y hasta terminamos por enlazar nuestros brazos para corear juntos esa parte final de la canción.

—*“El guateque va a continuar
Discoteque no se va a acabar”*

Los que terminamos, pero muertos de risa, fuimos ambos y, con los brazos también entrelazados nos tomamos cada uno un primer chupito mirándonos, y entonces más nos reíamos.

A mí el alcohol no podía haberme afectado porque aún no lo probé cuando vi algo distinto en su sonrisa, como si fuera más pícara de lo habitual, como si estuviera disfrutando de estar a solas conmigo, y no precisamente poco.

Lo único que le pedí al universo fue que a mí no se me notase la tontería que llevaba encima, porque también estaba disfrutando con él, las cosas como son.

El primer chupito entró solo, apenas lo saboreé, quizás por los nervios que comenzaban a apoderarse de mí. Entonces, nos soltamos y yo volví hacia el columpio mientras él cogió la bandeja de chupitos que preparó, siguiéndome.

Oliver se sentó a mi lado y yo debí como quedarme bizca, no porque lo hiciera así, sino por la cantidad de chupitos que había sobre esa bandeja.

1

—¿Tú pretendes que nos tomemos todos esos? Pero si son un montón...

—Forman parte de la terapia, te lo dice tu psicólogo.

—¿Ahora eres mi psicólogo? ¿Aparte de mi inquilino de habitación y de mi amigo?

—Correcto, muy bien resumido.

Aparte, si hubiera tenido que añadir alguna nota más a esa definición, bien podría haber sido que también era quien tenía ganas de besar mis labios, porque así lo percibí en esa noche de verano, espléndida, en la que un manto estrellado nos cubría y en la que sus ojos brillaban de un modo muy especial.

Me limité a tragar saliva y a pedirle otro chupito, que enseguida puso en mi mano. El problema fue que, junto con el chupito, me dirigió otra de esas incendiarias miradas...

Hasta esa noche, tan ensimismada como estaba en mis pensamientos, no percibí lo peligrosas que podían ser las miradas de Oliver. O igual es que hasta entonces no me miró de esa forma que causaba tal calor en mí que me refugié en un siguiente chupito para refrescarme el gaznate. Y después en otro, y en otro más...

Pronto perdí la cuenta de cuántos me había tomado, brindando con él en todo momento, pues no se quedaba atrás. Además, que en algunos había mezclado licores y estaban deliciosos. El problema no era ese, el problema era que también me resultaba deliciosa su mirada y eso no me lo podía permitir.

Para colmo, no solo era barman, sino buen Dj, y terminó por seleccionar las canciones que más nos hicieron cantar, hasta que de un salto me tiré del columpio y nos pusimos a bailar ese himno a la sensualidad en el que se ha convertido el “Despacito” de Luis Fonsi.

Un ritmo que es puro pegamento y una inusitada sensualidad son las claves de una canción que te lleva a arder, sobre todo si la otra persona te canta, bien cerquita y a modo de murmullo eso de...

—“*Despacito*

Quiero respirar tu

Cuello despacito”

Y no despacito, sino rapidito, me metí en casa en cuanto esa canción terminó, sin apenas decirle adiós y con más alcohol del deseable en mis venas.

Cuando cerré la puerta del dormitorio, me apoyé en ella, temerosa por lo que había sucedido, temerosa porque me alcanzaran las brasas que habían comenzado a arder en el jardín.

Al contrario de lo que yo pensaba, Daniel estaba despierto y con el móvil en la mano, algo que me sorprendió a esas horas.

—¿Has bebido, Violeta? —me preguntó extrañado.

—Un poco, pero solo un poco y despacito—le contesté con sorna mientras iba a lavarme los dientes.

El que no pudiera caminar demasiado derecha debió despejar el resto de sus dudas, aunque Daniel se quedó con la incógnita de si bebí sola o acompañada, puesto que no me lo preguntó. O, si lo hizo cuando me acosté, no me enteré, porque caí poco menos que en coma.

Y no despacito, sino rapidito, me metí en casa en cuanto esa canción terminó, sin apenas decirle adiós y con más alcohol del deseable en mis venas.

Cuando cerré la puerta del dormitorio, me apoyé en ella, temerosa por lo que había sucedido, temerosa porque me alcanzaran las brasas que habían comenzado a arder en el jardín.

Al contrario de lo que yo pensaba, Daniel estaba despierto y con el móvil en la mano, algo que me sorprendió a esas horas.

—¿Has bebido, Violeta? —me preguntó extrañado.

—Un poco, pero solo un poco y despacito—le contesté con sorna mientras iba a lavarme los dientes.

El que no pudiera caminar demasiado derecha debió despejar el resto de sus dudas, aunque Daniel se quedó con la incógnita de si bebí sola o acompañada, puesto que no me lo preguntó. O, si lo hizo cuando me acosté, no me enteré, porque caí poco menos que en coma.

Capítulo 17



—Cierra la ventana, por favor, Daniel, ciérrala—le pedí cuando abrí los ojos y los rayos solares se me clavaban como agujas en ellos.

Llevaba mucho tiempo sin beber en cantidades industriales, como hice la anterior noche. Concretamente, desde que Daniel me contó lo de Carolina y aquel día me pillé una borrachera de campeonato.

—Pelusa, te traeré algo para la resaca—me dijo mientras echaba mano de su silla de ruedas.

—No, no hace falta, de verdad, yo me ocupo de mis cagadas. Yo la he bebido, yo la peno, ya está. Ahora voy yo...

—¿Es que ni siquiera vas a dejar que haga eso por ti? ¿No te das cuenta de que cada vez somos más cualquier cosa menos una pareja?

—No dramatices, te lo pido por favor, Daniel. Y menos ahora, que me duele mucho la cabeza.

Fue decirlo y darme cuenta de que me había pasado tres pueblos. Mi pareja estaba triste, muy triste, lo noté en esos ojos vidriosos suyos que, a duras penas, podían contener las lágrimas.

—Está bien, como quieras...

—No, si tienes razón, perdóname tú. Es solo que no quería molestarte.

—¿Por la silla? Esta silla no me convierte en ningún inútil, Violeta. Todavía puedo ocuparme de mi familia.

Sentí una inmensa lástima, y no por él, sino por todo lo que estaba pasando. Una noche de chupitos con un tipo tan atractivo como Oliver (aunque Daniel no lo era menos), podía dar al traste con lo que siempre soñé: una familia con él.

Me di cuenta en la noche anterior, cuando deseé besar a Oliver tanto como él a mí. No, eso no podía ser y menos

en un momento en el que mi familia estaba al límite, en el que un movimiento en falso podría conducir a que todo saltase por los aires, a que mi mundo se dinamitase.

Daniel fue a la cocina y me trajo un vaso de agua con una pastilla. Le miré y reconocí en él a ese hombre que un día me enamoró y al que comprendía con solo mirarnos a la cara, lo mismo que él a mí. Eso seguía pasando y el problema no era otro que el hecho de que, esa mañana, al mirarnos, los dos supimos que nos estábamos perdiendo que nuestro amor se diluía entre las rendijas de los problemas.

Lo supe de inmediato. Supe que un polvo con un desconocido no debía acabar con una relación de tantos años, por mucho que Daniel me mintiese en su día. Supe que la tentación vino a visitarme la noche anterior, pero también que debía hacer algo para evitar que mi familia terminara hecha añicos.

—Casémonos, Daniel—le dije tan pronto como me tragué la pastilla.

—¿Qué has dicho, Pelusa? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, una que hacía tiempo que no lucía.

—Que nos casemos. Ya sé que no es el mejor momento y que no tenemos un céntimo, pero podríamos celebrar una boda íntima y...

—Y el dinero lo busco yo debajo de las piedras si es necesario para casarme contigo, mi amor—me respondió mientras sus labios envolvían los míos por completo y depositaban en ellos el más tierno de los besos.

—No, no es necesario. Yo no necesito que la nuestra sea una boda por todo lo alto a lo Pilar Rubio y Sergio Ramos, con noria incluida—le solté mientras le sonreí.

—Pues será porque tú no quieras, porque si no... Te prometo que pondré el mundo a tus pies, Pelusa, te lo prometo. Y también te prometo que me has dejado totalmente aturdido. No sé, tenía la sensación... Verás, tenía la sensación de que te estabas alejando de mí, estaba a punto de hacer una locura—me confesó.

A mí la cabeza no me daba para mucho con la dichosa resaca, que amenazaba con martirizarme durante unas cuantas horas todavía, por lo que nada le pregunté al respecto. Bastante tenía con decirle al enano ese que estaba tocando el tambor (en mi imaginación, se entiende), que o lo dejaba o le arrancaba las barbas a tirones. Cositas de haber bebido tela marinera.

Alba se levantó en ese momento y entonces, como siempre solía hacer los fines de semana desde que aumentaba menos que un comino, corrió hacia nuestra cama.

n

—Papá, tú estás muy contento—le advirtió señalándole con el dedo la muy brujilla de ella.

—Sí que lo estoy, cariño mío, sí que lo estoy, ¿y sabes por qué? Porque tu madre y yo ¡¡nos vamos a casar!! —le chilló mientras ella saltaba en la cama de felicidad.

—¿Una boda? ¿Va a haber una boda en esta casa, mami? Pues yo quiero que King venga conmigo—me comentó mientras seguía saltando sin poder parar.

—Sí, cariño, King también vendrá si eso es lo que quieres.

Por cierto, que el cachorrito ya corría hacia la cama también y lloraba porque le cogiéramos en brazos. Era el mismísimo perrito del anuncio de Scottex, imposible ser más mono, y yo cumplí su deseo, acariciándolo.

—¡¡King, que nos vamos de boda!! ¡¡Nos vamos de boda!! —chillaba ella, pues a mi niña le encantaba una fiesta y más si se casaban su padre y su madre, que ese sueño siempre lo tuvo en mente. Y se le haría realidad en breve.

—¿Una boda? ¿Va a haber una boda en esta casa, mami? Pues yo quiero que King venga conmigo—me comentó mientras seguía saltando sin poder parar.

—Sí, cariño, King también vendrá si eso es lo que quieres.

Por cierto, que el cachorrito ya corría hacia la cama también y lloraba porque le cogiéramos en brazos. Era el mismísimo perrito del anuncio de Scottex, imposible ser más mono, y yo cumplí su deseo, acariciándolo.

—¡¡King, que nos vamos de boda!! ¡¡Nos vamos de boda!! —chillaba ella, pues a mi niña le encantaba una fiesta y más si se casaban su padre y su madre, que ese sueño siempre lo tuvo en mente. Y se le haría realidad en breve.

Capítulo 18



Tenía visos de convertirse en un domingo muy especial y no era para menos. La noticia lo protagonizaba todo y yo me encontraba en shock, por mucho que la decisión hubiese sido mía.

Pese a que la habitación de Oliver se encontraba en el fondo del pasillo, los chillidos de mi niña terminaron por despertarle, y pronto nos encontramos todos en la cocina.

La sonrisa de Alba le cruzaba la cara de lado a lado, y fue su infantil y cantarina voz la que le dio la noticia.

—Oliver, ¡nos vamos de boda! ¡Mi papá y mi mamá se van a casar!

Si digo que su gesto fue de entusiasmo, mentiría por completo. Oliver se quedó mudo e, irremediablemente, sus ojos buscaron los míos como para que le confirmase la noticia.

—¿Es eso cierto? ¿Os casáis? —terminó por preguntar.

—Así es—asentí.

—Eso explica los grititos de esta niña—le hizo cosquillas mientras asimilaba la noticia, como disimulando.

Su reacción no dejaba demasiado margen para la duda; yo le gustaba. Evité mirarle directamente a los ojos porque su mirada podía terminar por traicionarme a mí, en el sentido de que la mía también le dijese más de lo que debía.

Yo tenía claro (aunque me costase), que lo mío con Oliver solo podía tener que ver con la fantasía de un calentón, y hasta se me pasó por la cabeza la idea de que, en cuanto mejorásemos en lo económico, pedirle que se marchase de nuestra casa. Si Daniel no me hablaba del tema, era porque se sentía culpable de que estuviésemos en esa amarga situación, pero yo sabía que deseaba la marcha de Oliver más que nada. De todos modos, ese día estaba viviendo su minuto de gloria y no tardó en intervenir en la conversación.

—Oliver, tío, ¿es que no vas a darnos la enhorabuena? —le preguntó.

—Pues claro que sí, Daniel, ¡dame un abrazo! —se acercó a la silla y se abrazaron, en un gesto muy cercano que podía interpretarse como eso de “pelillos a la par”, aunque la realidad es que se trataba justo de eso; de una interpretación, puesto que ninguno de los dos tenía ganas de abrazar al otro.

Después, se vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo también, mientras Daniel le miraba con aire victorioso.

—Mi papá te va a decir que corra el aire, que es lo que les dice a sus amigos cuando abrazan mucho a mamá—le soltó mi niña, risueña.

Los tres nos reímos y seguimos preparando el desayuno. Yo me encargué de tostar el pan mientras Daniel y la niña le añadían la mantequilla y la mermelada, en tanto que Oliver preparó un café delicioso de esos que esparcen su increíble aroma por toda la casa.

Tras el desayuno, nos comentó que ese día había quedado con gente del trabajo y se marchó. Yo noté que a Daniel le satisfizo mucho que nos dejase a solas, disfrutando de la noticia en familia.

—¿Por qué no llamas y se lo cuentas a tu padre? —me preguntó después del almuerzo.

A quien yo se lo había contado ya era a Paola, pero a mi padre aún no.

—¿Tú crees que debería hacerlo ya? —le pregunté sin estar demasiado convencida porque no me gustaba demasiado llamarle.

—A no ser que estés pensando en echarte atrás—me sonrió él mientras me tomaba la mano y me la besaba—, ¿qué me dices, Pelusa?

Lo hice. Evitaba llamar a mi padre con demasiada asiduidad, si bien él tenía razón en que la ocasión bien lo merecía. En cuanto colgué, ya me estaba llamando Paola, autoinvitándose a merendar y diciéndome que vendría con Arturo.

Esa visita sí que fue de mi gusto, pues con ella siempre me lo pasaba de miedo, aunque de miedo fue también su pregunta cuando nos quedamos a solas en la cocina.

—Oye, niña, ¿tú estás segura de esta boda? —me preguntó.

—Pues claro que estoy segura—le contesté—, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque tú tienes más cara de funeral que de boda, y porque eso no es muy normal, digas tú lo que tú digas. Tú esto lo has hecho por algo, niégalo si eres capaz.

—No empieces a conjeturar, Paola, que conjeturas mucho. Sabes que Daniel me lo pidió al salir del hospital y el

pobre estaba todavía esperando una respuesta.

—Y el pobre se habría quedado esperando si a ti te hubiese convenido, no me digas que no... ¡Anda, mi madre!
—exclamó de repente como si en mis ojos hubiese descubierto una verdad universal—, ¡tú te casas porque estás cagada de miedo! A ti te gusta Oliver...

Miré hacia la puerta de la cocina porque ella era un poquillo inconsciente y solo habría faltado que Daniel apareciese de pronto. No, él seguía en el jardín con Arturo, que parecía un chiquillo mientras jugaba con la niña y con King.

—¡Cállate, que te pueden escuchar!

—O sea, que tengo más razón que una santa...

l

—Tú de santa tienes menos que de...

—Que de monja, ¿y qué? Menuda puntería tengo yo cuando me da por pensar algo.

—Lo de Oliver es una pamplina. Me pone, sí, ¿y eso qué significa?

—Que tienes a la tentación metida en casa, tú verás...

—No puedo echarle ahora. Seguimos necesitando el dinero, aparte de que sería un descaro—pensé en alto.

—Igual se va él, porque no me digas más, tú también le pones, ¿verdad?

—¿Irse? No, no lo creo...

—Más bien es que no quieres, porque dime que quieres.

—No me vuelvas loca, Paola, que esto no es un trabalenguas.

—La lengua del tal Oliver es la que te gustaría a ti catar, brujona—rió.

—Que soy una mujer prometida, ¡haz el favor de no decirme esas cosas! —le pedí.

—Espera, espera que me haga a la idea—rió.

A continuación, salimos al jardín a proseguir la conversación sobre la boda como si tal cosa. Daniel no quería esperar mucho para celebrarla, aunque sí lo suficiente como para acudir ya por su propio pie, eso por descontado.

Capítulo 19



Un par de semanas después, el ambiente había cambiado un poco en casa.

Daniel estaba cada vez más inmerso en su recuperación, y los médicos nos decían que iba a toda pastilla. Si ganas tenía antes, no digamos ya las que tuvo desde que nos prometimos.

Oliver, por su parte, paraba menos allí. Quizás mi actitud así lo propiciaba, porque yo me mostraba más huidiza con él. No por ello, sin embargo, se zafaba a la hora de seguir echándonos una mano, como a la hora de que la cría saliera a sacar al perrito y muchas de las veces él la acompañaba (y si no lo hacíamos su padre o yo, claro).

Aquel mediodía de sábado, yo estaba preparando una bandeja de succulento pescado para meterla en el horno, cuando Oliver llegó en compañía de la cría, tras sacar a King.

—Qué bien huele ese pescado, Violeta—me dijo al pasar para su dormitorio—. Me doy una ducha y salgo, que he quedado con unos compañeros.

Hizo por tener más vida social y era lo normal, ¿qué podía yo esperar? Hasta ahí podía llegar la broma, el chaval no se quedaría atontado, pensando en mí en su dormitorio, mientras yo me casaba con Daniel.

El problema, el verdadero problema, era que yo le miraba y me escocía que saliera y que pudiera conocer a chicas incluso que cualquier día notara que no había vuelto por la noche, quedándose entre las sábanas de cualquiera de ellas.

Sé que estaba siendo totalmente injusta, pero pensad que esos eran mis pensamientos y que en ningún momento salían por mi boca, por lo que Oliver permanecía ajeno a ellos. Yo trataba de reafirmarme en mi idea de que ese chico no representaba más que un calentón para mí, porque cuando miraba a Daniel notaba que le quería, que le seguía queriendo mucho.

Alba entró en ese momento en la cocina, y entonces me dijo algo que me dejó boquiabierta, porque era lo último que yo esperaba en el mundo.

—Mami, he conocido en la calle a una amiga de papá—me contó sin darle la menor importancia.

—¿Y eso, cariño? ¿Cómo sabías tú que era una amiga de papi? —le pregunté extrañada.

—Porque me preguntó si era la hija de Daniel y también que cómo estaba él, que sabía que tuvo un accidente.

Yo trataba de encajar la noticia en unos márgenes lógicos, ¿sería alguna de nuestras vecinas? Eso carecía de sentido, puesto que todas ellas me preguntaban por él cada vez que nos cruzábamos.

—Vale, cariño, ¿y cómo era?

—Muy guapa y joven, mami, como surfera—me contestó.

La intuición de una mujer suele ser infalible, sobre todo, cuando ya tiene la mosca detrás de la oreja, porque a mí Daniel me la dio con queso cuando se lio con esa chica.

—¿Y no sabes su nombre? —le pregunté.

a

—Sí, porque la otra chica, la que la esperaba en el coche, la llamó y le dijo “¡Carolina, que nos tenemos que ir ya, que aquí no se puede parar!”

Me quedé como si me hubieran ido vertiendo poco a poco una jarra de agua fría desde varios metros de altura, y luego otra jarra, y más tarde otra más...

;

Perpleja, y pensando que de nuevo algo se cocía a mis espaldas, recordé las palabras de Daniel cuando nos comprometimos, confesándome que había estado a punto de cometer una locura. Yo lo interpreté como que pudiera haber abandonado la casa o algo así, pero cabía la posibilidad de que... ¿y si hablaba con ella por teléfono y ella decidió ir a husmear por allí, preguntándole a la cría por él?

La noche anterior a la de nuestro compromiso, cuando me acosté borrachina, Daniel seguía con el móvil en la mano, y eso que era muy tarde. Igual estaba súper entretenido y por eso no le importó ni siquiera la posibilidad de que yo pudiera estar con Oliver en el jardín.

Cielos, que todo me cuadraba y quizás esa chica apareció por allí para que esa vez yo me enterase. Lo mismo había vuelto a la isla porque Daniel le habló y a ella le interesara de nuevo reavivar la llama, incluso haciendo que llegase a mis oídos.

Salí al jardín, de puntillas, y le sorprendí de nuevo con el móvil en la mano. Atónita, porque no podía negar que su actitud con el teléfono era un tanto sospechosa, salté sobre él y no pareció sentarle demasiado bien. Y menos cuando el móvil se le escapó de las manos y no pudo cogerlo.

—¡¡Alba, cógeme el móvil!! —le chilló y la cría, que estaba dentro, no se enteró.

—Tranquilo, cariño, que ya te lo cojo yo—le dije mientras le echaba mano.

Noté el pavor en su rostro. Sin duda que en ese teléfono había algo que no le interesaba que yo viera, puesto que alargó el brazo y prácticamente me lo quitó de un tirón de la mano.

—Vale, vale, que no le ha pasado nada—me excusé porque no me miraba con buena cara.

—Al teléfono no, pero a mí casi me da un síncope con tu saltito—se defendió.

—Jo, ¿es que acaso tienes algo que esconder? —le pregunté con retintín.

—¿Yo? Absolutamente nada—me contestó con la palabra “culpable” escrita en la frente, porque yo le conocía muy bien y Daniel no me estaba diciendo la verdad.

—Ni que yo me entere—proseguí como entre bromas, cuando lo cierto es que estaba tragándome mi orgullo porque nada podía decirle, dado que no tenía pruebas, ¿era posible que hubiese vuelto a las andadas? ¿Y si lo suyo con Carolina fue más fuerte de lo que me contó y no se fiaba de que ella misma viniera a contármelo? ¿Y si solo se decidió a hablar porque temió eso? ¿Y si seguía enamorado de ella y estaba jugando con las dos? Igual a ella también le había pedido matrimonio, al saber....

Me iba a volver loca y más porque, a pesar de todos los pesares, si pensaba que pudiese irse con la otra me dolía en el alma. En momentos así, aunque mi relación con él se hubiese desgastado hasta el punto de fijarme en otro, me daba cuenta de que le seguía amando, si bien ya no podría volver a perdonarle, eso jamás.

)

:

;

1

—¡¡Alba, cógeme el móvil!! —le chilló y la cría, que estaba dentro, no se enteró.

—Tranquilo, cariño, que ya te lo cojo yo—le dije mientras le echaba mano.

Noté el pavor en su rostro. Sin duda que en ese teléfono había algo que no le interesaba que yo viera, puesto que alargó el brazo y prácticamente me lo quitó de un tirón de la mano.

—Vale, vale, que no le ha pasado nada—me excusé porque no me miraba con buena cara.

—Al teléfono no, pero a mí casi me da un síncope con tu saltito—se defendió.

—Jo, ¿es que acaso tienes algo que esconder? —le pregunté con retintín.

—¿Yo? Absolutamente nada—me contestó con la palabra “culpable” escrita en la frente, porque yo le conocía muy bien y Daniel no me estaba diciendo la verdad.

—Ni que yo me entere—proseguí como entre bromas, cuando lo cierto es que estaba tragándome mi orgullo porque nada podía decirle, dado que no tenía pruebas, ¿era posible que hubiese vuelto a las andadas? ¿Y si lo suyo con Carolina fue más fuerte de lo que me contó y no se fiaba de que ella misma viniera a contármelo? ¿Y si solo se decidió a hablar porque temió eso? ¿Y si seguía enamorado de ella y estaba jugando con las dos? Igual a ella también le había pedido matrimonio, al saber....

Me iba a volver loca y más porque, a pesar de todos los pesares, si pensaba que pudiese irse con la otra me dolía en el alma. En momentos así, aunque mi relación con él se hubiese desgastado hasta el punto de fijarme en otro, me daba cuenta de que le seguía amando, si bien ya no podría volver a perdonarle, eso jamás.

Capítulo 20



Esa noche, una vez que Daniel se hubo dormido, yo me levanté. No podía dormir, y ello pese a que al día siguiente tenía que trabajar.

La amargura me estaba corroyendo las entrañas, ¿era posible que las cartas se jugasen dos veces y las dos en mi contra?

Me senté en el columpio y comencé a balancearme, tratando de dejar la mente en blanco. Lo seguía intentando cuando escuché pasos tras de mí y era Oliver.

—¿Qué te pasa, Violeta? ¿No puedes dormir? —me preguntó.

—No, ¿y tú tampoco? —le respondí con otra pregunta, viendo que no llegaba hasta mí especialmente somnoliento.

—No, yo hace unas noches que no duermo bien—me confesó.

—¿Y eso? —le pregunté mientras con la mano le invitaba a sentarse, aunque no sabía si era muy buena idea. En cualquier caso, ya me daba lo mismo, esa era la realidad.

—Cosas mías, ¿y a ti qué te pasa?

En ese “cosas mías” me pareció adivinar que lo suyo tenía algo que ver conmigo, si bien no quise ahondar porque yo no podía abrir más frentes.

—A mí... Yo prefiero no contártelo, la verdad—miré hacia el suelo pensando en que me resultaba un tanto embarazoso hacerlo—. No es nada, solo una sospecha—apostillé.

—¿Una sospecha que tiene que ver con esa chica que se acercó a Alba en la calle? Te aseguro que se lo permití porque me pareció alguien de lo más normal.

—No, si normal es. O igual un poquito excepcional también, porque parece ser que Daniel sigue bebiendo los vientos por ella. Esa chica es...

—¿La tal Carolina es la chica con la que Daniel te fue infiel?

—Sí, para mí que se había marchado de la isla porque eso fue lo que él me contó, aunque igual es mentira o igual es la única verdad que ha salido por su boca en relación con ella y se marchó, pero ha vuelto. El asunto es que parece que le está buscando y no solo es eso...

—¿No solo es eso? Pues ya es bastante para que te joda cantidad, a mí me jodería. Perdón, no debería estar hablándote así, porque en realidad debería quitarle importancia al tema y no es por condescendencia hacia Daniel, sino porque él quizás esté totalmente al margen y a ella le haya dado por hacer de detective. Lo mismo llegó a sus oídos lo de su accidente o vaya usted a saber qué...

—Yo lo único que sé es que estoy jodida, muy jodida, porque no solo veo cosas por parte de ella, que ha tenido la desfachatez hasta de acercarse a la niña. Seguro que eso no lo sabe él, menudo morro que tiene.

—¿Y Alba no se lo habrá largado? Porque tu niña lo larga todo—rio.

—No, esta vez le he pedido que no le dijera nada a su padre sobre la visita al barrio de esa chica. Verás, quiero cubrirme las espaldas. No soy persona de meter a la niña en los tejemanejes de los adultos, ella no tiene ni la más remota idea de que su padre estuvo con otra, pero esta vez he preferido contar con información confidencial, por lo que pueda pasar.

—“*Por lo que pueda pasar*”, eso también lo canta Taburete y, en concreto, Willy Bárcenas con Loreto, la chica con la que se ha casado.

—Y me encanta esa canción, siempre das en el blanco de la diana, no sé cómo lo haces. También me flipan Loreto y su *look* nupcial, de auténtico infarto, aunque me temo que un infarto será lo que me dé a mí. A la boda no llegamos.

—No digas eso, cosas más complicadas se han arreglado. Yo pienso que Daniel te quiere, y es normal, ¿cómo podría no quererte? —me preguntó mientras me tomaba en sus brazos y me abrazaba fuerte, en un gesto espontáneo que me dejó atónita.

Era como una especie de despedida, como si él supiera en el fondo que todo se arreglaría y que yo me terminaría casando con Daniel, no dejándole ninguna oportunidad.

Me dejé abrazar porque sentía la necesidad de contar con algo de calor humano y entonces fue cuando, al levantar la cabeza, sus labios y los míos se encontraron.

Ese beso no fue premeditado, sino el fruto del deseo de dos personas que no paraban de hacerse confidencias y que acabaron con sus labios unidos.

Tras él, que me supo dulce y romántico, llegó el absoluto desconcierto... Y entonces eché a correr en dirección a mi dormitorio sin apenas murmurar una sola palabra.

¿Cómo podía ser tan tonta? ¿A santo de qué me sentía tan culpable por un simple beso cuando Daniel debía estar deseando revolcarse con ella?

Me tapé con las sábanas y en ese instante él cayó en la cuenta de que no estaba en la cama.

—¿Dónde estabas, preciosa? —me preguntó entre sueños.

—Tomando el aire, solo tomando un poco el aire.

—Pero ¿estás bien?

Mandaba narices que incluso pareciera estar tan preocupado por eso cuando lo cierto es que su mente estaba en otra, ¡y preparando su boda conmigo! Lo de Daniel era para echarle de comer aparte. Iba a descubrirle, por Dios que iba a descubrirle y entonces podría soltarle en toda la jeta, a gritos, que era un verdadero miserable y que no hacía más que jugar conmigo.

Y yo... Yo llevaba días rehuyendo a Oliver para no caer en la tentación... Una tentación que se materializó en forma de un beso que no me podía quitar de la cabeza, ¿y si Oliver había llegado a mi vida para que por fin pasara de Daniel?

Ese beso no fue premeditado, sino el fruto del deseo de dos personas que no paraban de hacerse confidencias y que acabaron con sus labios unidos.

Tras él, que me supo dulce y romántico, llegó el absoluto desconcierto... Y entonces eché a correr en dirección a mi dormitorio sin apenas murmurar una sola palabra.

¿Cómo podía ser tan tonta? ¿A santo de qué me sentía tan culpable por un simple beso cuando Daniel debía estar deseando revolcarse con ella?

Me tapé con las sábanas y en ese instante él cayó en la cuenta de que no estaba en la cama.

—¿Dónde estabas, preciosa? —me preguntó entre sueños.

—Tomando el aire, solo tomando un poco el aire.

—Pero ¿estás bien?

Mandaba narices que incluso pareciera estar tan preocupado por eso cuando lo cierto es que su mente estaba en otra, ¡y preparando su boda conmigo! Lo de Daniel era para echarle de comer aparte. Iba a descubrirle, por Dios que iba a descubrirle y entonces podría soltarle en toda la jeta, a gritos, que era un verdadero miserable y que no hacía más que jugar conmigo.

Y yo... Yo llevaba días rehuendo a Oliver para no caer en la tentación... Una tentación que se materializó en forma de un beso que no me podía quitar de la cabeza, ¿y si Oliver había llegado a mi vida para que por fin pasara de Daniel?

Capítulo 21



Al día siguiente se lo contaba a Paola y a ella se le salían las cuencas de los ojos.

—Si tú quieres, yo voy y le canto las cuarenta a Daniel, a ti no te chulea nadie mientras que yo esté en el mundo—me dijo.

—No, cariño, haz el favor de calmarte, que tienes un torrente de voz impresionante cuando te cabreas, y ahora pareces estarlo más que una mona.

—Y tú pareces muy tranquila, ¿se te hizo la sangre agua en las venas?

—Es que me he levantado así, con ganas de desenmascararlo. Aparte de que no te voy a mentir, anoche me di un beso con Oliver, ¡y me gustó!

—¡Y me gustó, dice! Pues claro, ¿cómo no te va a gustar? Si el tío es un modelo, por mi madre de mi alma, pero entonces, ¿es que estás por él? Menudo jaleo...

Ella estaba a tope como la COPE, largando del tema, cuando de pronto me llamaron de recepción. Llegué hasta allí un tanto preocupada, por si tenía un mensaje de Daniel por algo referente a Alba cuando Manuela, que la atendía esa mañana, me señaló a un señor que se presentó con su maleta y todo.

—Dice que es tu padre y me ha parecido bien llamarte, Violeta.

Me quedé pasmada porque no le esperaba y menos sin su sombra, porque Naomi se había convertido en eso en los últimos años.

—Papá, ¿qué se supone que estás haciendo aquí? —le pregunté sin un mínimo de efusividad, porque lo nuestro no había mejorado.

—Hija, como me contaste lo de tu boda, he querido venir a darte una sorpresa—me contestó ya en privado, puesto que nos apartamos un poco.

—¿Y has venido tú solo? Mira que me extraña.

—Sí, yo solo. Tengo muchas cosas que hablar contigo, Violeta.

Nos fuimos hacia la terraza y le pedí un expreso sin azúcar y con apenas unas gotitas de leche.

—Todavía recuerdas cómo me gusta el café—me comentó un tanto emocionado.

—Hay cosas que no se olvidan, papá—le contesté con cierto retintín.

—Hija, sé que nuestra relación en los últimos años no ha sido precisamente idílica, pero estoy aquí, entre otros motivos, para ver si puede mejorar.

—

—¿Y ella? ¿Dónde está ella? —le pregunté por Naomi, mirando hacia los lados, como no creyendo que fuese posible que estuviera solo.

—Naomi y yo lo hemos dejado—me confesó en ese momento y me quedé de piedra—. Bueno, en realidad he sido yo quien ha puesto punto final a la relación, pero porque ella me dio todos los motivos... Me fue infiel—prosiguió con la lágrima a punto de salir del ojo.

—¿Te fue infiel? Jo, papá, aunque si te digo la verdad tampoco me extraña tanto. En el fondo, yo siempre le vi el interés, por eso me jodió tanto que te fueses con ella y a nada de tiempo de lo de mamá.

Era la primera vez que hablábamos cara a cara del tema que tanto nos distanció.

—Hija, lo de tu madre fue una auténtica desgracia. Y más con el fin de fiesta que tuvimos. Yo sabía que la enfermedad se la llevaría pronto, pero no tanto, ese tipo...

—Papá, no vuelvas sobre eso. Mamá hubiera muerto en pocos meses igualmente.

Creo no haberlo comentado hasta ahora tampoco, pero es que, aunque mi madre ya estaba sentenciada, fue una posible negligencia médica la que acabó con ella antes de tiempo incluso. En una operación, se quedó sobre la mesa del quirófano, si bien yo pensé que fue lo mejor que pudiera ocurrirle para terminar antes y de una vez con su sufrimiento.

↳ No así mi padre, quien denunció al cirujano y se metió en una batalla legal que no le llevó a nada, dado que el tipo murió al poco tiempo y el juicio ni siquiera llegó a celebrarse. Cosas que pasan, una desgracia tras otra que culminó con mi marcha a Menorca con Daniel.

↳

—Pero no le dio la oportunidad ni de despedirse de nosotros. Yo me quedé muy mal, hija, me quedé fatal...

—Pues lo disimulaste divinamente. Yo viví esos años contigo y tenía que tragarme que Naomi se paseara por la nuestra como Pedro por su casa, ¿sabes la rabia que eso me producía?

—¿Y tú sabes cuánto la necesitaba? Aunque, por lo visto, ella a mí no... Yo solo fui para esa mujer alguien a quien sacarle los cuartos y vivir a la sopa boba, porque cuando tú te viniste a la isla, ella comenzó a vivir conmigo y dejó el trabajo.

—Sí que es fina, sí... Y con tanto tiempo libre como tuvo, supongo que encontró con quién invertirlo—resoplé—. Lo siento si soy irónica, papá, lo siento, pero es que no puedo evitarlo.

—No pasa nada, mi niña. Soy yo quien ha venido a contártelo y es normal que me des tu parecer al respecto, Violeta.

—Papá, no me alegra lo que te ha sucedido. Sé que esas cosas duelen, lo sé de buena tinta—se me escapó porque no quería hacerle partícipe de mis desgracias con Daniel.

—¿Daniel también te fue infiel, hija? ¿Cuándo? ¿Con quién? —se indignó porque no dejaba de ser mi padre
—además de que, antes de la muerte de mi madre, nuestra relación era muy estrecha.

—Pasó hace un tiempo, papá—le dije no queriéndole contar que en ese momento estaba en un sinvivir porque la bola había comenzado a rodar de nuevo.

—Pues, aunque pasara hace un tiempo, no me gusta nada de nada, hija. Yo soy de la opinión de que, quien te la hace una vez, te la vuelve a hacer. En mi caso, me he enterado de lo de Naomi y le he dado plantón inmediatamente. Violeta, yo a ti no te veo bien—me dijo tomándome de las manos.

—Papá, es que hemos tenido problemas económicos, y ya sabes... Una cosa se unió a la otra. Después del accidente de Daniel supimos que su encargado le había estafado y nos quedamos sin blanca, hasta tuvimos que alquilar una habitación de la casa.

—Pero Violeta, hija, ¿cómo no me dijiste nada de eso? Cuánto me alegro de haber venido hasta aquí entonces para traerte esto—dejó encima de la mesa un cheque—. Tómalo, por favor, es tuyo.

Miraba el cheque y le miraba a él, porque allí se reflejaban un número considerable de ceros, los suficientes para casi terminar de pagar la hipoteca de la casa. Si la nuestra era impresionante, no digamos ya la de mis padres, que él debió vender en esos días, y que estaba ubicada en una de las zonas de Donostia que más se revalorizó con los años.

—Papá, ¿qué has hecho?

—Ayudar a mi hija, que es lo que debí hacer cuando murió su madre. Cariño, perdóname, pero es que te echo

mucho de menos, y también a Alba, mi querida nieta, a la que apenas he tenido ocasión de tratar.

—Papá, esto me saca de muchos apuros en estos momentos y, aun así, te digo que no era necesario.

—No me he quedado en la calle, Violeta, esa es la parte que te corresponde tras la muerte de tu madre. Yo he cogido el resto y lo he invertido en un bonito piso de tres dormitorios en el centro. No necesito más, ojalá pueda llenarlos cuando vengáis a verme, si es que puedes perdonarme.

—Papá, ¿cómo no voy a perdonarte si veo que también has sufrido lo tuyo? —le estreché entre mis brazos y él apretó fuerte.

Siempre me hice la dura y no por ello dejaba de extrañarle. Mi padre me estaba demostrando que yo seguía siendo esencial en su vida y para mí también él lo era.

Esperó a la hora de la salida y me lo llevé a casa a almorzar con nosotros.

—Por favor, papá, prefiero que Daniel no note nada, yo me entiendo—le dije.

—Por ti lo haré así, aunque no creas que me faltan ganas de hacerle un traje al padre de tu hija, ¿cómo pudo jugártela?

La sangre se le alteraba al hombre, y eso que no sabía que me la estaba jugando de nuevo. En mi cabeza no había otra idea que la de desenmascararle y, con el dinero que me dio mi padre, comprarle su parte de la casa y que se fuera por ahí, a hacer unas pocas de puñetas. E igual a dar cornadas, porque lo mismo antes me liaba con Oliver, que era de lo que me daban ganas.

—Pues hazlo por mí, papá, hazlo por mí e igual la vida te termina sorprendiendo gratamente—le hice un guiño de ojo antes de entrar en casa.

Alba, que nos escuchó, salió corriendo y se echó en brazos de su abuelo.

—¡Abuelito! ¡Has venido a verme a Menorca, como me prometiste! ¿Dónde está Naomi? —le preguntó enseguida, mirando hacia todos lados. Otra que pensaba que su abuelo no daba un paso sin ella.

—¿Naomi? Pues voló como los pajaritos, “pío, pío, pío” —le contestó él mientras comenzaba a hacerle cosquillas. Como abuelo siempre fue de diez, por mucho que no tuviera muchas ocasiones de encontrarse con su nieta.

—Una pajarita es esa más bien—murmuré y Daniel me cogió la mano. Otro pájaro ante el que yo estaba disimulando.

Tras el almuerzo, durante el que se enteró de que mi padre había vendido la casa, sorprendiéndose y alegrándose :

partes iguales, llegó Oliver y se lo presenté a mi padre.

Por cierto, que había un dato que me escamó tela marinera en los últimos días y que no he mencionado. Veréis, de siempre Daniel tuvo mi año de nacimiento como PIN en el móvil, y de unos días a esa parte lo había cambiado para que ni Dios pudiera acceder a su contenido.

Que me aspen si jamás espié el móvil de nadie y por supuesto tampoco el de mi pareja, pero era fuerza mayor. Si él volvía a engañarme, y en toda mi cara, lo normal era que yo también le echara morro y sacara la artillería pesada para enterarme de qué se cocía entre él y esa chica.

Aprovechando que Oliver, quien le cayó de fábula a mi padre, entretenía con su charla a Daniel, le hice un comentario.

—Papá, ¿tú puedes fijarte en el PIN del móvil de Daniel como quien no quiere la cosa? Me refiero al momento en que la meta, que a ti se te dan muy bien esas cosas.

—Hija, ¿sigues sospechando de él? —me preguntó y entendí que debía darle una de cal y una de arena, porque se me acababa de ocurrir que me ayudase y alguna explicación debería darle.

—Un poco, papá, ¿me ayudarás?

—¿Y qué te hace creer que yo soy buen espía?

—¿El hecho de que siempre le mirases las cartas a mamá? Porque te recuerdo que a ella se la llevaban los demonios cuando lo hacías.

—Ay, cielos... Qué broncas me echaba cuando me descubría, sí. Supongo que no tendré problema en eso, para nada lo tendré.

—Y a mí me echas una buena manita.

Mi padre se sentó con Daniel y entonces fue Oliver quien entró en la cocina. No sé, tras la visita de mi padre me veía como con más fuerzas, y ya no pensaba rehuir su mirada para nada.

Es más, no sé decir cuál fue la naturaleza de la fuerza que me llevó a ser yo quien, tras comprobar que nadie podía vernos, besarle a él.

—Esto... Esto no lo esperaba—murmuró un sorprendido el que era mi inquilino de habitación y se estaba convirtiendo en algo más.

—Hay muchas cosas que no se esperan en esta casa y que van a suceder, eso ya te lo adelanto yo—le dije con

gracia.

La visita de mi padre, y el tenerle nuevamente de mi lado, me cargó las pilas, además de comprobar que ese hombre estaba tomando nota mental de aquello que los dedos de Daniel le dijeron, al tocar sobre el teclado. Mi venganza estaba en marcha.

gracia.

La visita de mi padre, y el tenerle nuevamente de mi lado, me cargó las pilas, además de comprobar que ese hombre estaba tomando nota mental de aquello que los dedos de Daniel le dijeron, al tocar sobre el teclado. Mi venganza estaba en marcha.

Capítulo 22



No tuvo demasiada dificultad mi padre a la hora de descubrir el dichoso numerito. Sí, Daniel escondía algo porque era evidente, no había posibilidad de que fuera de otra forma, que para eso estaba de un misterioso que no era normal.

Quien tampoco salía de su asombro era Oliver, que me veía absorta con el tema y que terminó por llamarme a la puerta de su habitación, aprovechando que los demás estaban en el jardín

A media tarde yo tenía claro cómo lo haría. Poco dudaba respecto a lo que me encontraría en el dichoso móvil y, aun así, estaba muy nerviosa porque eso supondría el final de mi matrimonio y para siempre.

Oliver me tomó de las manos y reprimió las muchas ganas que sentía de besarme. Yo me acordaba de los días del hospital, esos en los que rezaba a todas las horas porque mi pareja se despertase y poder besarle, y me resultaba un tanto increíble creer que de pronto tenía tantas ganas de besar a otro. Pero es que ese otro se me antojaba más que el caramelo.

—¿Qué traes entre manos? Necesito que me lo digas, preciosa—me pidió mientras me agarraba por las muñecas y me miraba con intensidad, porque estábamos hablando y él notaba que el tema era muy serio.

—Le voy a pillar. Tengo el PIN de su móvil y voy a airear sus trapos sucios. Estoy segura de que se ha vuelto a liar con esa chica, lo estoy.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? Mira que igual es tirar piedras sobre mi tejado, pero ten presente que si haces eso es probable que la cuestión no tenga marcha atrás.

—¿Marcha atrás? ¿Tú piensas que es eso lo que quiero dar? —le pregunté.

—Imagino que no. Sobre todo, porque la mujer que me gusta no es así—murmuró en ese momento y yo sentí un increíble subidón.

—¿Te gusto, Oliver? ¿Te gusto de verdad?

—¿Tú qué crees? —me contestó arqueando una ceja, tan atractivo como era.

—Pues lo que creo es que debes tener tus compañeras, tus amigas, la gente con la que sales...

—Es cierto que salgo con gente porque tú estás casada y porque tengo que quitarme de en medio para no veros juntos. Masoquista todavía no soy, hoy en día.

—Vale, vale. Tomo nota. Verás, es que estoy un poco nerviosa...

—Lo entiendo, lo que vas a hacer no es como un huevo que se echa a freír. No quisiera estar en tu pellejo. No hace falta que te diga que, si necesitas mi ayuda, no tienes más que buscarme, ¿ok?

—Ok, no necesito nada, gracias.

Antes de la cena comprobé que Daniel se marchaba en dirección al baño para ducharse. De tonto no tenía un pelo, también os lo digo, porque él no se movía sin el móvil en la mano.

Entró en el baño y, justo cuando yo le estaba ayudando a desvestirse, noté que vibró. Qué listo, el muy zorro no tenía el sonido activado, solo el modo vibración, para no despertar sospechas.

De nada le valió la estrategia, porque yo me percaté y, en cuanto estuvo dentro de la cabina de ducha, en la que¹ instalamos una silla especial en aquellos días, le dije que debía ausentarme un momento.

—He dejado algo en el fuego, amor—le dije con todo el retintín—, enseguida vuelvo.

¹—Fuego será el que te dé yo a ti pronto, Pelusa—me indicó y tuve que reprimir mis ganas de decirle que a mí no me pondría ni un dedo más encima, que eso lo tenía muy claro.

—Ya, ya, ahora vuelvo.

Salí con el móvil en la mano, la cual me temblaba, lo mismo que la otra. Fueron muchos años durante los cuales pensé que lo nuestro sería para toda la vida y no, iba a ser que lo nuestro se acabaría en cuestión de minutos.

Metí el PIN y miré el WhatsApp. Para mi sorpresa, no había allí ningún mensaje de los últimos minutos. Absolutamente ninguno ni de ella ni de nadie.

Me quedé un tanto intrigada por saber qué estaría sucediendo allí y entonces fue cuando le di un repaso a sus Apps, recordando que Daniel también tenía instalado el Telegram, si bien no solía usarlo nunca.

Abrí y, ¡bingo! Sí, allí estaba. No la tenía agendada como Carolina, sino como “Mi Carolina”, un gesto que

todavía me dolió muchísimo más. A raíz de ahí, abrí y sí... Confirmando que casi vomito.

La tía era ardiente, eso no lo podía poner en tela de juicio porque era evidente. Y encima, junto con aquella foto de un trasero en el que se podrían partir nueces, de lo bien colocado que lo tenía y lo duro que parecía, se podía leer “Deseando que vuelvas a entrar por mi lado más oscuro y prohibido”.

Me quedé sin respiración porque me dolió, me dolió muchísimo. Me dolió que Daniel fuera un cerdo que buscara fuera de casa lo que yo nunca le negué antes de su traición y me dolió que ella supiera cómo darle en la venita del gusto para tenerle comiendo de la palma de su mano.

No podía más... Gritando enfurecida, salí hacia nuestro dormitorio mientras tiraba el móvil al suelo. Hasta una patada le di y no lo partí de milagro.

Oliver salió a mi encuentro y fue quien lo recogió.

—¿Tan malo ha sido lo que has visto? —me preguntó consternado.

—Juzga por ti mismo y ponte en mi lugar a la hora de hacerlo. Luego me cuentas...

Saqué un par de maletas y, sin dejar de jurar en arameo, las completé con ropa de Daniel, tras lo cual, y a pesar de que pesaban lo suyo, cogí cada una con una mano y le pedí a Oliver el móvil.

—Dámelo, que ese gusano lo va a necesitar para pedir un taxi—le dije.

La cara de Daniel no era humana cuando me vio avanzar hacia él con las maletas.

Yo me había percatado de que mi padre estaba en la cocina, preparando la cena con Alba, algo que me vino fenomenal porque no pensaba consentir que mi niña contemplara semejante espectáculo.

—¡Tú! Vístete y llama a un taxi, que te vas—le dije lanzándole el móvil y un poco más y le doy con él en la cabeza, lo que no me hubiese importado en absoluto.

Atónito, me miró y luego miró a Oliver, quien estaba detrás de mí con cara de circunstancias, pero en modo guardaespaldas. Era probable que pensara que la cosa se pondría fea entre ambos y que sería bueno que alguien pudiera poner orden.

—Pelusa, ¿qué dices? —me preguntó enrollado todavía en la toalla.

—Ni Pelusa ni niño muerto, a mí no me vuelvas a dirigir la palabra, que hablen nuestros abogados. Y me alegro mucho de haberlo descubierto ahora porque así me ahorro un divorcio, ¿a ella también le pedías matrimonio a la par que a mí? ¿Esto de qué va? ¿De comprobar cuál de las dos picaba antes en el anzuelo? ¿O es que pretendías

convencerme para que fuéramos tres al final? Porque en ese caso te digo que podemos ser felices los 4, como en la canción, porque yo opino que también podríamos meter a Oliver—me volví hacia él y le sonreí pícara.

e

—Violeta, ¿de qué me estás hablando?

—¿Todavía lo vas a negar? Te hablo de que sigues liado con esa zorra de Carolina. Y te digo otra cosa, como no te vayas ahora mismo de esta casa va a ocurrir una desgracia, a mí me terminan llevando presa hoy, ¡¡te lo juro!!

—le chillé.

Me había asegurado de cerrar la puerta para que nada se escuchara en el resto de la casa, de manera que di rienda suelta a un grito que no fue precisamente de su gusto.

—Violeta, ¿es que te has vuelto loca? Nada de eso es verdad...

—No, no lo es. Hasta la muy zorra de ella, aunque toda la culpa la tengas tú, ha tenido la desfachatez de venir a este barrio y acercarse a tu hija para darse a notar, ¿me vas a decir que no lo hizo pensando en que Alba me lo dijera? Qué hija de puta y tú... Tú eres un hijo de puta todavía mucho mayor. Quédate con ella y con sus mensajes cachondos, y allá os queméis los dos en el infierno.

Negaba la mayor. El tío negaba la mayor con más cara que espalda y terminé siendo yo quien llamé a un taxi. Por su estado, por estar en la silla de ruedas, no le tiré a la calle de cualquier forma, porque no deseaba que me remordiera la conciencia.

Nada ni nadie podría cambiar el hecho de que Daniel era el padre de mi hija y lo sería para siempre, pero yo... Y cuando ya había hablado todo lo que tenía que hablar con él.

Era demasiado, era demasiado que me la jugara dos veces y que mientras se riera de mí haciéndome ver que estaba loquito por mis huesos, ¿se podía ser más desgraciado? Daniel era el cínico más grande que yo me había echado a la cara en mi puñetera vida. Menos mal que ya no volvería a reírse de mí, pues hasta ponía gestos de que me faltaba un tornillo, como burlándose de mí, algo que me resultó del todo imperdonable.

Fui corriendo a abrirle la puerta en cuanto escuché que el taxi llegó. No podía soportar que permaneciera en nuestra casa ni un minuto más, de modo que le entregué al taxista sus maletas y a Daniel le cerré la puerta de casa en las narices.

Era consciente de que teníamos una hija en común y de que, por el bien de Alba, no podríamos permanecer sin hablarnos durante toda la vida, como habría sido mi deseo, pero al menos necesitaba asimilar la noticia y, al principio, sí que echaríamos manos de esos abogados que nos sirvieran de enlace.

Soy orgullosa, no lo puedo evitar. Y ya me había tragado una vez el sapo de su infidelidad, de manera que ese hijo de mala madre no pretendería que me lo tragase de nuevo. O sí, pero yo le enviaría a que le dieran por donde la

a espalda pierde su casto nombre.

Oliver me abrazó cuando cerré la puerta y me eché a llorar. No sé qué hubiera hecho en el caso de que él no hubiera estado allí porque me sirvió de gran consuelo, incluso me tomó por el mentón y me dijo alto y claro:

—Yo estaré aquí para todo lo que necesites, ¿me oyes? Para todo.

—Sí, pues ya puedes cumplir tu promesa, porque te voy a necesitar—le dije.

Nunca me planteé una relación puente en mi vida. Jamás me habría aprovechado de un hombre para olvidar a otro. No tenía nada que ver con eso, sino con el hecho de que Oliver me estaba entrando por el ojo (y que nadie piense mal) más de lo que hubiera pensado.

King salió corriendo de la cocina y, dado que los animales son muy intuitivos, le noté nervioso. Después llegó Alba y tras ella mi padre. Para ese momento ya Oliver me había soltado y mi padre me miraba con cara de estreñido, del dolor que mostraba en ella.

s

—¿Dónde está papi, mami? —me preguntó extrañada y al verme los ojos del color de las amapolas.

—Papi se ha tenido que marchar, cariño. Algunas veces, los adultos discuten, pero eso no va contigo, él te quiere infinito, mi niña.

—¿Y a ti ya no te quiere? —me preguntó porque ella no daba puntada sin hilo.

,

—Cariño, es muy difícil de explicar.

—Y entonces, ¿ya no os vais a casar? —prosiguió con voz triste.

;

—No, Alba, ya no nos vamos a casar, pero te prometo que los dos te seguiremos queriendo con toda nuestra alma —le dije, pensando en que ella no debería sufrir daños y en que ese mezquino de Daniel al menos no se olvidaría de su hija, por muy encoñado que estuviese con Carolina. Eso era lo que esperaba.

,

espalda pierde su casto nombre.

Oliver me abrazó cuando cerré la puerta y me eché a llorar. No sé qué hubiera hecho en el caso de que él no hubiera estado allí porque me sirvió de gran consuelo, incluso me tomó por el mentón y me dijo alto y claro:

—Yo estaré aquí para todo lo que necesites, ¿me oyes? Para todo.

—Sí, pues ya puedes cumplir tu promesa, porque te voy a necesitar—le dije.

Nunca me planteé una relación puente en mi vida. Jamás me habría aprovechado de un hombre para olvidar a otro. No tenía nada que ver con eso, sino con el hecho de que Oliver me estaba entrando por el ojo (y que nadie piense mal) más de lo que hubiera pensado.

King salió corriendo de la cocina y, dado que los animales son muy intuitivos, le noté nervioso. Después llegó Alba y tras ella mi padre. Para ese momento ya Oliver me había soltado y mi padre me miraba con cara de estreñido, del dolor que mostraba en ella.

—¿Dónde está papi, mami? —me preguntó extrañada y al verme los ojos del color de las amapolas.

—Papi se ha tenido que marchar, cariño. Algunas veces, los adultos discuten, pero eso no va contigo, él te quiere infinito, mi niña.

—¿Y a ti ya no te quiere? —me preguntó porque ella no daba puntada sin hilo.

—Cariño, es muy difícil de explicar.

—Y entonces, ¿ya no os vais a casar? —prosiguió con voz triste.

—No, Alba, ya no nos vamos a casar, pero te prometo que los dos te seguiremos queriendo con toda nuestra alma —le dije, pensando en que ella no debería sufrir daños y en que ese mezquino de Daniel al menos no se olvidaría de su hija, por muy encoñado que estuviese con Carolina. Eso era lo que esperaba.

Capítulo 23



Mi padre se fue una semana después. Una semana en la que apenas supe de Daniel y en la que fui al despacho de un abogado para que comenzara a redactar la demanda y pidiéramos unas medidas provisionalísimas respecto a la cría.

Cada vez que Daniel llamaba para saber de su hija, yo se la pasaba directamente y no aceptaba cruzar con él ni media palabra. Incluso no dudé en amenazarle con que le denunciaría por acoso si continuaba empeñado en que teníamos que hablar.

Alba iba aprendiendo a llevar la situación, y más que durante aquellos días contó con la compañía de su abuelo y también con la de Oliver, quien no nos dejaba ni a sol ni a sombra, y estaba súper pendiente de ambas.

Eso fue, en parte, lo que animó a mi padre a marcharse, pues él sabía que no nos quedábamos solas y debía volver a su vida, igual que nosotras a la nuestra, por mucho que hubiese cambiado.

Además, que mi padre sabía que entre Oliver y yo había un rollito que se materializaría cuando él se marchase, pues éramos muy cautos.

Los tres le llevamos al aeropuerto y al hombre se le notaba que le costaba dejarnos. Después de una niñez y adolescencia en la que estuvimos muy unidos, cuando crecí y mi madre falleció, llegó el desencuentro. De nuevo nos encontrábamos, y le costaba que nos separásemos físicamente, aunque él sabía muy bien que en aquellos días se forjó entre ambos un vínculo que ya sería indestructible.

No en vano, las heridas que un día mi padre me provocó (aun sin darse cuenta) habían sanado. No ocurriría así con Daniel, quien me había fallado estrepitosamente y no una, sino dos veces.

—Una palabra tuya y me quedo—me dijo mi padre ya en el aeropuerto.

—No, papá, ambos debemos volver a nuestras vidas y yo estaré bien—le comenté mientras que Alba no le soltaba la mano, apurando hasta el último segundo que pudiera pasar con su abuelo.

—Me quedo más tranquilo porque veo que no estáis solas. Oliver, cuida de ellas, por favor—le pidió.

—Así lo haré, Javier, descuida...

Se llevaban a las mil maravillas. Hasta diría que con Javier había conectado mejor que como un día, muchos años atrás, lo hizo con Daniel, ante quien mostró mayor reticencia inicial.

Oliver, quizás por eso de ser psicólogo, empatizaba mucho con todo el mundo, aunque quizás no fuera esa la cuestión, sino más bien la de que era un hombre muy simpático y que parecía interesado en ayudarnos a todos.

Mi padre se fundió en un abrazo con él antes de darme uno inmenso a mí y de coger en brazos a su nieta, a la que adoraba, y con la que nunca había pasado tanto tiempo como en aquellos días, creando con ella otro precioso vínculo.

—Abuelito, vuelve pronto—le dijo Alba con un nudo en la garganta.

—Sí, cariño, muy pronto estaré de vuelta. Y también podréis venir a visitarme vosotros—le dio un beso antes de salir definitivamente en dirección a la terminal.

Sentí que se fuera y, en cierto modo, me sentí un tanto huérfana. Mi padre era un hombre que, a pesar de todo lo sucedido entre nosotros, contaba con una gran personalidad y llenaba mucho con su presencia.

Un rato después, lo hablaba en casa con Oliver.

—Estoy de acuerdo y también te diré que “dichosa la ramita que al tronco sale”. Tú también eres muy carismática—me dijo.

—Yo más bien creo que soy una necia a la que se las han dado todas en el mismo lado—le sonreí.

—El necio fue quien te dio, aunque en el pecado llevó la penitencia, porque te perdió. Yo no me perdonaría perderte, muñeca.

Me ponía, me ponía una barbaridad aquel hombre cuya estancia en casa comenzó con un propósito que en nada se parecía ya al de ese momento, algo que le comenté.

—Por cierto, Oliver, mi padre me ha entregado mi parte de la herencia de mi madre y eso quiere decir que yo ya no necesito el dinero de la habitación.

¹ Su cara reflejó pena, como si mis palabras le supusiesen el fin de una etapa y es que, en cierto modo, así era, aunque no en el sentido que él se las tomó.

—Entiendo, eso quiere decir que debería irme de aquí, ¿no es así? Y no me lo tomo a mal, te lo prometo. No sabe lo mucho que me alegro por ti.

—¿Irte de aquí? No, no me estás comprendiendo. Ya no necesito el dinero, lo cual quiere decir que, si te quedas, es porque yo te pido que lo hagas. No quiero que te marches de aquí, eso es lo último que deseo en este momento.

—Entonces, ¿me quedo? —me preguntó mientras me abrazaba y me besaba, ya que Alba estaba en su dormitorio.

—Te quedas, claro que sí, pero en calidad de... No sabría decirte en qué calidad, solo puedo decirte que tú también me gustas mucho—le confesé.

—Y tú no sabes lo que me gusta escucharlo...

—Si Alba no estuviera aquí, te diría que te instalases en mi dormitorio hoy mismo, pero debes entender que...

—No hace falta que me expliques nada. Entiendo perfectamente que la cría necesita su tiempo, no hay nada más que hablar al respecto.

—Lo cual no significa que no puedas hacer una incursión nocturna en él, porque desde ya te digo que tengo un pestillo que garantiza nuestra intimidad—le guiñé el ojo.

—Y yo te digo desde ya que se me han puesto todos los pelos como escarpas, preciosa.

Nos teníamos unas impresionantes ganas, era innegable. Yo pensaba en estar con él en la intimidad y me estremecía. No era la sed de venganza la que me movía, sino esas indescriptibles ganas, si bien también he de reconocer que la venganza me atraía, y bastante.

—Entiendo, eso quiere decir que debería irme de aquí, ¿no es así? Y no me lo tomo a mal, te lo prometo. No sabes lo mucho que me alegro por ti.

—¿Irte de aquí? No, no me estás comprendiendo. Ya no necesito el dinero, lo cual quiere decir que, si te quedas, es porque yo te pido que lo hagas. No quiero que te marches de aquí, eso es lo último que deseo en este momento.

—Entonces, ¿me quedo? —me preguntó mientras me abrazaba y me besaba, ya que Alba estaba en su dormitorio.

—Te quedas, claro que sí, pero en calidad de... No sabría decirte en qué calidad, solo puedo decirte que tú también me gustas mucho—le confesé.

—Y tú no sabes lo que me gusta escucharlo...

—Si Alba no estuviera aquí, te diría que te instalases en mi dormitorio hoy mismo, pero debes entender que...

—No hace falta que me expliques nada. Entiendo perfectamente que la cría necesita su tiempo, no hay nada más que hablar al respecto.

—Lo cual no significa que no puedas hacer una incursión nocturna en él, porque desde ya te digo que tengo un pestillo que garantiza nuestra intimidad—le guiñé el ojo.

—Y yo te digo desde ya que se me han puesto todos los pelos como escarpas, preciosa.

Nos teníamos unas impresionantes ganas, era innegable. Yo pensaba en estar con él en la intimidad y me estremecía. No era la sed de venganza la que me movía, sino esas indescriptibles ganas, si bien también he de reconocer que la venganza me atraía, y bastante.

Capítulo 24



No pasamos de esa noche. Cuando, a eso de las once, Oliver entró en mi dormitorio, que yo dejé adrede entreabierto, sentí que aquel tipo de incursiones nocturnas las necesitaría en tanto no le pudiéramos contar a Alba que estábamos juntos.

Supe en todo momento que él llegaría y por eso no me dolieron prendas en ponerme aquel *body* de encaje negro que hizo sus delicias nada más verlo, puesto que era sexy a rabiar y potenciaba todas y cada una de las curvas de mi excitado cuerpo.

Daniel fue el primer y el único hombre con el que hice el amor hasta ese día, una circunstancia que hacía aquel encuentro todavía más especial.

Reconozco que fueron muchas las sensaciones que experimenté conforme las yemas de sus dedos fueron recorriendo mi cuerpo al completo.

Enseguida me di cuenta de que cada hombre es muy distinto en la cama y de que Oliver no tardaría demasiado en estar dentro de mí. Cada cual es como es y él, que era infinitamente tierno fuera de ella, se rebeló como una fiera en el terreno sexual, algo que potenció los más bajos de mis instintos y que me hizo también sacar una parte de mí, más dura en la cama, que apenas conocía.

Con Daniel, digamos que apenas conocí el concepto “aquí te pillo, aquí te mato”, puesto que él siempre fue mucho más despacio, siempre pendiente de proporcionarme antes de penetrarme el suficiente placer. Diría que, quizás, fue demasiado cuidadoso, lo cual no significa que no me hiciera disfrutar y muchísimo. Simplemente eran distintas versiones del sexo.

Así lo entendí cuando, tras explorarme inicialmente con los dedos y besarme de un modo feroz, comiéndome literalmente la boca, Oliver terminó de partir con esos mismos dedos la parte inferior de mi *body* en un gesto que me puso taquicárdica.

Me daba infinitamente igual la idea de que podía ser que con mi nuevo amante no ganase para ropa interior, lo importante sería lo mucho que también disfrutaríamos de ese otro tipo de sexo que me elevó a lo más alto cuando,

a continuación, y sin mediar palabra, introdujo sus dedos hasta lo más dentro de mí, provocándome un gemido tal que tuve que reprimir a base de morder almohada, pues mi hija estaba en su dormitorio y no era plan de montar allí un festival porno.

Mi cara felina al mirarme al espejo me gustó, descubriendo unas facciones marcadas que obedecían a mi mucha excitación, y que tenían menos que ver con esas tiernas que mostraba ante Daniel, durante los años en los que yo le confesaba lo mucho que le quería mientras hacíamos el amor, lo mismo que él a mí.

Con Oliver todo fue distinto, sexo más primario y crudo que me hipnotizó, que me hizo dejarme llevar por sus manos experimentadas que incluso colocaron las mías sobre mi sexo haciendo que me tocara para él y que soltara palabras obscenas mientras me penetraba.

Y sí, ¿qué decir de esa penetración? Pues que me tomó del pelo, tirando de él mientras entraba en mí para con una de sus manos amasar mis senos, cuyos pezones retorció produciéndome una pizca de dolor que se mezclaba con el placer que se desbordaba por mi entrepierna.

Creí sentir alucinaciones por la mucha excitación que saboreé de golpe y, hablando de saborear, él no dudó en sacar su miembro de mi vagina para hacérmelo degustar a medio coito, mientras con el rabillo del ojo miraba al espejo y me veía como la más sugerente de las mortales.

Pensé que el sexo con Oliver me resultaría adictivo, que pronto no podría vivir sin él en mi cama, recorriéndome, penetrándome, pellizcándome, masajeándome y haciendo que contoneara mis caderas al ritmo de esas ardientes e irreproducibles palabras suyas, que salían de esos labios gruesos e increíblemente hidratados que parecían haber nacido para besar los míos.

Su cuerpo, fuerte y atlético, dominándome, me llevaba al límite de la pasión, de una pasión que salía a borbotones de mi boca en forma de unos gemidos cuyo contenido sexual podría definirse como simplemente descomunal. Cuando me cubrió con él, pues fueron muchas las posturas que practicamos. Oliver me enseñó que su cadera y la mía podían llegar a ser una, sincronizándose a golpe de esa música que se oía de fondo, también con letras más que sugerentes.

No faltaba detalle en ese dormitorio en el que yo me entretuve, antes de que él llegara, encendiendo cantidad de velas que repartí estratégicamente y que alumbraban esas escenas sexuales cuyo principal aval era la lubricación que mi cuerpo estaba produciendo en ingentes cantidades.

Oliver salía y entraba en mí, y en cada embestida me proporcionaba una bocanada de vida, porque llevaba una temporada en la que la vida pareció acabármese y porque necesitaba esa bocanada de aire fresco que él le estaba regalando a mi acalorado cuerpo.

Cuando por fin le llegó el alivio, yo había desfogado varias veces gracias al mucho énfasis que él puso en ello, por lo que caí sin poder murmurar palabra alguna sobre un colchón que tenía la forma de Daniel y que habría de cambiarla por la de Oliver, el hombre del que me estaba quedando colgada y el candidato perfecto para sustituir a

mi ex en mi cama.

Sentí el momento en el que, un rato después, tuvo que irse para no despertar las sospechas de mi hija por la mañana. Comenzaba una nueva era en la que la vida me regalaba nuevas y excitantes sorpresas con las que sacar el clavo que mi anterior pareja clavó en ese corazón que tan dolorido me dejó. Y de pronto llegaba alguien, otro clavo, que sacaba al primero, y que me demostraba que había más vida detrás de Daniel, que había más motivos por los que sonreír y que juntos éramos más que la suma de ambos por separado.

Oliver llegó a mi vida en el momento en el que más lo necesité y me hizo olvidarme de esa otra, la anterior, en la que estuve a punto de casarme con quien no debía.

l
l

;

r

mi ex en mi cama.

Sentí el momento en el que, un rato después, tuvo que irse para no despertar las sospechas de mi hija por la mañana. Comenzaba una nueva era en la que la vida me regalaba nuevas y excitantes sorpresas con las que sacar el clavo que mi anterior pareja clavó en ese corazón que tan dolorido me dejó. Y de pronto llegaba alguien, otro clavo, que sacaba al primero, y que me demostraba que había más vida detrás de Daniel, que había más motivos por los que sonreír y que juntos éramos más que la suma de ambos por separado.

Oliver llegó a mi vida en el momento en el que más lo necesité y me hizo olvidarme de esa otra, la anterior, en la que estuve a punto de casarme con quien no debía.

Capítulo 25



Unos días después, la vida seguía su curso, y la unión entre Oliver y yo era cada vez mayor.

Aquella tarde de viernes, apareció con una bici. Por fin se la había comprado.

—Estoy deseando que la estrenemos—me dijo mientras me daba un despampanante beso en la boca, pues cada vez parecía estar más por mí, algo que me hacía felicísima.

—¿Que la estrenemos? Mira que yo el asiento no lo veo tan grande, ¿dónde quieres que me suba yo, pillín? —reí mientras me lo comía a besos también.

—No me provoques, no me provoques—me decía mientras sus manos se iban para mi cintura.

Alba se encontraba en el jardín jugando con King, para no variar. El cachorrito estaba cada vez más grande y salado, y se había convertido en su mejor compañero de juegos.

—No, será mejor que no te provoque y también que te expliques mejor.

—Ya sabes, pues que me encantaría que mañana pudiéramos salir todos en bici, incluso nos podríamos llevar al perrito.

—¿No te dije que mañana Alba está invitada a un cumple? Y se llevará a King, porque su amiguita también tiene un cachorro y su madre me ha dicho que le encantaría que se juntasen un poquito.

—Entonces todos de acuerdo, porque yo estoy deseando juntarme contigo.

Y que lo dijera, Oliver se había revelado como el más ardiente de los hombres y estábamos viviendo unos inicios increíblemente apasionados en los que ambos entrábamos en combustión cada vez que teníamos ocasión de ello.

Al día siguiente, dejamos a Alba en casa de su amiguita y volvimos para recoger nuestras bicis.

—Esto del deporte no es tan sano como dicen—se apresuró a comentarme al ver que me ponía las mallas cortitas con aquella camiseta.

—¿Qué dices, locuelo? —le pregunté provocándole un poco.

—Pues que me estoy poniendo malo de verte, eso es lo que digo.

Yo me revolcaba de la risa al observar su cara con tantas ganas de mí, aunque el verdadero revolcón nos lo dimos antes de salir, puesto que no hubo manera de que ninguno de los dos quisiera renunciar a “perder el tiempo” de ese modo tan caliente.

Cuando por fin volvimos a vestarnos, nos subimos en las bicis y él comprendió por qué Menorca es ideal para ser recorrida sobre ellas.

El día acompañaba, al no presentarse demasiado caluroso, y lo que sí le presenté yo fueron las suaves ondulaciones de esa isla que disfrutaríamos hasta la saciedad sobre dos ruedas.

Las rutas menorquinas rezuman calma, y esa fue la que yo encontré pedaleando al lado de Oliver durante aquella fascinante jornada en la que volví a conectar mucho con la naturaleza, llenando mis pulmones de aire puro.

Todo cambió mucho en los últimos tiempos y yo no recordaba ya el mucho bien que me hacían ese tipo de días... Días en los que puedes desconectar de todo mientras te recreas la vista gracias a esos rincones imperdibles que la isla balear ofrece por doquier.

Hicimos mogollón de kilómetros a nuestro ritmo, felicísimos, salvando en ciertos momentos los desniveles de la ruta y llegando hasta una cala virgen, de esas difíciles de alcanzar, que estaba prácticamente desierta.

—¿Nos damos un baño? —le pregunté porque, a pesar de que el termómetro se estaba portando, no podíamos obviar del todo los rigores del verano en la isla.

—No hemos traído bañadores—me contestó con tono pillo.

—Vaya, qué lástima, ¿y si te digo que en esta cala no nos harán falta?

—¿Y si te digo que eso suena fantástico? —me contestó con otra pregunta mientras nos íbamos introduciendo en ella.

La arena dura nos permitió montar durante un buen rato y, cuando la cosa se complicó, caminamos tirando de nuestras bicis hasta un lugar apartado que un día, muchos años atrás, descubrí con Daniel.

A Oliver le fascinó y no era para menos, puesto que se trataba de una cala paradisíaca de esas que sirven de

reclamo para los turistas, pero a la que en realidad no solían llegar más que aquellos que conocían la zona como la palma de su mano.

Oliver me seguía complacido mientras yo le hacía de guía, y entonces llegamos a aquel rincón incomparable de blancas arenas y aguas que brillaban como perlas gracias a los rayos solares. Bajo el brillo, ese tono turquesa que penetra por los ojos y que llega al cerebro, cargando de energía positiva a todo aquel que tiene la dicha de contemplarlas.

Sobrecogedores acantilados e interminables paisajes de dunas son otros de los reclamos que llevan cada año hasta allí a miles de personas ávidas de disfrutar de un sistema único que hace entender por qué la isla fue declarada Reserva de la Biosfera.

Me encantaba contemplar la forma en la que Oliver parecía robar un poquito del entorno con la intención de quedárselo para sí mismo, ya que la isla puede hacer que cualquiera se convierta en un ladrón, como lo es ella misma, puesto que a mí me robó el corazón.

Si algo tenía yo claro, es que de allí no me movía. No, los cuernos que me puso Daniel no serían suficientes para voltearme y echarme de Menorca, el lugar que yo también elegí para vivir y el que vio nacer a mi hija. Ciertamente era que el proyecto que un día me llevó a pisar sus calas sin parangón ya no existía, si bien yo tenía en marcha otro que me hacía desbordar ilusión.

—Esto es lo más bonito que he visto en mi vida después de tu persona—me dijo mientras yo me deshacía de mi camiseta de ciclista y después del resto de las prendas, dispuesta a darme el más refrescante de los chapuzones totalmente desnuda y junto a él.

—Tú sí que eres bonito—le dije tirando de él, quien apenas podía quitarse la ropa de los tirones que le iba dando hacia el agua.

Con Oliver renacieron esas ilusiones que Daniel, con su miserable proceder, se encargó de marchitar. Con él, y en bolas, corrí en dirección al agua.

Si bonito era el paisaje que nos rodeaba, más bonito aún era ver su cara sin quitarme ojo de encima, sonriente, feliz y dándome a entender que cuanto estábamos viviendo representaba para él un sueño, lo mismo que para mí.

No tardó nada en sostenerme entre sus brazos y supe que lo iba a hacer y que sería de inmediato... Indicándome que le rodeara con mis piernas, un erecto Oliver volvió a entrar en mí, y lo hizo con todo el énfasis al que ya me tenía acostumbrada, un énfasis que me hacía enloquecer.

En los planes iniciales del día no entraban ni aquel baño ni aquel polvo que echamos en esas aguas cristalinas e incontaminadas que nos regalaba la isla, el lugar que servía de marco para que lo nuestro fuera creciendo, llenándonos más por hora que pasaba.

Mientras me iba haciendo suya, Oliver mordía mis labios y yo... Yo puedo jurar que me deshacía entre sus brazos y entre sus labios a golpe de esa cadera suya que me hacía jadear despierta, pero también dormida, al soñar con ella.

En muy poco tiempo se había metido no solo en mi cuerpo, sino también en mi mente, copando mis pensamientos y haciéndome creer en un prometedor futuro juntos en el que nos lo podríamos plantear todo.

Mientras las olas nos mecían, nuestros cuerpos iban encontrando ese acople que hablaba de una increíble armonía entre ambos, al tiempo que sus manos recorrían mi piel mientras me hacía sentir más suya que nunca.

No sabría precisar qué era, pero había algo en Oliver, una esencia misteriosa y varonil que me ponía a mil, que me hacía sentir una química salvaje, tan salvaje como esas embestidas que me terminó dando, provocando que el éxtasis nos llegase a ambos en el mismo momento, mientras yo le mordía en el cuello y él apretaba mis nalgas con tal fuerza que me hizo pensar que las separaría del resto de mi cuerpo.

Por cierto, que ese cuerpo mío era objeto de su total deseo y no solo porque me lo mostrase mientras disfrutábamos de las artes amatorias, sino porque sus palabras así me lo recordaban a cada momento.

—Escultural, absolutamente escultural—pronunció cuando me tendí en la arena y él dibujó el contorno de mi desnudo cuerpo en ella.

Estábamos a solas en aquel rincón recóndito de una de las calas más bellas de la isla, si bien belleza era la que también se percibía por el resto de los sitios, ya que el cuerpo desnudo de Oliver era un verdadero regalo para los sentidos.

Tendido y erecto a mi lado, pues la erección no se le bajaba mientras me contemplaba, me acariciaba el vientre y lo miraba como esa vasija sagrada de la que emana la vida.

—¿Te has planteado alguna vez tener hijos, Oliver? —le pregunté y la sonrisa afloró a su rostro.

—Nunca de forma precisa, aunque también te reconozco que jamás conocí a la candidata ideal...—hizo una pausa— hasta ahora claro—carraspeó.

La piel se me erizó al escucharle porque sus palabras encerraban mucho. Parecían tener mucha fuerza, como fuerza tenía lo nuestro.

La isla de la calma... así llaman muchos a Menorca y eso es algo que solo se puede entender si te tumbas en una de sus espectaculares calas vírgenes, como aquella, y cierras los ojos. Yo lo hice y me imaginé un futuro con Oliver, ¿qué más daba que le conociera de poco tiempo? Una sabe cuándo una historia puede salir adelante...

Si en algo me fijé de Daniel en su día era en que se trataba de un chico que deseaba tener un futuro conmigo... Un futuro que incluyese una familia, eso resultó determinante. Pese a que yo fuese una cría, siempre tuve claro el tipo de hombre que deseaba tener a mi lado, y Daniel cumplió con mis expectativas... Solo que durante unos años, transcurridos los cuales decidió vivir una vida más loca, quizás porque echó en falta haberlo hecho en su juventud

En fin, que Oliver también parecía cumplir con ese perfil y que yo me comenzaba a ver con él en el futuro, ¿y quién sabía? Quizás pudiéramos tener algún hijo en común. Yo todavía estaba en edad de ello y el hecho de darle a Alba un hermanito siempre me ilusionó, ¿por qué no?

Una cosa estaba clara... Si más adelante nos decidíamos, por falta de intentos no quedaría, porque Oliver era incombustible en el sexo y yo me derretía simplemente con que me mirase, así que teníamos todas las papeletas para encargar un bebé si todo salía a pedir de boca y terminábamos siendo una familia.

No le contesté nada a Oliver. No con palabras, si bien fue mi sonrisa la que puso la respuesta en mis labios... Una sonrisa que iluminó la suya, quien terminó recostándose a mi lado, permaneciendo junto a mí largo rato, ambos en silencio... hasta que las ganas se adueñaron de nuevo de ambos y entonces aprovechamos esa erección suya para volver a hacer eso que se nos daba fenomenal.

Una vez que terminamos de nuevo, entre risas, le dije que nos quedaríamos en los huesos, y entonces saqué unos bocatas que habíamos preparado antes de salir de casa, los cuales nos comimos con el mar por testigo, y antes de que nuevos chapuzones nos llevaran a pasar un día inolvidable. Y todavía nos quedaba esa vuelta en bici, una vuelta de varias horas en la que aprovechamos para ver juntos y abrazados el atardecer...

Ese hombre que llegó como un extraño a casa semanas atrás, no podía yo sacarlo ni de esa casa ni de mi corazón. Y cuanto más me reafirmaba en esa idea, menos me dolía la doble traición de Daniel, a quien echaba a patadas de mi mente cada vez que aparecía.

Si en algo me fijé de Daniel en su día era en que se trataba de un chico que deseaba tener un futuro conmigo... Un futuro que incluyese una familia, eso resultó determinante. Pese a que yo fuese una cría, siempre tuve claro el tipo de hombre que deseaba tener a mi lado, y Daniel cumplió con mis expectativas... Solo que durante unos años, transcurridos los cuales decidió vivir una vida más loca, quizás porque echó en falta haberlo hecho en su juventud.

En fin, que Oliver también parecía cumplir con ese perfil y que yo me comenzaba a ver con él en el futuro, ¿y quién sabía? Quizás pudiéramos tener algún hijo en común. Yo todavía estaba en edad de ello y el hecho de darle a Alba un hermanito siempre me ilusionó, ¿por qué no?

Una cosa estaba clara... Si más adelante nos decidíamos, por falta de intentos no quedaría, porque Oliver era incombustible en el sexo y yo me derretía simplemente con que me mirase, así que teníamos todas las papeletas para encargar un bebé si todo salía a pedir de boca y terminábamos siendo una familia.

No le contesté nada a Oliver. No con palabras, si bien fue mi sonrisa la que puso la respuesta en mis labios... Una sonrisa que iluminó la suya, quien terminó recostándose a mi lado, permaneciendo junto a mí largo rato, ambos en silencio... hasta que las ganas se adueñaron de nuevo de ambos y entonces aprovechamos esa erección suya para volver a hacer eso que se nos daba fenomenal.

Una vez que terminamos de nuevo, entre risas, le dije que nos quedaríamos en los huesos, y entonces saqué unos bocatas que habíamos preparado antes de salir de casa, los cuales nos comimos con el mar por testigo, y antes de que nuevos chapuzones nos llevaran a pasar un día inolvidable. Y todavía nos quedaba esa vuelta en bici, una vuelta de varias horas en la que aprovechamos para ver juntos y abrazados el atardecer...

Ese hombre que llegó como un extraño a casa semanas atrás, no podía yo sacarlo ni de esa casa ni de mi corazón. Y cuanto más me reafirmaba en esa idea, menos me dolía la doble traición de Daniel, a quien echaba a patadas de mi mente cada vez que aparecía.

Capítulo 26



Por la noche, le contamos a Alba el recorrido que hicimos en bici y ella moría por participar.

—¿Y si mañana nos vamos otra vez? Mami, tú no trabajas, ¿podemos, porfita? —unió sus manos en señal de ruego—. Dime que sí, que Alba quiere...

A Alba parecía haberle hecho la boca un fraile, de lo mucho que pedía, pues siempre tenía una petición en los labios del tipo que fuera.

—No lo sé, cariño, porque yo vengo que no puedo ni sentarme—le contesté en referencia al sillón de la bici, aunque mi comentario provocó una sonrisilla socarrona por parte de Oliver que yo sabía muy bien por dónde venía.

—Mami, porfita, porfita...

Mi niña no solía cejar en su empeño cuando algo se le metía en la cabeza, de manera que miré a Oliver y él asintió.

—Vale, cariño, mañana montaremos en bici...

—Pero King no tiene bici—pensó de pronto y me interrogó sobre qué podíamos hacer, abriendo los brazos.

—Seguro que podremos llevarlo de algún modo en su trasportín, yo me encargo, Alba—la tranquilizó él.

La niña, que solía hacer muchas preguntas, apenas me interrogó sobre el tema de mi relación con Oliver, probablemente porque también le quería mucho y porque estaba acostumbrada a verle en casa.

A su padre, en aquellas semanas, le había visto en un par de ocasiones, en las cuales se la entregó y la recogió Paola quien, como siempre, me echó un buen capote en eso. Pronto podría pasar algún fin de semana con él y demás, todo era cuestión de tiempo.

Mi prioridad, no hace falta ni que lo diga, era que Alba notase lo menos posible la marcha de su padre de la casa y, a pesar de que en ese momento ni siquiera por el bien de la niña soportaba ver a Daniel, suponía que con el tiempo todo se normalizaría y podríamos establecer una relación más normal como padres.

Mientras ese momento llegaba, lo suyo era que la cría se distrajese. Y en eso desarrolló un papel esencial Oliver, quien jugaba mucho con ella, le contaba cuentos y demás.

Tras una noche en la que volvimos a hacer el paripé de despertarnos cada uno en nuestro dormitorio, Alba llegó hasta mi cama para recordarme mi promesa del día anterior.

—Mami, corre, que vamos a montar en bicicleta...

—Hija de mi vida, pero antes deberemos desayunar, ¿no? —le pregunté todavía con un ojo abierto y otro cerrado. Yo era de necesitar mi tiempo para despertarme y eso no era algo que mi niña entendiese.

—Vale, pero mientras preparas el desayuno voy a coger mi bici para practicar—me dijo haciendo el gesto de que quería coger velocidad.

Daniel era muy deportista y había criado a la niña sin miedo a nada, por lo que ella era muy loquita cuando se ponía al manillar de su bici. Además, que siempre se le dio genial y pasó del correpasillos a la bici directamente sin usar ruedines ni nada.

—Ok, pero ten cuidado, cariño—le recordé mientras me desperezaba.

—¿Cuidado? ¿Qué es eso? —me preguntó antes de salir reproduciendo una frase que era muy de Daniel. Normal, era su padre y llevaba escuchándole desde siempre.

Me fui para la cocina con el ánimo de espabilarme (es un decir, ánimo tenía más bien poco, por mí me habría quedado en la cama) y entonces vi a Oliver allí.

—Ven aquí—me dijo pegándose mucho a él mientras comprobaba que la cría estaba fuera.

—Que eso digo yo, que buenos días para ti y para el pajarraco ese que tienes metido ahí abajo y que está deseando volar—reí.

—¿Tanto se nota? Es que se pone muy contento cuando te ve.

—¿Y ese no duerme nunca? Porque se ha pasado toda la noche en danza, te recuerdo que salió de mi cama hace un rato.

—Y volverá a ella esta noche—me besó mientras enchufaba la cafetera, la cual ya tenía preparada.

Me senté un momento a leer un mensaje de buenos días de mi padre. Nos deseaba un feliz domingo y me pedía que le contara qué tal estábamos.

Desde su marcha, no podía estar más pendiente de la niña y de mí, pues se quedó muy preocupado por la situación.

—Ahora te ayudo, que voy a enviarle un mensaje a mi padre—le comenté.

—Nada de ayudas, del desayuno me encargo yo. Ya puedes contarle a mi suegro que te trato a cuerpo de reina.

Me resultó súper simpático lo de “a mi suegro”. Oliver era muy listo y me las lanzaba así. Y yo... yo las recogía encantada porque me daba la impresión de ir muy en serio conmigo.

—¿A tu suegro? —le pregunté sacándole la lengua justo cuando escuché aquel estruendo.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Me duele mucho! —chilló angustiada mi niña y yo salí volando, porque mis pies ni siquiera tocaron el suelo, pero Oliver debió llegar hasta ella en cohete, porque la cogió en sus brazos antes que yo.

Alba se había caído con la bici con tan mala suerte que se dio un golpe en la cabeza con una piedra, y sangraba con abundancia. Yo, que no soy amiga de la sangre y que jamás le vi una herida de tal consideración, casi me desmayo, mientras Oliver mantenía la cordura.

—Vamos en mi coche, corre—me indicó, porque era el de más rápido acceso.

—Pero lo conduzco yo, que no puedo con la sangre—le pedí porque hasta se me debió bajar la tensión, de los muchos nervios que pasé.

—No hay problema, claro...

Corriendo, cogió una toalla limpia con la que iba taponando la herida de la cría. Yo no paraba de preguntarle cómo la veía camino del centro de salud de guardia más cercano a casa, en el cual tenían servicio de enfermería y podrían curarla.

La cría lloraba y yo solo podía conducir rápido, muy rápido, mientras recordaba sus palabras antes de subirse a la bici y me acordaba de toda la generación de Daniel, a quien culpaba por no haberle metido en su ahora dolorida cabecita que tuviese algo más de cuidado. Igual era injusta porque su padre siempre quiso que Alba creciera sin miedos y actuó en consecuencia, pero es que yo no veía con buenos ojos nada que tuviera que ver con él. Lo estaba aborreciendo.

Capítulo 27



Agradecí al cielo que Oliver la tuviese en brazos mientras le daban unos puntos de sutura, porque a mí no me sostenían las piernas.

La última imagen que vi de mi madre al salir del quirófano en el que perdió la vida fue muy fuerte, con el cuerpo ensangrentado, y desde entonces no soportaba la sangre.

Oliver no solo la sostuvo con firmeza mientras Alba pateaba porque, a pesar del efecto de la anestesia se mostraba muy nerviosa, sino que también trataba de tranquilizarla en todo momento.

Yo estaba al borde del colapso porque tenía la sensación de que nos habían echado un mal de ojo. Lo mismo fue esa chica, Carolina, cuando Daniel le dio largas la primera vez o yo era una ilusa por pensar así y ni siquiera ocurrió de ese modo.

Procuraba pensar que ya me daba igual, porque Oliver estaba suplantando a toda velocidad a Daniel en mi corazón, y yo solía pensar que menudo regalito se había quedado esa chica.

Sabía que Daniel tenía derecho a enterarse del percance sufrido por la niña y, aun así, no le llamé porque no me dio la real gana, echándole la culpa de que Alba fuese más bruta que un arado cuando jugaba.

Un dato que no he contado es que quien se quedó en casa lamentándose cantidad por la caída de Alba fue King, hasta el punto de que el animalito lloraba como si tuviese constancia de que la broma nos pudo salir cara aquel día. Y tanto... Si en vez de la cabeza se llega a golpear en plena sien... solo de pensarlo sentí un intenso escalofrío.

Un rato después ya íbamos hacia casa en el coche. Algo más tranquila viendo a la niña bien, extremadamente decaída, pero bien, me senté a su lado en el asiento trasero y dejé conducir a un Oliver que también pasó sus nervios durante ese amargo rato, nervios que contuvo de una forma totalmente loable.

Cuando por fin llegamos a casa, Alba quiso que me sentara en el sofá con ella y entonces él se ofreció a encargarse del almuerzo.

—Claro, no te separes de ella, ¿os apetecen unos huevos fritos con jamón? —nos dejó caer a sabiendas de que mi chiquitina jamás diría que no a tan succulento plato, uno de sus preferidos.

—¡¡Sí!! —levantó la cabeza de pronto—. Yo quiero, yo quiero...

Ya iba estando mejor, y nada podía hacerme sentir más feliz que eso. Un rato más tarde almorzamos y todos nos quedamos dormidos en el sofá, como si fuéramos una familia, ya que así actuamos durante todo el día.

Yo miraba a Alba y le miraba a él, pensando en que todo había cambiado mucho en muy poco tiempo. Acababa de despertarme de una buena siesta que debió durar en torno a un par de horas y enseguida sonó el teléfono, haciendo que ellos también abrieran los ojos.

Para mi desesperación, pues ese día tenía menos ganas aún que el resto de escucharle el eco de la voz (que ya es decir), era Daniel, quien quiso que le pasara a la cría.

Cogí mi móvil y me fui hacia mi dormitorio, porque ya intuía bronca, así que preferí alejarme de la niña.

—Oye, antes de pasártela tengo que contarte que esta mañana se ha caído de la bici y han tenido que echarle unos cuantos puntos en la cabeza, ¿ok? —le comenté deseando zafarme.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que mi hija ha sufrido un accidente y que si no llamo para saber de ella ni me entero? —me preguntó indignado.

Mira por dónde la íbamos a tener esa tarde. Yo le mantenía a raya cuando llamaba y no le permitía que hablase de nada concerniente a nosotros, porque le seguía poco menos que tildándome de loca, como si lo de Carolina solo estuviese en mi cabeza, tratando de seguir su jueguito a dos bandas, pero aquel día era otro el motivo de sus ganas de darle a la sin hueso.

—Tranquilo, y no te me subas a la parra, que no ha sido para tanto.

—¿No lo ha sido? ¿Y si le llega a ocurrir estando conmigo y yo no te aviso? ¿Tampoco habría sido para tanto o es que tú tienes una doble vara de medir?

Le habría dicho que en ese caso corría el riesgo de que le cortase los cataplines para que no hiciese más niños, por inconsciente, pero preferí reservarme tan delicado comentario para mí, pinchándole por otro lado.

—Igual, si no te lo he dicho, es porque parte de la culpa es tuya, ¿sabes? —le atacué.

—¿Mía? Por el amor del cielo, Violeta. Al final tendré que pensar de verdad que estás de psiquiátrico, ¿cómo va a ser mi culpa si yo no estaba allí?

—No estabas, pero eres tú quien siempre le ha metido la idea en la cabeza de que puede ser una cabra loca y que no le pasará nada. Pues toma, doble tazón. Se ha podido matar, ¿sabes?

—Yo no doy crédito, te juro que no lo doy. Primero le restas importancia y luego me dices que se ha podido matar, ¡y encima la culpa es mía!

—Correcto, y a mí no me chilles, que tendré cuernos, pero en la audición no me ha afectado.

e—Violeta, por Dios, entra en razón—me rogó.

,

—Si he entrado, por eso no he cogido esta mañana el teléfono y te he vestido de limpio.

—A mí me va a dar algo, tú siempre estuviste de acuerdo en que Alba creciera sin miedos. Todos los niños sufren algún accidente, por no mencionar que nosotros nos criamos con las rodillas peladas y tan felices, ¿qué me estás contando?

—A mí no me rayes, ¿eh? Ahora te pongo a la niña, y pobre de ti como le pase algo más de aquí al juicio, porque le pienso decir al juez lo inconsciente que eres.

—Violeta, por favor...

—A mí no trates de torearne, que mis cuernos no me asemejan a un toro, pero si se trata de embestirte, lo mismo te llevas el premio gordo y todo.

.

Volví al salón y le puse a la niña, quien le contó su odisea. Oliver me abrazó.

—Miedo me da preguntarte qué le has dicho.

—Le he puesto verde y punto, que se joda—le contesté sin miramientos porque estaba perdiendo la perspectiva, no podía con más problemas.

;

—Oye, estás demasiado tensa, se me está ocurriendo una manera de tratar de que te relajes—me ofreció él mientras me colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

.

—Ya, si te veo venir, pero el problema es que no son horas, hombre. Ya le daremos al molinillo más tarde—reí.

—Que no, Violeta, que no voy por ahí.

^l—Córcholis, para una vez que no vas—saqué su risa.

—¿Qué te parecería si el próximo fin de semana nos vamos por ahí?

—¿De escapada romántica con niña y perro incluidos? No sé yo qué tal de romántica resultará, para qué te voy a engañar.

—Más que de escapada romántica, te diría yo que familiar...

—No entiendo, ¿me vas a llevar a conocer a tu padre? —le pregunté sin tener la menor idea de a qué se refería.

—Más bien al tuyo, a visitarlo quiero decir.

—Ah, vale, porque a conocer a mi padre suena a chamusquina...

—Ni se lo menciones a Javier o le caeré como el culo. Él está muy orgulloso de ser tu padre, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé, durante una época lo estuvo menos, pero es que los tíos cuando os encoñáis hacéis unas locuras—reí.

—No te imaginas las locuras que podemos llegar a hacer...

—¿Y dices de ir a Donostia? ¿Un fin de semana? Por mucho que sea en avión no nos dará tiempo de apenas nada.

—Más que un fin de semana, digamos que tenemos un puente. En total son cuatro días, ¿o es que no lo recuerdas?

—Es verdad, que viene un puente... Pero yo no sé si lo trabajo.

—Pero yo sí. Lo he hablado con Paola y resulta que no lo trabajas. Y ella se ofrece a quedarse con King unos días porque es muy pequeño y el viaje supondría un embrollo para él.

—No está mal pensado. Veo que estás en todo, aunque en realidad no es necesario porque a mi padre le acabamos de ver.

—Sí que lo es, porque así cambiamos de aires y la niña ve la nueva casa de su abuelo, que lo está deseando.

La idea me motivaba porque hacía mucho que no me daba una vuelta por Donostia y me apetecía volver a mi tierra. Además, que llamé a mi padre y él se mostró eufórico.

—Tenéis que venir sí o sí, por favor, hija, que os echo mucho de menos.

—Pues nada, papá, ahí estaremos.

Resultó que Oliver no conocía Donostia y que también ardía en deseos de hacerlo (en realidad, él ardía y punto, menudo calor que me seguía dando a cada momento). Esa fue otra de las razones que me impulsaron a hacer esa escapadita que me permitiría enseñarle el lugar donde nació y me crió y presentarle a los de mi antigua cuadrilla, a los que tenía también muchas ganas de ver.

Se lo contamos a Alba y se vino arriba.

—¡Yupi! ¡Yupi! —Saltó en el sofá.

—Cariño mío, un poco de tranquilidad, que ya no estoy para más sustos—le pedí.

Al día siguiente, lo hablé con Paola, quien se mostró encantada. Y eso que ella no era muy de animales.

—Y el bicho ese qué come—me preguntó.

—¿King? —negué con la cabeza porque siempre me reía con ella.

—Pues claro, qué bicho va a ser. Mi Arturo ya sé yo lo que come, pero ese tan chiquitillo...

—Y prefiero que no me cuentes lo que te come tu Arturo.

? —Pues lo mismo que a ti tu Oliver, quién te lo iba a decir, condenada.

—Me tiene loca en la cama, esa es la verdad—le confesé.

, —¡Toma! Y fuera de ella... Tú aprovecha porque estás viviendo un momento muy dulce, tonta. Y ya sabes, acuérdate de amorrarte al pilón de vez en cuando, que eso afianza mucho las parejas.

; —¿Se puede ser más bruta? —le decía yo entre risas.

—Pues no lo sé, pero a feliz no me gana nadie. Que tengo maromo, lo tengo... Que no lo tengo, Satisfyer empleado a fondo. La vida es mucho más sencilla de lo que parece a priori, niña.

Ella lo veía así y lo mejor es que ese era el lema de su vida. Paola casi nunca tenía problemas, así que yo podía tomarla como una especie de gurú de la felicidad, aparte de que siempre me hacía la vida más fácil.

No tenía vacaciones en ese momento, pero sí un puente por delante durante el que dejar la cabeza en blanco y olvidarme de los muchos problemas que habían asolado mi vida en esa última temporada.

Días después, Alba fue muy tierna al despedirse del perrito, dándole un beso.

—King, vendremos pronto, no te he abandonado en casa de Paola—murmuró mientras lo acariciaba.

—Madre mía con la niña, lo dice como si fuera igual que abandonarlo en una gasolinera. Si conmigo estará de lujo, ya le he comprado hasta el alpiste—nos soltó y se quedó tan pancha.

—¿Alpiste? Paola, que no es un jilguero.

—Anda, mi madre, que me he equivocado—se dio con la mano en la frente—. Ahora voy por el pienso de cachorros.

Mi loquita preferida dio una vez más muestras de serlo. El tiempo pasaba para todos y King ya comía pienso, pero de ahí a alpiste...

—King, vendremos pronto, no te he abandonado en casa de Paola—murmuró mientras lo acariciaba.

—Madre mía con la niña, lo dice como si fuera igual que abandonarlo en una gasolinera. Si conmigo estará de lujo, ya le he comprado hasta el alpiste—nos soltó y se quedó tan pancha.

—¿Alpiste? Paola, que no es un jilguero.

—Anda, mi madre, que me he equivocado—se dio con la mano en la frente—. Ahora voy por el pienso de cachorros.

Mi loquita preferida dio una vez más muestras de serlo. El tiempo pasaba para todos y King ya comía pienso, pero de ahí a alpiste...

Capítulo 28



La llegada a mi tierra no pudo ser más alegre. Mi padre nos esperaba en el aeropuerto y Alba corrió a enseñarle su herida, como si fuera una de guerra, la cual ya estaba bastante cicatrizada, por cierto.

—Eres una valiente, Alba, igual que tu madre. Ella siempre lo fue—la abrazó mientras nos miraba a Oliver y a mí como dándonos su aprobación por habernos convertido en pareja, porque algo en nosotros así debía estar confirmándose.

—Sí que lo es, mami es todo lo bueno del mundo—le contestó mi niña. No, no debía ser pasión de hija ni nada, ni *ná*.

—Papá, pues no te creas, tú sabes que yo la sangre no puedo verla ni de lejos. No desde que...

—Ya, desde que pasó lo que pasó por culpa de ese desgraciado—murmuró.

—Sabes que hubiera dado lo mismo, papá, mamá ya estaba sentenciada. Y lo sabes...

—Pero él la dejó morir como a un perro en la mesa del quirófano...

Mal tema saqué yo, porque era el único con el que mi padre no podía contenerse.

—Ni siquiera supimos nunca lo que pasó, nos dijeron que pudo ser un fallo multiorgánico.

—¡Hija! ¿Un fallo multiorgánico? No me jodas, cariño.

Solo le faltó hiperventilar. Yo no tenía que haber sacado el tema y me sentí francamente culpable por haberlo hecho. Mi padre se volvía loco cuando se le mencionaba y en esos instantes, tantos años después, comprendí que lo de Naomi no fue más que un parche en su vida, que esa chica se lo ganó por su juventud, pero que el verdadero amor de su vida fue mi madre.

—Vamos, vamos, Alba, ¡te echo una carrera! —Oliver la desafió con la idea de rebajar la tensión del momento,

que se había caldeado una barbaridad.

—Vale, ¡pero yo corro encima de mi caballo! —le dijo ella.

No es que Alba se hubiese metido a amazona de pronto, sino que llevaba una de esas simpáticas maletitas infantiles con ruedas, en forma de caballo. Se la había regalado Oliver para el viaje y estaba loca con ella, por lo que no dudó en subirse.

Pensé de golpe en impedirselo porque no quería que se volviese a lastimar, pero de pronto caí en la cuenta de que Daniel tenía razón cuando me dijo que ambos estuvimos de acuerdo en criarla sin miedos y en que quizás yo había sido muy injusta al culparle del accidente de nuestra hija.

l

Mi ex me había sido infiel, dos veces, eso no se lo quitaba nadie, de manera que lo hizo con premeditación, alevosía y quién sabía si con nocturnidad. El delito era evidente (porque para mí era un delito, por decirlo de alguna manera), pero yo tendría que aprender a separar su faceta de padre de Alba del resto.

Enseguida estuvimos en el nuevo piso de mi padre, que era formidable, aunque mucho más pequeño que la casa de antaño. Por supuesto que suficiente para él y para nosotros cuando fuéramos a verle, y situado estratégicamente, así que fue una gozada ver lo bien que se lo había montado.

Tras dejar las maletas nos fuimos con él a recorrer la Parte Vieja. Alba iba entusiasmada, saltando sobre sus adoquines, y lo mejor de todo fue que Oliver no le quitaba ojo de encima, cuidándola.

A mi padre no se le saltaba nada de eso por alto, además de que me veía muy feliz a su lado y eso para él era lo más importante. Por su parte, se le notaba muy tranquilo, como si no necesitara de momento más que disfrutar de su familia y no pensara en nuevas parejas. Se había llevado un buen palo con Naomi, pero es que ella nunca le quiso de verdad, y eso terminó pasándole factura.

Por mi parte, también sentía que de nuevo disfrutaba de una familia y eso era lo más importante para mí.

Dado lo bien que Oliver se estaba portando con nosotras, tenía muchas ganas de que probara esos pintxos que tanto solía yo echar de menos, porque formaban parte de mi juventud y me traían recuerdos de cuando mi madre vivía y salíamos los tres a degustarlos, o de años después, cuando los tomaba con mi cuadrilla y con Daniel, aunque eso último prefería no recordarlo.

—Lo bueno de los pintxos, hijo—mi padre se refirió a Oliver de esa manera tan cariñosa y a mí se me cayó la baba— es que te permiten probar al mismo tiempo unas combinaciones gastronómicas inigualables y genuinas de esta tierra.

—Vamos, que lo que quiere decirte mi padre es que la boca se te hará agua—se lo simplifiqué causando la risa en ambos mientras Alba corría a meter su cabecita por la puerta de un local de chuches que estaba

extraordinariamente bien decorado, dejando absortos a todos los críos que pasaban por la calle.

—Espera, cariño, que ya voy—le indicó mi padre sacando la cartera.

—Papá, un poquito de por favor, que te conozco y eres capaz de comprarle la tienda entera—reí.

Mientras iba hacia ella, perdiéndose entre montañas de golosinas con la cría, Oliver me abrazó.

—¿Tú eres consciente de dónde te estás metiendo? Porque esto viene a ser una familia con todos sus avíos, suegro incluido. A tiempo estás de salir por patas—le indiqué mientras él me callaba con un beso.

—¿Tú acaso ves que me dé miedo? ¿Tú ves que me dé miedo algo? —me preguntó y hube de darle la razón porque no, no le veía miedoso en absoluto.

—Vale, vale, porque te advierto que el plazo de devolución pasa en un periquete y luego te tocará cargar con nosotras—le dije mientras justamente comenzaba a cargar conmigo, de un modo literal, porque me cogió en brazos y dio varias vueltas, feliz, como si vivir aquello supusiera para él la culminación de un sueño.

extraordinariamente bien decorado, dejando absortos a todos los críos que pasaban por la calle.

—Espera, cariño, que ya voy—le indicó mi padre sacando la cartera.

—Papá, un poquito de por favor, que te conozco y eres capaz de comprarle la tienda entera—reí.

Mientras iba hacia ella, perdiéndose entre montañas de golosinas con la cría, Oliver me abrazó.

—¿Tú eres consciente de dónde te estás metiendo? Porque esto viene a ser una familia con todos sus avíos, suegro incluido. A tiempo estás de salir por patas—le indiqué mientras él me callaba con un beso.

—¿Tú acaso ves que me dé miedo? ¿Tú ves que me dé miedo algo? —me preguntó y hube de darle la razón porque no, no le veía miedoso en absoluto.

—Vale, vale, porque te advierto que el plazo de devolución pasa en un periquete y luego te tocará cargar con nosotras—le dije mientras justamente comenzaba a cargar conmigo, de un modo literal, porque me cogió en brazos y dio varias vueltas, feliz, como si vivir aquello supusiera para él la culminación de un sueño.

Capítulo 29



Por la mañana nos levantamos y mi padre se reía porque le habíamos dado coba a Alba, una noche más. Todavía obviábamos los besos y manifestaciones de amor delante de ella, porque me parecía demasiado pronto y, en consecuencia, más aún el que nos viera dormir juntos.

Oliver había disfrutado mucho con el plan familiar de la noche anterior y ese día volveríamos a salir todos juntos, si bien él se empeñó en que nos invitaría al mediodía a un restaurante de postín.

—No, no, joven, de eso nada. Cuando vaya a tu tierra, entonces me invitas a lo que te dé la gana, pero en la mía no voy a consentir que nadie pague, ¿ok? —le aclaró mi padre.

—Yo de ti no trataba de darle demasiadas vueltas, porque no te dejará que saques la cartera. Mi padre es muy testarudo, a mí no sale—bromeé.

—No, no sale porque eres tú quien sale a él, de testaruda no me hables—reía él mientras Alba, feliz, se tomaba su leche con chocolate.

Esa mañana hicimos un recorrido por la ciudad cruzando el Puente de María Cristina tras visitar la Catedral del Buen Pastor, donde Alba se quedó flipada con sus vidrieras de colores y hasta se empeñó en que ella quería tocar el órgano, ¿podía ser más inocente?

En el puente también nos hicimos multitud de fotos y ella insistió en hacerse una en brazos de Oliver, a quien le estaba cogiendo gran cariño. Mi padre era el fotógrafo oficial del grupo y en ese momento me hizo un guiño de ojo, confirmándome que todo iba sobre ruedas.

Yo estaba muy contenta, sí, porque todo estaba fluyendo con la mayor de las naturalidades. Después pasamos por el Palacio de Congresos y Auditorio Kursaal y por la Playa de Zurriola, la cual, inevitablemente, me recordó a Daniel, al estar plagada de surferos.

Allí nos sentamos a tomar algo en familia y comprobé que esa escapada fue la mejor idea por parte de un Oliver que solo vivía para que nosotras fuésemos felices.

Por la noche, ahí sí, Alba se quedó con su abuelo y nosotros salimos con los de la cuadrilla. Yo estaba muy emocionada porque hacía tiempo que no los veía y algo nerviosa porque ellos no esperaban la sorpresa que les daría al aparecer con Oliver y no con Daniel, a quien también conocían de toda la vida.

La primera que salió a la puerta del local en el que nos estaban esperando fue Nekane, mi mejor amiga allí, cuya visión hizo que saliera corriendo hacia ella.

—¡Violeta!! —me chilló.

—Nekane y su piti, ¿cuándo vas a dejar de fumar? ¿Tú no sabes que esa mierda hace polvo los pulmones? —traté de quitarle el cigarrillo. Esa siempre fue mi lucha con ella, quien se resistió a que sus dedos lo soltasen.

—Ni que el tabaco fuera lo único jodido en el mundo, aunque la vista igual sí que me la está afectando, ¿o es que este no es Daniel? —bromeó.

—No, ni se le parece, por suerte.

—Joder, Violeta, ¿qué ha pasado?

—Pues justo eso, que Daniel pasó a la historia. De hecho, se trata de una historia muy cornuda, digo muy larga— bromeé.

—¿Qué me dices? Bienvenida al club. Ander también se ha ido con otra, pero que por mí encantada, que se joda ella, que no veas la que le ha caído.

—Pues eso más o menos digo yo, ¿y el resto?

—Están dentro, deseando verte. Venga, que hago los honores.

Nekane era muy farandulera y entró como haciendo un redoble de tambores.

—Aquí la tenemos, nuestra Violeta y nuevo acompañante. De Daniel ni le preguntéis a no ser que queráis que os coma a vosotros en lugar de a los pintxos.

Ella era así, había que morir con Nekane. En general, todos estaban bien, y lo más bonito fue que no solo no hicieron preguntas, sino que, entendiendo que son cosas de la vida, se tomaron genial mi cambio de pareja y acogieron a Oliver como a uno más.

Todos ellos seguían muy unidos y pasamos un rato estupendo, anécdota incluida, porque al salir del local, un chaval que estaba bastante perjudicado por las copas se vino hacia Oliver y no le dejaba tranquilo.

—Julen, tío, cuánto tiempo—le dijo.

—¿Qué dice este tío? —reí.

—Pues ni idea—me contestó—. Oye, te estás confundiendo, yo me llamo Oliver...

—Y yo soy el Rey Pelayo, el asturiano, no me jodas Julen, ¿cómo te va?

—Bastante mejor que a ti, tío, ¿qué clase de cogorza llevas encima?

—Como que tú te vas a asustar, con las que nos hemos pillado juntos, venga ya...

—Tío, de verdad, me estás cargando, ¿te quieres echar hacia allá? Apestar a calimocho que da asco—le dijo porque así era.

—¿Apestar yo? Vaya mala leche que tienes, antes eras guay, pero ahora eres un mierda—le dijo.

—Sin ofender, ¿vale? —se caldeó un poco, se lo noté. Oliver tenía muy buen carácter, pero el tío se estaba pasando de la raya y, con la borrachera, comenzó a faltarle al respeto.

—¡Vale, vale! Qué estirado te has vuelto, como que desde que tu padre murió...

—Tío, ¿qué cojones estás diciendo? Ni yo soy Julen ni mi padre está muerto, ¿te queda claro?

Le sentó fatal. Él tampoco solía hablar de la muerte de su madre, ocurrida en su juventud, porque todavía le dolía por muy psicólogo que fuese, como para que aquel imbécil le dijese que tampoco tenía padre.

—Vámonos, Oliver, no merece la pena, ¿no ves que no asunta? —le pregunté mientras el otro seguía diciendo cosas incoherentes.

—Sí, será mejor que nos vayamos porque este tío me terminará por hacer la sangre agua, preciosa—me miró ya más tranquilo—. Dame la mano—me dijo porque incluso me la había soltado en un gesto protector, por si acaso se perdía un guantazo y para que no me lo llevase yo.

Se quedó un poco tenso y yo traté de hacerle bromas por el camino. Era la primera vez que le veía manejar una situación así, pero es que gente que desfasa hay en todos lados. Y en mi tierra también.

Capítulo 30



Ya estábamos de vuelta en casa de mi padre y, mientras Oliver tomaba una ducha antes de irnos a la cama, me dio por revisar mi móvil. La cara se me debió torcer al ver que tenía varias llamadas perdidas de Daniel...

Debía ser que no solo el tipejo ese que nos encontramos por la calle había bebido, sino que también mi ex debió empinar el codo, porque la última debió hacerla un rato antes y era muy tarde. Opté por silenciarle, por si acaso volvía a meter la pata.

No me extrañó tanto, la verdad. En la época en la que él me confesó que se había acostado con Carolina, en esa era la que todavía mostró que tenía algún valor, varias fueron las veces que comenzó una botella en una noche y se la terminó, aunque enseguida comprendió que eso no le hacía bien y abandonó el alcohol.

Quién sabía. Lo mismo esa chica le había dejado en la estacada y me estaba echando de menos. Que le jodieran y después que le volvieran a joder. Justo pensaba en eso cuando fue el teléfono de Oliver el que sonó e instintivamente descolgué. Estaba un tanto nerviosa y, sin ni siquiera mirar el nombre, me dio por pensar que fuera Daniel quien quisiera ponerle la cabeza como un bombo.

—Daniel, te prometo que como sigas acosándonos te denuncio—le dije sin dejarle hablar.

Sé que igual se me fue bastante la pinza, pero es que me había logrado sacar de mis casillas.

—¿Y tú quién cojones eres? Oye, tía, yo solo quiero que le digas al cabrón ese de Julen que todavía me debe la pasta por la fotito del culo y por otras cositas, de manera que la vaya largando—me dijo una voz femenina.

Me quedé impactada. No sabía cómo reaccionar ni a qué se refería, ¿qué fotito del culo? El único que recibió una foto de un trasero por parte de Carolina fue Daniel, pero ¿qué tenía eso que ver con Oliver? Y lo que era más fuerte todavía, ¿por qué esa chica le había llamado Julen, lo mismo que el borracho?

Me faltaba el aire porque enseguida entendí que algo estaba pasando. Justo me volvía a entrar una llamada de Daniel en ese momento cuando Oliver apareció por el dormitorio y me vio con ambos teléfonos en las manos y con la cara como si la hubiese metido en cal.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —me preguntó en un tono que nada tenía que ver con el habitual, hasta entonces amable. Incluso diría que su voz se había vuelto mucho más grave, como si todo lo vivido hasta ese día fuese un paripé.

—No lo sé, cuéntamelo tú—le pedí aterrada, pensando en que Oliver no era el hombre que yo creía.

—Vaya, vaya, así que esa zorra ha llamado y has descolgado—me dijo mientras me quitaba su teléfono de la mano y lo revisaba.

A la par, yo solté el mío, con la llamada entrante de Daniel silenciada, para que no lo viera, ¿es que mi ex me quería prevenir de algo?

—¿Qué dices, Oliver? ¿O acaso debería llamarte Julen? Porque es mucha casualidad que dos personas te llamasen así en una noche—le dije con tanta ironía como miedo.

—Vaya, vaya, así que no me dará tiempo a preparar mi numerito como tenía pensado. Es lo que tiene la vida, que a veces nos sorprende y debemos adelantar nuestros planes. Da lo mismo, vais a caer igual, tu padre y tú caeréis, y hasta la cría, para que sufráis más. Primero os mataré a vosotras y después... Después caerá ese hijo de puta que fue el causante de la muerte de mi padre—vomitó por su boca.

Le escuché absolutamente aterrorizada, tanto que sudaba lo más grande y solo miraba a la puerta del dormitorio con la intención de alcanzarla, ¿qué clase de loco era aquel? Pues uno increíblemente peligroso, de eso cabía poca duda.

—¿Quién eres tú y por qué nos odias tanto? —le pregunté mientras pensaba en si tenía alguna escapatoria.

—Soy el hijo del doctor Aratz Iturbide, ¿te suena ese nombre? Tu padre le mató...

Un nuevo mazazo que casi me hace caerme de espaldas, porque no podía entender que aquello estuviese pasando. Y así era, porque yo no estaba dormida, no lo estaba ni mucho menos.

—Mi padre no le mató, no le mató. Ese hombre murió meses después del fallecimiento de mi madre.

—Murió de un puto infarto a consecuencia de la jodida demanda que tu padre interpuso. Por eso murió, él era un buen médico y tu madre... Joder, esa mujer ya estaba desahuciada, ¡me las pagaréis! —chilló y yo caí en la cuenta de que todo lo que me había contado sobre su vida era un camelo.

Salí corriendo en ese instante en el que a la vez grité.

—¡¡¡Papá, socorro!!!

Mi padre se levantó absolutamente aturdido, sin dar crédito a mis gritos, y entonces Oliver, Julen o como quisiera que se llamase ese tipo, salió de la cocina (en la que había entrado) con un cuchillo en la mano, el mismo que pegó a mi cuello.

—Hijo de puta, da un paso más y te juro que la mato ahora mismo—amenazó a mi padre.

—Oliver, ¡no hagas eso! ¿Es que te has vuelto loco?

—Loco me volví cuando te cargaste a mi padre. Sí, manda cojones que tenga que repetir la misma cantinela. Soy el hijo de Aratz Iturbide. Espero que no se te haya olvidado quién es, porque su nombre será lo último que escuches cuando te mate, aunque antes las mataré a ambas, a ella y a tu nieta.

—¡Estate quieto, por el amor de Dios! Deja que mi hija y mi nieta se vayan y lo hablaremos tú y yo. Mátame si quieres, pero déjalas a ellas—le pidió él sin salir de su asombro.

Entendí que era un padre de los pies a la cabeza y que se hubiera cambiado sin pensarlo por nosotras.

—No, tú vas a sufrir en tus propias carnes lo que es perder a quien más quieres... Vas a sufrir lo mismo que me hiciste sufrir a mí. Desde entonces solo he vivido para ejecutar mi venganza. Primero tenía que dar con tu hija y camelármela y después... Después lo haría aquí, en tu propia casa, porque mi padre también murió en nuestra casa y en mis brazos por culpa de ese infarto que tú le provocaste.

—Chaval, si es eso lo que quieres, mátame. Te prometo que no ofreceré resistencia...

—¿Crees que es eso lo que me preocupa? ¿Que un carcamal como tú no me haga frente? Eres hombre muerto, ¿sabes cuánto me revolviste el estómago cuando te presentaste en Menorca por sorpresa? ¿Sabes cuánto tuve que contenerme para no matarte allí?

—Yo no quise que a tu padre le sucediera eso, pero si quieres acabar conmigo, ¡aquí me tienes! —avanzó hacia nosotros.

—Un paso más y tu hija se desangra ahora mismo, ¿quieres que lo haga ya? —rió histérico, fuera de sí.

—No, no, por favor, no lo hagas.

—Pues siéntate ahora mismo en esa silla.

No sé cómo se las apañó para maniatar a mi padre al mismo tiempo que seguía amenazando mi garganta con el cuchillo.

—Soy apañado, ¿eh? —se mofaba—. Igual te cambio la batería de un coche que...

ó—Todo eso de que tu padre era mecánico y que vivía en Vallecas, en Madrid, era mentira... Tú eres de aquí y hasta el acento has cambiado.

—Digamos que cambié un poco el acento y la historia. El mecánico era mi abuelo, que dejó su tierra para irse a Madrid en busca de un zorrón verbenero cuando mi abuela murió.

—Y después murió tu madre, cuando tú tenías trece años.

—Jaja, no, nueva sorpresa... Esa murió para mí porque nos abandonó, pero está vivita y coleando. Desde entonces odio a las mujeres, y encima resulta que fue la muerte de tu madre la que se cargó a mi padre. Más os odio todavía...

No me había dicho ni una verdad, ni una, algo que me dejó sin aliento.

—¿Al menos eres psicólogo? Porque eso lo quisiera saber.

—No, no pude centrarme en los estudios... Empecé la carrera, pero tuve que dejarla porque solo tenía una idea en la cabeza; venganza. Mi padre me dejó suficiente patrimonio para poder vivir de por vida, tampoco es verdad que aestuviese justo de pasta. Así podría dedicarme a trazar un plan para acabar con vosotros.

—¡No es posible! ¡No es posible!

—Sí lo es, imbécil, lo fue desde el principio, desde que embestí a Daniel en la carretera. La idea era cargármelo, pero el muy gilipollas se aferró a la vida...

—¿Tú provocaste el accidente de Daniel? Qué horror—me tapé los ojos y todo como si no soportase la visión de aquel tipo que me estaba confesando que quiso matar al padre de mi hija.

—Va a ser que un poco—rio.

—¡No lo puedo creer! —le chillé mientras comenzaba a maniatar me también a mí.

—Uf, pues te queda tela por escuchar todavía...

—¿Qué más has hecho, malnacido? ¿Qué más?

—A ver, déjame que recuerde, porque han sido tantas las cosas que me falla la memoria. Y todas ellas geniales...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, decirte que la chica a la que le ibas a alquilar la habitación discutió de malas maneras con su madre. Pobre, si tenía pinta de no romper un puñetero plato. Yo sabía muy bien dónde darte, no soportarías tener a alguien así en tu casa, no después de haber perdido a la tuya.

—Qué golpe tan bajo, has llevado la delantera en todo momento.

—Un poco, un poco, aunque debes reconocer que tú me lo pusiste muy fácil al abrirte en canal conmigo, contándome todos los entresijos de tu matrimonio: que si Daniel te había puesto los cuernos, que si...

s—Qué desgraciado hay que ser, qué desgraciado...

—Tampoco tan desgraciado. Entre la pasta que tengo y la que le quité a ese tipo, a Luis, antes de darle una paliza de muerte...

—¿Cómo dices? —me quedé absolutamente espantada—, ¿tú le diste una paliza a Luis?

—Sí, os hice creer que huyó de la isla con la pasta, y no. Fíjate que se resistió a dármela, por mucho que empleé métodos más que eficaces, pero al final cedió—señaló a sus nudillos.

—¿Luis no nos traicionó?

—Pues no, ese debía hasta de callarse, es cierto lo que os contaron, pero os fue fiel. Qué bonitas son las relaciones sanas—se burló—. Igual que las familias, no me fue difícil meterme en la tuya y ganarme hasta a tu niña con ese perrito que tuve que embarrar adrede para haceros ver que me lo había encontrado, ¿quién se encuentra un perro de raza en la calle? Menudo par de pardillos que estáis hechos Daniel y tú, qué fácil me lo habéis puesto.

—No puedo creerte, no puedo creer que tengas tanta maldad, me va a dar algo—le dije.

—No, nada de darte algo, tú vas a morir de una forma más dolorosa y tu padre lo va a ver en primera fila, solo me faltará preparar palomitas.

—Eres malvado, eres un hijo de puta. Deja al menos que se vaya mi niña, ¿no te basta con matarnos a mi padre y a mí?

—No, hija, que os deje a ambas—intervino mi padre.

—No, papá, es Alba quien debe salvarse...

—¡Aquí no se salva nadie! —nos aclaró él—. Por cierto, Alba me vino fenomenal para que te soltara lo de Carolina—rio.

—No te entiendo, ¿qué pasó con eso?

a

—Pues que va a ser que la chica que se nos acercó en la calle no era la que se lio con Daniel, sino la misma que contraté para que terminara enviándome la foto del trasero, ¿soy ingenioso o no lo soy? Pero para entonces tú ya estabas convencida de que Carolina había vuelto a entrar en acción y tu matrimonio hizo aguas de nuevo. Realmente delicioso... Y sí, no me mires con esa cara de intriga porque no solo tu padre sabe mirar lo que no debe, yo también me hice con el PIN de Daniel y esa tarde, en un descuido, grabé en su agenda mi propio número como “Mi Carolina”. Después, cuando todo estalló y tú le abroncaste, tiraste el móvil tras ver la foto, el cual sostuve entre mis manos, borrando el contacto y el chat. Por eso Daniel te tachaba de loca, porque no había nada en su móvil que te hiciera creer que había vuelto a las andadas.

—Hijo de puta, ¿entonces Daniel me quiere?

—Sí, me temo que quería casarse contigo más que ninguna otra cosa en el mundo, pero eso ya no le será posible, no ser que esté dispuesto a celebrarla con “La novia cadáver” que será el único tipo de novia para lo que quedarás

—No vas a matar ni a mi hija ni a mi nieta, cabrón—le dijo mi padre y entonces él le cruzó la cara, tirando la silla hacia atrás y golpeándole en la cabeza.

Me quedé boquiabierta y no quise chillar su nombre por no despertar a mi niña, que seguía dormidita en su cama. Yo no quería que apareciese por el salón y se encontrase con un espectáculo tan dantesco.

s

Todo el indomable frenesí que sentí por Oliver en esas semanas se volvió odio, un odio amargo y que me quemaba por dentro.

Mi padre no se movía y yo estaba muerta de miedo.

—Despierta, viejo, no es así como tengo previsto que mueras, decía él mientras mi pobre padre seguía sin dar señales de vida y yo... Yo me sentía morir con él.

—No te entiendo, ¿qué pasó con eso?

—Pues que va a ser que la chica que se nos acercó en la calle no era la que se lio con Daniel, sino la misma que contraté para que terminara enviándome la foto del trasero, ¿soy ingenioso o no lo soy? Pero para entonces tú ya estabas convencida de que Carolina había vuelto a entrar en acción y tu matrimonio hizo aguas de nuevo. Realmente delicioso... Y sí, no me mires con esa cara de intriga porque no solo tu padre sabe mirar lo que no debe, yo también me hice con el PIN de Daniel y esa tarde, en un descuido, grabé en su agenda mi propio número como “Mi Carolina”. Después, cuando todo estalló y tú le abroncaste, tiraste el móvil tras ver la foto, el cual sostuve entre mis manos, borrando el contacto y el chat. Por eso Daniel te tachaba de loca, porque no había nada en su móvil que te hiciera creer que había vuelto a las andadas.

—Hijo de puta, ¿entonces Daniel me quiere?

—Sí, me temo que quería casarse contigo más que ninguna otra cosa en el mundo, pero eso ya no le será posible, a no ser que esté dispuesto a celebrarla con “La novia cadáver” que será el único tipo de novia para lo que quedarás.

—No vas a matar ni a mi hija ni a mi nieta, cabrón—le dijo mi padre y entonces él le cruzó la cara, tirando la silla hacia atrás y golpeándole en la cabeza.

Me quedé boquiabierta y no quise chillar su nombre por no despertar a mi niña, que seguía dormidita en su cama. Yo no quería que apareciese por el salón y se encontrase con un espectáculo tan dantesco.

Todo el indomable frenesí que sentí por Oliver en esas semanas se volvió odio, un odio amargo y que me quemaba por dentro.

Mi padre no se movía y yo estaba muerta de miedo.

—Despierta, viejo, no es así como tengo previsto que mueras, decía él mientras mi pobre padre seguía sin dar señales de vida y yo... Yo me sentía morir con él.

Capítulo 31



Fueron los minutos más amargos de mi vida, unos en los que pensé que la vida se me iba, cuando de pronto mi padre comenzó a balbucear mi nombre, por fin.

Tras su cabeza había sangre, esa que enfrenté por primera vez, puesto que no podía dejar de mirarle. Ya era hora de hacerle frente a mis fantasmas y más cuando la vida de mi padre pendía de un hilo.

Le llamaba y trataba de que me hablase cuando el portón de la casa se abrió de pronto, provocando un enorme estruendo, y fue entonces cuando vi a varios agentes de policía, perfectamente uniformados y con sus escudos y demás, como en las intervenciones que hasta entonces solo vi por la tele.

—¡Quieto, Julen! —le chillaron.

Evidentemente venían a tiro hecho y sabían muy bien a quién debían buscar. Yo me eché a llorar y les indiqué que mi padre estaba herido, aunque Oliver comenzó a caminar hacia ellos.

—Vaya, si ha venido el Séptimo de Caballería, y con Daniel y todo—me indicó y yo me quedé traspuesta, ¿Daniel? Por más que trataba de mirar tras ellos, estaba sentada y no podía ver.

—¡Un paso más y tendremos que disparar! —le advirtieron.

—Vaya, pues no sé si me da más miedo o más asco, creo que lo segundo, ¿creéis que es lógico que os metáis en temas familiares? Qué hijos de puta...

En ese instante, lanzó el cuchillo contra uno de ellos. Concretamente, lo hizo hacia su cuello, no era tonto y no apuntaría al chaleco antibalas ni al casco. Por suerte, el policía pudo esquivarlo, pero entonces él hizo por quitarle el arma y ahí fue cuando un tiro certero, por parte de otro de sus compañeros, le hizo caer abatido.

Enseguida llegaron hasta nosotros. Y en ese preciso instante fue cuando vi a Daniel, que venía caminando por su propio pie, de un modo un tanto torpe todavía, pero por su propio pie.

Sin pensarlo, se acercó hasta mí y, mientras el resto socorría a mi padre, él me soltaba.

—Pelusa, mi querida Pelusa, ¿qué te ha hecho ese criminal? —me preguntaba mientras yo movía las muñecas, pues me había quedado sin circulación en ellas.

—Nada, nada, yo estoy bien. Es mi padre, él es quien ha resultado herido—le comenté mientras le atendían.

—Yo estoy bien, hija de mi vida, un poco aturdido, pero bien...

La ambulancia no tardó en llegar y, mientras lo hizo, despertamos a Alba, quien seguía dormida como un tronco en la cama. Menos mal que ella tenía un sueño a prueba de bombas, pues mi chiquitina se ahorró así el horroroso trago de saber qué nos pasó.

A ella se le abrieron los ojos como platos al ver allí a la policía, eso sí, pero le explicamos que vinieron por el ruido que hizo su abuelito al caerse de la silla. Obvio que no podía ser más inocente mi niña.

—Abuelito, ¿te has caído igual que yo de la bici? —le decía ella—. Ay, pobrecito, sí, y te has hecho pupa en la cabeza también igual que yo.

Su padre y yo le sonreímos y entonces ella reparó en que él estaba caminando.

—¡Papi! Y tú ya no vas en la silla de ruedas, qué bien. Ahora podrás enseñarme a mantenerme sobre la tabla, ¿y Oliver? ¿Oliver dónde está? —nos preguntó ella, a quien no le permitimos entrar en el salón, donde el cadáver de ese desquiciado esperaba la visita del juez para ser levantado.

—Oliver se ha tenido que marchar, cariño, ya no volverá—le edulcoré la noticia.

—¿Eso es porque ahora volverá papá? —quiso saber.

Yo tenía muchas preguntas que hacerle a Daniel todavía, porque no entendía cómo fue a parar allí esa noche, pero por encima de todas ellas, sabía que deseaba que él volviera, si es que así lo seguía queriendo.

—Sí, mi vida, es porque volverá papá, siempre que él quiera volver.

A Daniel los ojos se le llenaron de lágrimas, las mismas lágrimas que salieron de los míos.

—Claro que quiero volver, Pelusa, claro que quiero volver—me decía mientras me abrazaba con fuerza, lo mismo que a Alba.

Capítulo 32



Un rato después, nuestra niña dormía sobre el regazo de su padre en la sala de espera del hospital hasta el que trasladaron al mío, para tenerle en observación durante toda la noche.

—¿Cómo lo supiste, Daniel? ¿Cómo supiste que estábamos en peligro? Todavía no me lo explico.

—Y casi que ni yo. Fue una intuición, desde que me echaste de casa y te vi así de ofuscada conmigo... Nada tenía sentido, nada de lo que me decías, de forma que me puse a investigar. En mi teléfono no apareció nada, y él fue el último que lo tuvo en las manos. Me recorrían unos escalofríos tremendos por el cuerpo a todas las horas. Solo quería ponerme bien para poder encontrar algún cabo del que tirar.

—Y te pusiste, te pusiste, porque estás de pie, vuelves a caminar antes de lo esperado.

—Así es y esta mañana no pude más. Decidí acercarme a hablar contigo, pero los vecinos me dijeron que estabas de viaje. Entonces, vi el coche de Oliver allí y me percaté de un detalle.

—¿Qué detalle es ese?

—El guardabarros estaba un poco tocado y debajo de su color aparecía pintura blanca. Ese coche había sido repintado, porque le di un poco con la uña y se desprendió la capa de pintura superior.

—No entiendo, no entiendo nada...

Yo ya le había explicado que Oliver fue el causante de todas nuestras desgracias, pero no comprendía lo que me estaba explicando.

—Es muy simple. Alberto, el policía que es primo de Joaquín nos dijo en su día que encontraron pintura blanca en mi coche, ¿lo recuerdas? Cuando me dieron el golpe...

—Es cierto, luego lo envié a reparar y yo ni siquiera lo vi.

—Nos dio por pensar que Oliver estuviera relacionado con el golpe y, ¡bingo! Sus matrículas eran falsas. A partir de ahí, me eché a morir porque llamé a Paola y me dijo que veníais a ver a tu padre, por lo que me sería más complicado acercarme a vosotras.

—Cielo santo, todo se ha venido a aclarar en el mismo día... Lo siento, lo siento mucho. Yo también te he fallado Daniel, porque yo me he liado con Oliver en este tiempo. O más bien con Julen, el hijo...

—Del médico en cuyas manos murió tu madre, ya lo sabemos todo—suspiró—. Violeta, yo te fallé una vez cuando tú no te lo merecías. Tú ni siquiera me has fallado porque te fuiste con él pensando en que yo volvía a estar con Carolina, ¿cómo te lo voy a tener en cuenta?

—Sí, me lo hizo creer a pies juntillas, aunque si te digo la verdad, hay algo que todavía no me entra en la cabeza, que no me cuadra...

—Dime.

—Es muy sencillo, ¿por qué cambiaste el PIN de tu móvil y estabas tan misterioso?

—Porque logré localizar a Luis y le tenía cercado para que me devolviese nuestro dinero, hasta llegué a amenazarle. Y él se mantenía en sus trece de que se lo habían quitado y de que le dieron una paliza, algo que yo no creía.

—Dios mío—murmuré pensando que habíamos vivido con el enemigo en casa, y que ese tipo pudo cambiar el rumbo de nuestras vidas, incluso llegando a terminar con ellas, llegado el caso.

—Nos dio por pensar que Oliver estuviera relacionado con el golpe y, ¡bingo! Sus matrículas eran falsas. A partir de ahí, me eché a morir porque llamé a Paola y me dijo que veníais a ver a tu padre, por lo que me sería más complicado acercarme a vosotras.

—Cielo santo, todo se ha venido a aclarar en el mismo día... Lo siento, lo siento mucho. Yo también te he fallado Daniel, porque yo me he liado con Oliver en este tiempo. O más bien con Julen, el hijo...

—Del médico en cuyas manos murió tu madre, ya lo sabemos todo—suspiró—. Violeta, yo te fallé una vez cuando tú no te lo merecías. Tú ni siquiera me has fallado porque te fuiste con él pensando en que yo volvía a estar con Carolina, ¿cómo te lo voy a tener en cuenta?

—Sí, me lo hizo creer a pies juntillas, aunque si te digo la verdad, hay algo que todavía no me entra en la cabeza, que no me cuadra...

—Dime.

—Es muy sencillo, ¿por qué cambiaste el PIN de tu móvil y estabas tan misterioso?

—Porque logré localizar a Luis y le tenía cercado para que me devolviese nuestro dinero, hasta llegué a amenazarle. Y él se mantenía en sus trece de que se lo habían quitado y de que le dieron una paliza, algo que yo no creía.

—Dios mío—murmuré pensando que habíamos vivido con el enemigo en casa, y que ese tipo pudo cambiar el rumbo de nuestras vidas, incluso llegando a terminar con ellas, llegado el caso.

Capítulo 33



Nos quedamos varios días más de los previstos con mi padre quien, sin embargo, salió al día siguiente del hospital.

—A mí no hay golpe que me saque de la circulación—nos decía y yo me alegraba mucho, muchísimo de verle sano y salvo después de que pudo morir en el intento.

Como es lógico, enseguida tuvimos que pasar por comisaría para prestar declaración. Incluso los mismos agentes nos decían que lo sufrido en nuestras propias carnes había sido como de peli de suspense.

Por lo demás, Paola logró que pudiera disfrutar de unos días más de descanso, si bien nos teníamos que reír con ella, porque decía que no se entendía demasiado bien con King.

—Yo es que con los bichos de cuatro patas no estoy muy acostumbrada a lidiar, a mí me gustan más los de dos—nos decía.

—Pero si tener a King es mejor que tener un novio—reía mi chiquitina cuando la llamábamos para mantener una videoconferencia con ella, en la que pudiera ver al animalito, que cada día estaba creciendo más.

—Eso no te lo has creído ni tú, mocosa—le decía en broma—. Cuando sea mayor me lo cuentas, a ver si sigues pensando igual.

La última noche antes de partir de vuelta a Menorca, mi padre se quedó con ella para que pudiéramos salir a cenar. En aquellos días en nuestra tierra, en los que Daniel fue cogiendo destreza al caminar, volvimos a sentirnos mucho más cercanos. Hacía mucho que no nos sentíamos así y yo supe que podría volver a súper enamorarme de él, si es que alguna vez dejé de estarlo.

Si tanto me dolía que Daniel me engañase fue porque le seguía queriendo, si bien llegué a ilusionarme con ese intruso que llegó a casa en el peor de los momentos y del que acordamos que jamás volveríamos a hablar.

Daniel parecía radiante con aquella cenita romántica, puesto que ya no podíamos ni acordarnos de la última vez

que celebramos una.

—Te prometo, Pelusa, que te voy a reconquistar—me decía muy convencido, te lo prometo.

—Si no me hace falta, de verdad que no, ¿tú sabes lo que yo he sufrido creyendo que te perdía? Y dos veces, nada más y nada menos.

—Pero solo fui culpable de la primera...

—¿Y te parece poco? —le preguntaba entre risas porque estaba de muy buen humor y porque sentía que le había perdonado de una vez y para siempre.

—Sé que, aun así, tendré que hacer por compensarte de por vida. Y, es más, es que quiero que así sea—me decía.

—Por la cuenta que te trae. Y, si te parece, me vuelves a engañar alguna vez en la vida con esa o con otra.

—No sé en qué estaba pensando cuando lo hice, te lo prometo que no—me cogió la mano, la cual acarició.

—Daniel, dime una cosa porque de veras que necesito saberla. Y voy a detectar en tu respuesta si me estás diciendo la verdad, a mí ya no me puedes mentir.

—¿Qué quieres saber, Pelusa? —ya me llamaba así a cada momento, encantado de la vida como estaba tras nuestra reconciliación.

—¿De verdad solo te acostaste con ella una vez?

—De verdad, cariño.

Menos mal que acordamos no hablar nada más del tema de Oliver, porque yo había perdido la cuenta de cuántas me acosté con él en aquellos días. Daniel no me preguntó, respetó que lo nuestro fue el fruto de que me sentí engañada por él y punto.

∴—Vale, ¿y de verdad nunca llegaste a sentir nada importante por ella?
o

—Nada de nada. De hecho, fue acostarme con esa chica y entender que no era a ella a quien quería en mi cama, sino a ti.

—Muy bonito, pero eso me lo tendrías que demostrar.

—Y estoy loco por hacerlo—me miró en plan libidinoso.

Yo también estaba loca por volver a meterme con él en la cama y sentir lo que en su día sentí. El sexo con Oliver fue mucho más rudo, placentero, pero rudo... Y en esos momentos lo entendía. Él fingía en todos los ámbitos menos en la cama, porque jamás llegó a sentir nada por mí, por eso se mostraba así. Sin embargo, Daniel siempre fue de lo más entregado en la intimidad, poniendo mi placer muy por encima del suyo, y haciéndome llegar todas esas caricias que saben hablar de amor tanto como las palabras.

Unas palabras de amor que yo esperaba que volvieran a salir de su boca para siempre, porque con todo lo sucedido entendí que, pese a que la vida nos tendió una trampa, él y solo él era el hombre de mi vida.

Yo también estaba loca por volver a meterme con él en la cama y sentir lo que en su día sentí. El sexo con Oliver fue mucho más rudo, placentero, pero rudo... Y en esos momentos lo entendía. Él fingía en todos los ámbitos menos en la cama, porque jamás llegó a sentir nada por mí, por eso se mostraba así. Sin embargo, Daniel siempre fue de lo más entregado en la intimidad, poniendo mi placer muy por encima del suyo, y haciéndome llegar todas esas caricias que saben hablar de amor tanto como las palabras.

Unas palabras de amor que yo esperaba que volvieran a salir de su boca para siempre, porque con todo lo sucedido entendí que, pese a que la vida nos tendió una trampa, él y solo él era el hombre de mi vida.

Capítulo 34



Llegamos a casa de mi padre y nos los encontramos dormidos. Alba se había dejado caer sobre su regazo y ambos terminaron por no poder vencer el sueño en el sofá.

Me gustó verlos así y hasta me dio mucha penita pensar en lo mucho que él se había perdido de su nieta y viceversa, si bien comprendía que mi padre amaba la ciudad en la que vivía y que estaba muy hecho a ella.

Daniel no tardó en cogerla en brazos para llevarla a la cama. Quise ayudarle, por si todavía estaba algo inestable, pero no, resultó que podía hacerlo solo. Y a las mil maravillas.

—Déjame, por favor, Pelusa, ya va siendo hora de que vuelva a la vida—me pidió y entendí que así debía ser.

—Está bien, acuéstala—le comenté mientras yo le daba un toquecito a mi padre para que hiciese lo mismo.

—Hija, os estaba escuchando hablar y pensé que era en sueños, ya tiene uno la cabeza perdida con tantas cosas como hemos vivido.

—Sí, papá, menos mal que tú eres un hombretón del norte—le dije mientras le daba un beso.

—Eso por supuesto, hija. Y a mucha honra—me contestó mientras me devolvía el beso y se iba a la cama.

Por fortuna, estaba más sano que una pera y el golpe de la cabeza quedó en una herida parecida a la de Alba, que se pasaba el día comparándolas.

Esa noche ambos nos metimos en la cama y entonces supimos que sería una noche larga e intensa, una noche inolvidable en la que se reencontrarían nuestros cuerpos, pero también nuestras almas.

Daniel se tumbó sobre el colchón, ya en ropa interior mientras veía cómo me iba despojando de la ropa, de una forma insinuante y para él. Hasta esa noche no encontramos el momento perfecto. Y es que queríamos que fuera eso; simplemente perfecto. No en vano, todo lo ocurrido nos dejó más que rayados y era normal que, en principio, nouviésemos el cuerpo para juergas.

Supe que lo sería desde el mismo momento en el que me tumbó sobre él, yo también en ropa interior, y su sexo comenzó a rozar el mío, estimulándome de un modo que me hizo entrecerrar los ojos y volver mentalmente a esos días en los que conocí el sexo con él, muchos años atrás.

Mientras me mecía para él, Daniel acariciaba mi torso, mis brazos, mis hombros... Y luego pasaba sus dedos por mis labios, deseoso de que los metiera en mi boca, de que le indicase así lo mucho que ardía por dentro.

No decía nada porque era muy cauto, pero yo adivinaba en su mirada la necesidad de saber que seguía siendo suya, como si tuviese en mente las veces que compartí cama con Oliver, puesto que para mí seguía llamándose así, mi cabeza no daba para más.

—Estoy aquí, estoy aquí y te prometo que eres la única persona en el mundo con quien querría estar—afirmé porque si algo no quería hacerle a esas alturas era daño.

—Y yo te prometo que todavía no puedo creerme que vuelvas a estar entre mis brazos—me decía.

—Ya, aunque no es con los brazos precisamente con lo que me estás poniendo... Dios, cómo me estás poniendo—le confesé mientras me mordía el labio inferior al mismo tiempo que disfrutaba de esas caricias que su sexo le estaba dedicando al mío.

Daniel me quitó la ropa interior, en su caso no hubo mordiscos, lo hizo de un modo más pausado, con la tranquilidad de saber que no existen prisas a la hora de saborear eso tanpreciado que uno desea en el otro.

Cuando estuvimos desnudos, hice ademán de bajar al sur de su cintura, de demostrarle con mi boca lo mucho que deseaba ese miembro suyo, pero entonces fue él quien me sorprendió con un rápido movimiento, poniéndose encima de mí y siendo quien hundiese su cabeza en mi sexo para demostrarme que su lengua no había perdido facultades ni nada que se le pareciese.

Gestioné con lentitud mi respiración para no chillar por el mucho placer que me estaba produciendo en un clítoris que parecía no recordar lo mucho que él podía excitarlo con tal de que se lo propusiese. Fue tanto tiempo sin sexo con Daniel que sobrevaloré ese otro que me proporcionó Oliver, cuando lo cierto es que me sentí morir con las caricias que me prodigó mi pareja.

Poco a poco, entre su lengua y sus dedos hicieron un gran trabajo y en nada yo tenía que susurrarle un primer orgasmo que, de haber estado en otras circunstancias, le habría chillado sin contemplaciones.

Me sentí increíblemente húmeda cuando mi esencia se comenzó a desparramar sobre él en un gesto que pareció excitarle como ningún otro, dado que su erección podría calificarse de brutal en ese momento.

Le adoraba, adoraba a Daniel y a todo lo que representaba. Le miré a los ojos en el momento en el que por fin me

penetró y entendí que era en esos ojos en los que deseaba reflejarme el resto de mi vida.

¡ Todos podemos equivocarnos y, cuando hemos querido de veras, merecemos una segunda oportunidad. Daniel me estaba demostrando que la deseaba con tanto ahínco como me deseaba a mí en una noche en la que volví a ser tan suya como él lo fue mío.

Con la perspectiva de una nueva vida por delante, nos besamos durante largo rato tras llegar ambos al éxtasis, con el precioso deseo de volver a ser la pareja que un día fuimos o incluso mejor, puesto que ambos debíamos aprender de nuestros errores y ya veníamos de vuelta de unos pocos.

El día amaneció para recordarnos que era hora de volar a casa y que todo lo dábamos por bien empleado con tal de volver a ser esa familia preciosa que un día proyectamos. Alba saltaba por la terminal y yo... Yo también hubiera saltado como una niña pequeña.

penetró y entendí que era en esos ojos en los que deseaba reflejarme el resto de mi vida.

Todos podemos equivocarnos y, cuando hemos querido de veras, merecemos una segunda oportunidad. Daniel me estaba demostrando que la deseaba con tanto ahínco como me deseaba a mí en una noche en la que volví a ser tan suya como él lo fue mío.

Con la perspectiva de una nueva vida por delante, nos besamos durante largo rato tras llegar ambos al éxtasis, con el precioso deseo de volver a ser la pareja que un día fuimos o incluso mejor, puesto que ambos debíamos aprender de nuestros errores y ya veníamos de vuelta de unos pocos.

El día amaneció para recordarnos que era hora de volar a casa y que todo lo dábamos por bien empleado con tal de volver a ser esa familia preciosa que un día proyectamos. Alba saltaba por la terminal y yo... Yo también hubiera saltado como una niña pequeña.

Capítulo 35



Los meses fueron pasando y aquellas Navidades recibimos la visita de mi padre, quien no quiso perderse tan entrañables fiestas en familia.

Pasaron muchos años hasta que volví a tenerle en mi mesa en esas fechas que viví con gran ilusión.

Menorca no solo es una isla espectacular para los amantes del verano, sino que cuenta con mucha vidilla en invierno, relacionada en parte con las Navidades. En concreto, a mí me fascinan sus mercadillos navideños, esos que visitamos con mi padre mientras disfrutamos de unos días libres.

En mi caso, y como siempre, fue Paola quien me los procuró. En cuanto a Daniel, que volvía a estar en forma y con la escuela de surf en marcha, también se tomó unos días de asueto para disfrutar de las que se presentaban como una de las Navidades más espectaculares de nuestras vidas.

En concreto, disfrutamos muchísimo comprando adornos y regalos, aunque tampoco desmereció a esa experiencia la de patinar sobre hielo en El Pabellón.

Daniel y yo siempre fuimos bastante deportistas, pero eso nunca lo habíamos hecho y la experiencia nos encantó, por mucho que mi padre nos dijese que estuvo a punto de partirse la crisma otra vez, algo que ya empezaba a ser una especie de costumbre familiar.

Por cierto, y hablando de deportes, durante aquellos meses recobramos también nuestro gusto por pasear en familia en bici y cómo no, por surcar las olas. De hecho, nuestra niña ya se mantenía sobre la tabla, aunque ella retomaría la actividad en la siguiente primavera, puesto que el surf en invierno en la isla estaba reservado para gente más experimentada, al contar con olas de mayor tamaño. Ese no fue problema para mí, que volví a surcarlas con él como antaño. Tampoco lo fue que estuviese más fría, pues Daniel sabía cómo hacerme entrar más tarde en calor.

Otra de las sorpresas que nos llevamos fue que, a mi padre, desde que estaba solo, le había dado por la cocina y en nuestra casa se atrevió con alguna de las especialidades de la isla que le salieron como si llevara toda la vida cocinando allí. No en vano, su caldereta de langosta estaba sensacional y todos le pedimos que la volviese a hacer

antes de que terminaran aquellos días que tanto disfrutamos en su compañía.

La mañana de Reyes el abeto se encontraba más poblado que nunca. Los Magos de Oriente se habían vuelto locos trayendo regalos a nuestra casa, muchos de los cuales eran para Alba, pero no así el resto, porque los mayores también quisimos sorprendernos los unos a los otros.

Perfumes, complementos, ropa y mucho más cayeron en nuestras manos mientras que Alba abría uno a uno, entusiasmada y sin que King la perdiese de vista, sus muchos paquetes con juguetes y demás. Y hablando de King, a él también le dejaron varios chismes y chuches caninas. Hasta Paola, que decía haberle cogido mucho cariño al final, le dejó alguno bajo el abeto para que el precioso perrito lo disfrutase en aquella mañana tan especial.

—Pues ya están todos, ahora vamos a desayunar, que estoy deseando probar el roscón—les dije cuando noté que Daniel tiraba de mi mano.

—¿Qué quieres tú ahora? —le pregunté en plan marujona, que estaba yo muy metida en mi papel de madre de familia que se encargaría de servir un desayuno suculento esa mañana. No es cuestión de machismo ni de feminismo, porque mis hombres cocinaron bastante aquellos días, sino de que el roscón era casero y lo había preparado yo misma con la ayuda de Alba.

—Espera un momento, ¿no se te olvida alguno? —me preguntó.

—Qué va, si tenemos aquí una montaña de papeles que vaya...

1 —Mira la estrella—me indicó.

El árbol era alto, pero alto... Y no, yo no había reparado en aquella minúscula cajita que pendía de su estrella y que me puso nerviosa nada más verla.

—¿Y eso qué es? —trataba yo de cogerla a saltos y no llegaba, por lo que Daniel me ayudó tomándome en brazos

—Yo sé lo que es—murmuró Alba mientras movía nerviosa sus manitas.

—¿Y yo voy a ser la última en enterarme? —añadí porque mi padre también parecía estar al tanto.

,

No hace falta decir que nuestros problemas económicos desaparecieron gracias al dinero que nos dio mi padre, a lo que había que sumar que yo seguía en el hotel y que Daniel estaba consiguiendo grandes logros en la escuela de surf, pues retomó su actividad con más ganas que nunca. Por eso entendí que comprarme aquella joya fue un gusto¹ que quiso darme.

—Trae el dedo, Pelusa—me pidió en cuanto abrí la cajita y vi el magnífico anillo con pequeños diamantes que me

deslumbraban.

—Daniel, pero si es una maravilla...

—Ni la mitad que tú, cariño. Tú sí que haces brillar mi vida. Un día te pedí matrimonio de una forma impulsiva y no especialmente bonita. Si vas a casarte conmigo, si vas a concederme el honor de aguantarme, te mereces como mínimo una pedida en condiciones.

Me eché en sus brazos porque sí, yo estaba más que dispuesta a casarme con el hombre del que estaba profundamente enamorada y junto al cual sorteé los más complicados de los obstáculos.

Ese anillo, que él colocó en mi dedo, era el recordatorio de lo mucho que ambos podíamos brillar juntos. Yo no dejé de mirarlo durante todo el día. En realidad, no creía que pudiera dejar de mirarlo nunca.

Alba moría por vernos casarnos a su padre y a mí, y yo... Yo comencé a desear con toda mi alma que llegara el día en el que nos convirtiéramos en eso que ya fuimos durante muchos años, aunque sin papeles; el día en el que nos convirtiéramos en marido y mujer.

..

2

0

2

deslumbraban.

—Daniel, pero si es una maravilla...

—Ni la mitad que tú, cariño. Tú sí que haces brillar mi vida. Un día te pedí matrimonio de una forma impulsiva y no especialmente bonita. Si vas a casarte conmigo, si vas a concederme el honor de aguantarme, te mereces como mínimo una pedida en condiciones.

Me eché en sus brazos porque sí, yo estaba más que dispuesta a casarme con el hombre del que estaba profundamente enamorada y junto al cual sorteé los más complicados de los obstáculos.

Ese anillo, que él colocó en mi dedo, era el recordatorio de lo mucho que ambos podíamos brillar juntos. Yo no dejé de mirarlo durante todo el día. En realidad, no creía que pudiera dejar de mirarlo nunca.

Alba moría por vernos casarnos a su padre y a mí, y yo... Yo comencé a desear con toda mi alma que llegara el día en el que nos convirtiéramos en eso que ya fuimos durante muchos años, aunque sin papeles; el día en el que nos convirtiéramos en marido y mujer.

Capítulo 36



Dicen que tras la tempestad llega la calma. Y así se vio en la siguiente primavera, en la que, un año después de la pesadilla, cumplimos nuestro sueño de casarnos.

Atrás quedaron los tiempos en los que la idea de una boda no entraba en nuestra cabeza. Tanto Daniel como yo, tras su emotiva pedida el día de Reyes, llevábamos meses ideando un enlace que tendría como precioso fondo la isla de Menorca, esa que no solo está plagada de secretos y de rincones incomparables, sino que también cuenta con enclaves llenos de historia en los que celebrar un matrimonio por la iglesia de esos de los de antes, “como Dios manda”, en palabras de mi suegra, que haría las veces de madrina y que se desplazó hasta la isla en compañía de su marido, mi suegro, un buen hombre del que Daniel heredó muchos de sus valores.

Quien también disfrutaría de lo lindo del día sería mi padre, que acababa de hacernos el más preciado de los regalos al indicarnos que se venía a vivir a la isla, aunque no a nuestra casa porque una cosa era estar juntos y otra muy distinta estar revueltos.

Un par de meses antes del enlace nos había hecho la última visita y en ella se trajo consigo otro regalo de esos que yo conservaría en mi mente y en mi armario como un verdadero tesoro: el vestido de novia de mi madre.

Por Dios que cuando lo vi se me abrieron las puertas del cielo, puesto que yo pensé que Naomi se las habría ingeniado para deshacerse de él, como hizo con otras tantas cosas que pertenecieron a esa que me trajo al mundo y que por desgracia no podría estar junto a mí en uno de los días más importantes de mi vida, si bien lo estaría en espíritu.

—Es el vestido de novia de mamá—le dije a mi padre con lágrimas en los ojos.

—Sí, cariño. Sé que de niña decías que te casarías con él y no he querido que pierdas la ocasión de poder hacerlo, si es que así lo deseas todavía.

—¡Claro que lo deseo, papá! ¡Es el mejor regalo del mundo! —exclamé mientras le besaba y le echaba un vistazo al vestido, que se encontraba en perfecto estado de conservación y que venía incluso con sus guantes, para que no me faltara un detalle a la hora de emular a mi queridísima Ángeles, esa que estaba en el cielo.

El vestido de mi madre, el mismo que tenía entre mis manos, era una preciosidad de estilo minimalista (y atemporal, por lo que no parecía pasado de moda), confeccionado en mikado de color blanco con largos guantes por encima del codo como complemento estrella.

Recuerdo que me lo probé y que pensé que no podía lucir más bonita con ningún otro vestido del mundo, por muy lujoso que fuese. Además, que Daniel y yo no queríamos una boda excesivamente ostentosa, sino una mucho más íntima y privada con la que disfrutar con los nuestros en aquella isla que nos robó el corazón a ambos y para siempre.

Nadie supo el secreto de mi vestido hasta el mismísimo día de la boda en el que Paola, mi dama de honor, dio la voz de alarma, haciendo correr antes de tiempo el rumor de que yo me convertiría en una de esas novias de las que dan que hablar en las redes por la originalidad de mi *outfit* nupcial.

Ella fue la primera persona que me vio vestida de novia junto con mi hija Alba, quien acompañada de un King que llevaba pajarita y todo, se llevó las manos a la boca.

—¡Mami, eres la novia más guapa del mundo con ese vestido! —exclamó.

a

—Pues este es el vestido de tu abuela Ángeles.

—¿Ella te lo ha enviado desde el cielo para que te lo pongas? —me preguntó desde su inocente perspectiva, a lo que yo asentí, porque en cierto modo así lo veía.

—Sí, cariño, creo que así ha sido—le dije mientras besaba su frente.

,

—Pues dile que me lo tiene que enviar el día que yo me case, porque también lo quiero llevar—me pidió mientras ponía el ramo de novia en mis manos, ese que estuve a punto de olvidarme a consecuencia de los nervios.

✓ El lugar elegido para el enlace no fue otro que una encantadora ermita en el monte, una en la que siempre nos parábamos Daniel y yo cuando dábamos nuestros paseos en bici, desde el comienzo de los tiempos en la isla.

Hasta allí se desplazaron todos los nuestros, para terminar volviendo al hotel en el que Paola y yo trabajábamos, y donde celebraríamos la cena.

La nuestra fue una romántica boda de tarde en la que tuvimos la oportunidad de disfrutar de una puesta de sol alucinante como escenario del reportaje fotográfico en el que también participó Alba, siempre acompañada por King, que era otro miembro más de nuestra familia.

Un rato antes, cuando Daniel me vio aparecer con mi vestido de novia vintage, supe qué significaba exactamente la expresión “morir de amor”, puesto que su gesto era el de un hombre enamorado hasta el tuétano de la que iba a

convertirse en su esposa.

—Te amo, te amo tanto, Pelusa—me comentó mientras me tomaba la mano y ambos mirábamos al sacerdote.

—Pelusa es como llama mi padre a mi madre cuando le quiere pedir algo—añadió a continuación mi hija,
/ mirando a todos nuestros invitados, y causando sus carcajadas.

Como no podía ser de otra manera, Alba nos llevaba los anillos. Y como anécdota de la ceremonia quiero apuntar que estuvieron a un tris de acabar en el estómago de King, quien ya había crecido bastante y quien hizo ademán de comérselos con cojincito y todo.

Travesuras perrunas aparte, puedo prometer que pasamos un día inolvidable en el que por fin pudimos sellar un amor no exento de avatares que, pese a todo, supo mostrarse inalterable al paso del tiempo, fortaleciéndose hasta sellarse con un “sí, quiero” tan alegre y sonoro por mi parte que debió escucharse en toda la isla.

e

convertirse en su esposa.

—Te amo, te amo tanto, Pelusa—me comentó mientras me tomaba la mano y ambos mirábamos al sacerdote.

—Pelusa es como llama mi padre a mi madre cuando le quiere pedir algo—añadió a continuación mi hija, mirando a todos nuestros invitados, y causando sus carcajadas.

Como no podía ser de otra manera, Alba nos llevaba los anillos. Y como anécdota de la ceremonia quiero apuntar que estuvieron a un tris de acabar en el estómago de King, quien ya había crecido bastante y quien hizo ademán de comérselos con cojincito y todo.

Travesuras perrunas aparte, puedo prometer que pasamos un día inolvidable en el que por fin pudimos sellar un amor no exento de avatares que, pese a todo, supo mostrarse inalterable al paso del tiempo, fortaleciéndose hasta sellarse con un “sí, quiero” tan alegre y sonoro por mi parte que debió escucharse en toda la isla.

Epílogo



Dos años después

Mi padre miraba a su nieto Javier embobado. Le costaba creer que él no solo fuera su abuelo, sino su padrino de bautismo.

El crío, que era un calco de Alba cuando nació, parecía dormir plácidamente entre sus brazos mientras esperábamos a los primeros invitados y a su madrina Paola, pues mi jefa y amiga se había ganado a pulso el ocupar ese papel en la vida de mi hijo.

Junto a mi padre (aparte de mis suegros) se encontraba Nieves, la mujer que compartía su vida desde unos meses atrás y quien me caía genial, porque ella sí que estaba enamorada de él, no como Naomi, que solo estuvo en su vida por interés.

Alba moría de amor con su hermano, a quien no paraba de hacerle caricias, y salió corriendo hacia Paola y Arturo en cuanto los vio aparecer. Y detrás de ella King, que el sabueso no se perdía ni una celebración. Solo le faltaba ponerse a bailar por Paquito el Chocolatero con mi niña.

—Te dije que llegaría la primera, que a mí me gusta lucirme, pero como resulta que este hombre se ha empeñado en pedirme matrimonio justo antes de salir de casa, pues nada, que así no se puede—me sorprendió mientras movía su anillo de lado a lado.

Nieves y yo lo miramos. Se trataba de una versión de mi anillo de mi pedida, pero bastante más ostentosa, dado su tamaño.

—¿Qué dices? ¿Te ha pedido matrimonio? —le pregunté encandilada por la propuesta y también por el anillo, que ese sí que deslumbraba.

—Sí, sí que me lo ha pedido.

—¿Y tú qué le has respondido? —le preguntó Nieves, quien ya era como de la familia.

—Pues que sí, qué le voy a decir, si es que se lo ha currado con el anillaco porque yo, desde que vi el de Violeta me enamoré y le dije que si algún día tenía valor de pedirme matrimonio que me trajera uno más grande o que se lo ahorrara.

Y lo más grande fue que era cierto, que él asintió. Yo a ella, que seguía hablando de Arturo poco menos que como si fuera su yogurín y poco más, no me la habría imaginado casándose, pero las relaciones dan muchas vueltas. Y si no, que nos lo dijeran a nosotros.

Ese día, como el resto de los de mi vida, eché de menos a mi madre, a quien le dediqué unas bonitas palabras durante la misa, complementadas por otras que le escribió Alba, pues mi niña parecía tener un don para la escritura.

La ceremonia fue verdaderamente preciosa y salimos de ella con la convicción de que ver que la familia crecía (y en todas las direcciones) nos hacía cada vez más felices.

Dos años atrás celebramos nuestra boda y he de decir que Javier fue un niño buscado a propósito... un niño que llegó para colmarnos de una felicidad que ya sentíamos después de haber reconducido nuestras vidas y de sentirnos en el mejor momento.

Alba nos pidió coger en brazos a su hermano a la salida de la ermita, la misma en la que nos casamos, y entonces Daniel me abrazó fuerte, mientras mirábamos a nuestros hijos.

—Pelusa, ni en mil vidas que viviera podría ser más feliz que en esta—me confesó emocionado, porque él vivía por y para su familia, y ambos volvimos a ser ese equipo que se entendía a la perfección con solo mirarse a los ojos y que disfrutaba al máximo con las cosas más pequeñas de la vida.

—Ni yo tampoco, mi amor, ni yo tampoco—le respondí mientras le daba un romántico beso que fue aplaudido por todos los que nos acompañaron en otro de los días más importantes de nuestra vida, en otro de esos días en los que tomas conciencia de qué es lo verdaderamente importante y qué es lo superfluo.

Por delante teníamos unos años que exprimiríamos en familia, rodeados del calor de todos los nuestros y sacándole el máximo jugo al día a día... Un día a día que viviríamos en remojo, en nuestras aguas menorquinas, las mismas que en una ocasión nos atrajeron y que nos seguían fascinando.

Con ese mar de fondo celebramos una ocasión que nos sirvió una vez más para compartir, para reunirnos y para bailar también, terminando por amarnos en la que fue otra de nuestras noches de pasión, puesto que el verdadero indomable frenesí fue el que terminé sintiendo por Daniel.

r
e

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce>

relinks.me/AlmaFernandez

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escritor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce>

relinks.me/AlmaFernandez